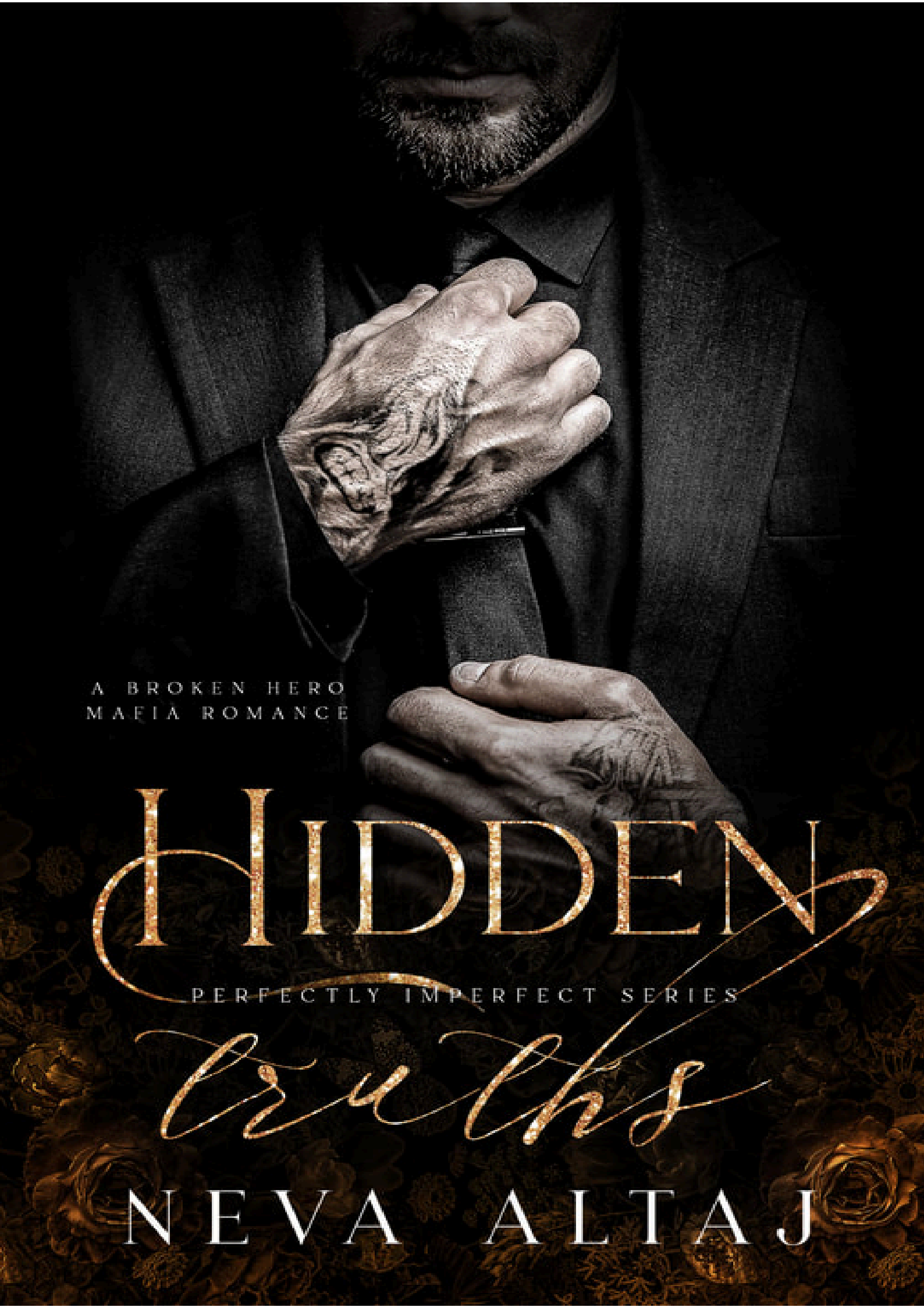

A BROKEN HERO
MAFIA ROMANCE
HIDDEN
PERFECTLY IMPERFECT SERIES
truths
NEVA ALTAJ



HIDDEN truths

PERFECTLY IMPERFECT SERIES

NEVA ALTAJ





SINOPSIS

Sergei
Hogar.
La Bratva es mi hogar.
Mi santuario del pasado.
El solo lugar al que pertenece una máquina de matar como yo.
A veces, mis demonios regresan precipitadamente,
y me siento fuera de control, lleno de rabia,
a punto de perderme por completo.
Hasta que una mujer rota y herida se tropieza en mi camino,
Despertando mis instintos protectores,
Y enviando mis demonios a dormir.
Mantenerla prisionera es mi única opción.
Si ella se va,
mi oscuridad resurgirá,
Y esta vez no habrá escapatoria.

Angelina
Escapar,
Eso es todo lo que puedo hacer,
Solo para terminar en manos de un loco asesino.
Ahora, estoy luchando para mantenerme alejada de mis enemigos,
Y tratando de no enamorarme de un hombre que no debería querer.
¿Pero qué sucederá cuando ambos revelemos nuestras verdades ocultas?



Prologo

Correspondencia de correo electrónico

Hace quince años

De: Felix Allen

Para: Capitán L. Kruger

Asunto: Sergei Belov

Capitán,

Siento la necesidad de expresar mi importante preocupación por el nuevo recluta que me han asignado, Sergei Belov. El chico Belov es extremadamente inteligente y muestra un gran potencial físico. Sin embargo, no estoy seguro que sea la elección correcta para nuestro programa. Tan solo tiene catorce años, y eso es demasiado joven. Además, su perfil psicológico no se ajusta a nuestras exigencias. En términos sencillos, es un protector. Tampoco es un individuo naturalmente violento, y no estoy seguro de lo acertado del procedimiento. Creo que debería ser reasignado a otra unidad o devuelto al correccional de menores del que fue extraído.

Felix Allen

Unidad Z.E.R.O.

Supervisor de Sergei Belov

Hace once años

De: Felix Allen

Para: Capitán L. Kruger

Asunto: IMPORTANTE. Sergei Belov

Capitán,

Soy consciente de su posición con respecto al chico Belov. También soy consciente que sus logros y sus impecables resultados de entrenamiento en los últimos años pueden llevar a la conclusión que su aclimatación es buena y que está capacitado para ser enviado a misiones de campo. Mi opinión profesional es que NO es apto para realizar las misiones asignadas a la operación del Proyecto Z.E.R.O., y recomiendo que sea trasladado a una de las unidades estándar lo antes posible.

Felix Allen

Unidad Z.E.R.O.

Supervisor de Sergei Belov

Hace ocho años

De: Felix Allen

Para: Capitán L. Kruger

Asunto: Aviso de solicitud de traslado

Capitán,

Sergei Belov ha mostrado un comportamiento muy preocupante desde su regreso de la misión Columbia en febrero. Adjunto mi informe completo a este correo electrónico, pero para resumir los puntos más importantes: arrebatos violentos, pérdida de conexión con la realidad y episodios catatónicos aleatorios.

Quería informarle que he solicitado oficialmente un traslado para él, así como una evaluación psiquiátrica.

¿Qué pasó ahí abajo, Lennox? ¿Por qué se me niega el acceso al informe de la misión? Sergei no me lo dice, y cuando intenté preguntar por ahí, me dijeron que lo dejara estar o afrontara las consecuencias. Necesito saber lo que pasó en Colombia porque obviamente fue el desencadenante del cambio en su comportamiento.

Felix Allen

Unidad Z.E.R.O.

Supervisor de Sergei Belov



Hace seis años

De: Felix Allen

Para: Capitán L. Kruger

Asunto: Urgente

Necesito que liberes a Sergei Belov del servicio. Él representa un peligro para otras personas, pero sobre todo para sí mismo. Intenté explicarle muchas veces, pero no me escuchó. No puedes coger a un chico normal y convertirlo en tu arma sin consecuencias. No todo el mundo es apto para ser un puto sicario, Lennox, no importa lo jóvenes que los lances al entrenamiento. Es solo cuestión de tiempo antes que estalle, y cuando lo haga, creará un caos que tendrás que explicar a nuestros superiores.

Felix Allen

Unidad Z.E.R.O.

Supervisor de Sergei Belov





Hace cuatro años

De: Capitán L. Kruger

Para: Felix Allen

Asunto: ¡¿Dónde está mi activo?!

Felix,

Te espero en mi oficina mañana por la mañana. Quiero saber cómo demonios convenciste al almirante de liberar a Belov y a ti mismo. ¡¿Y dónde escondes mi activo?!

Capitán Lennox Kruger

Comandante del Proyecto Z.E.R.O.

De: Felix Allen

Asunto: Re: ¿Dónde está mi activo?

Vete a la mierda, Lennox.

Espero que tu proyecto favorito vuelva a morderte en el culo muy pronto.

Felix



Capítulo 1

Angelina

Hace tres días

El segundo día fue el peor. Pensé que iba a perder la cabeza, así que empecé a contar los trozos de comida e imaginé que me los comía. Eso ayudó. Un poco. Tal vez hubiera sido más fácil si la carne no estuviera cortada en pequeños trozos, cada uno de los cuales se burlaba de mí. Podría haber cogido solo uno y nadie se habría dado cuenta. No sé cómo prevaleció ese día.

Estoy en el quinto día de mi huelga de hambre. Me traen comida y agua tres veces al día, pero no toco nada excepto el agua. Prefiero morir de hambre que casarme voluntariamente con el asesino de mi padre.

La puerta del otro lado de la habitación se abre y entra Maria. Una vez fuimos buenas amigas. Hasta que empezó a follarse a mi padre. Me —pregunto cuándo decidió cambiar a Diego Rivera, el mejor amigo de mi padre, socio comercial y, desde hace cinco días, su asesino.

—No tiene sentido, Angelina —dice Maria y viene a ponerse delante de mí con las manos en la cadera—. Te casarás con Diego de una forma u otra. ¿Por qué elegir el camino más difícil?

Cruzo los brazos y me apoyo en la pared.

—¿Y por qué no lo haces tú? —pregunto—. Ya te lo estás follando. ¿Por qué parar ahí?

—Diego nunca se casaría con la hija de un criado. Pero seguirá follando conmigo. —Me regala una de sus miradas particularmente condescendientes— . Dudo que quiera tocarte ahora, seas o no la hija de Manny Sandoval. Nunca fuiste nada especial, pero ahora pareces medio muerta.

—Podrías pedirle que me deje ir y tenerlo todo para ti.

No puedo imaginar cómo soporta que ese cerdo la toque. Diego es más viejo que mi padre y apesta. Siempre asociaré el olor a sudor rancio y a mala colonia con él.

—Oh, lo haría. Con mucho gusto. —Sonríe—. Si creyera que va a funcionar. Diego cree que hacerse cargo de los contratos comerciales de tu padre será mucho más fácil con la princesa Sandoval como esposa. Esperará un día, tal vez dos más. Entonces, te arrastrará al altar. Ha sido increíblemente paciente contigo, Angelina. No deberías ponerlo a prueba mucho más tiempo. —Coge el plato con la comida sin tocar y sale de la habitación, cerrando la puerta tras ella.

Me recuesto en la cama y veo cómo las cortinas ondear con la ligera brisa de la noche. Me siento mareada desde esta mañana, así que conciliar el sueño ya no es tan difícil como hace unos días. Tampoco quedan lágrimas.

Todavía no puedo creer que mi padre se haya ido. Quizá no era el mejor padre del planeta, pero era mi padre. El trabajo siempre fue lo primero para Manuel Sandoval, lo cual no era inusual. Nadie esperaba que el jefe de uno de los tres mayores cárteles mexicanos se pasara el día jugando al escondite con su hija, ni nada parecido, pero me quería a su manera. Una sonrisa triste se forma en mis labios. Puede que Manny Sandoval no viniera a mis recitales ni me ayudara con los deberes, pero se aseguró que supiera disparar casi tan bien como cualquiera de sus hombres.

Una risa masculina me llega desde el patio, haciéndome estremecer. Ese bastardo mentiroso y sus hombres siguen celebrándolo. No fue suficiente que matara a mi padre, el hombre con el que hizo negocios durante más de una década. Oh, no. Se apoderó de su casa y de sus contratos comerciales. Y ahora, quiere llevarse también a su hija.

Cierro los ojos y recuerdo el día en que Diego vino a nuestra casa. Nadie sospechaba nada porque durante años había visitado a mi padre al menos una vez al mes. Cuando nos dimos cuenta de lo que pasaba, ya era demasiado tarde.

No debería haber atacado a Diego ese día. Lo único que conseguí fue un golpe en la cara que me hizo ver las estrellas. Cuando vi el cuerpo de mi padre tendido en el suelo, con sangre acumulándose a ambos lados, no pude pensar con claridad. Matar a ese imbécil era lo único que tenía en mente. En lugar de esperar una mejor oportunidad, ignoré por completo a sus dos soldados, cogí una de las espadas decorativas que colgaban de la pared del despacho y me

abalancé sobre Diego. Sus hombres me atraparon antes que me acercara a su jefe. Y se rieron. Y luego se rieron un poco más cuando Diego me abofeteó en la cara, casi dislocando mi mandíbula.

Me sorprende que no haya venido a follarme ya. Probablemente esté ocupado violando a las chicas que ha traído y encerrado en el sótano antes de enviarlas a los hombres que las compraron. Me –pregunto si me venderá a mí también, o si simplemente me matará cuando se dé cuenta que prefiero morir a tener algo que ver con él.

Entierro mi cara en la almohada.

* * *

El sonido de pasos apresurados de alguien me despierta del sueño. Lentamente y sin abrir los ojos, introduzco la mano bajo la almohada y envuelvo el reposabrazos de la silla que desmonté hace tres días. He colocado allí mi arma improvisada para cuando Diego decida finalmente visitarme.

–¡Angelinita! –Una mano agarra mi hombro y me sacude–. Despierta. No tenemos mucho tiempo.

–¿Nana? –Me siento en la cama y entrecierro los ojos hacia la niñera de mi infancia–. ¿Cómo has entrado?

–¡Vamos! Y calla. –Me coge de la mano y me saca de la habitación.

Me tienen prisionera en mi habitación y llevo cinco días seguidos sin comer. Mis pies se arrastran cuando intento seguir el ritmo de mi vieja y frágil Nana, que prácticamente me arrastra por el pasillo, bajando dos pares de escaleras hasta que llegamos a la cocina. Diego no hace guardias dentro de la casa, y el resto del personal se va alrededor de las diez. Debe ser bien entrada la noche, ya que no nos encontramos con nadie.

Nana me hace pasar por delante de la puerta de cristal que conduce al patio trasero y señala con el dedo.

–¿Ves ese camión? Salen en veinte minutos. Diego está enviando drogas a los italianos en Chicago, y me dijo que enviara a una de las chicas con el cargamento como regalo. –Ella me mira–. Tú vas a ir en su lugar.

–¿Qué? No. –Pongo mi mano en su arrugada mejilla mientras me apoyo en la pared con la otra por si me fallan las piernas–. Diego te matará.

–Tú te vas. No dejaré que ese hijo de puta te tenga.

–Nana ...

—Cuando llegues a Chicago, puedes quedarte con algunos de tus amigos americanos de tus estudios. Diego no se atreverá a cruzar la frontera para ir a por ti.

—No tengo papeles ni pasaporte. ¿Qué voy a hacer cuando llegue allí? —Omitiendo mencionar que tampoco tengo muchos amigos allí—. Y el conductor me reconocerá.

—Probablemente no lo hará, tienes un aspecto terrible. Pero nos aseguraremos, por si acaso.

Busca en el cajón, saca unas tijeras y empieza a cortarme los pantalones cortos y la camiseta por un par de sitios. Cuando termina, apenas queda tela para cubrir mis tetas y culo. Como le gusta a Diego.

—Ahora, el cabello.

Cierro los ojos, respiro profundamente y le doy la espalda. No dejo que las lágrimas caigan mientras Nana destroza mi cabello largo hasta que apenas llega a mis hombros en mechones ligeramente desiguales.

—Tan pronto llegues a Chicago, ponte en contacto con Liam O'Neil —dice—. Él puede ayudarte a conseguir los papeles y un nuevo pasaporte.

—No creo que sea prudente, teniendo en cuenta la situación. ¿Y si O'Neil le dice a Diego que estoy allí? —Mi padre hizo negocios con los irlandeses durante el último año, pero nunca fue un fan de su líder. Llamó a Liam O'Neil un 'bastardo tramposo'.

—Tienes que arriesgarte. Nadie más puede conseguirte documentos falsos.

Miro al suelo, donde hay mechones de cabello negro alrededor de mis pies descalzos. Volverá a crecer... si es que vivo para verlo.

Nana me da una palmada en el hombro.

—Date la vuelta.

Cuando lo hago, coge una maceta con su planta de agave favorita de la mesa, toma un puñado de tierra y empieza a untarme la tierra en los brazos y las piernas. Da un paso atrás, me mira y me unta un poco en la frente.

—Bien. —Ella asiente.

Me miro hacia abajo. Los huesos de mi cadera sobresalen y mi estómago parece hundido. Siempre he sido delgada, pero ahora mi cuerpo parece como si alguien hubiera chupado cada trozo de carne, dejando solo piel y huesos. Definitivamente me parezco a las chicas que Diego encerró en el sótano. Cuando levanto la vista, Nana me observa con lágrimas en los ojos.

—Toma esto. —Coge una bolsa que ha estado colgada en la silla y me la pone en las manos—. Algo de comida y agua. No me he atrevido a meter dinero, por si el conductor decide comprobarlo.

La rodeo con mi brazo, entierro mi cara en el pliegue de su cuello y aspiro el olor de suavizante en polvo y galletas. Me recuerda a mi infancia, a los días de verano y al amor.

—No puedo dejarte, Nana.

—No hay tiempo para eso. —Ella resopla—. Vamos. Agacha la cabeza y no hables.

En el exterior, agarrada a la parte superior de mi brazo, me arrastra hacia el camión aparcado frente al edificio de servicios.

—Ya era hora, Guadalupe —ladra el conductor, tirando el cigarrillo al suelo—. Métela atrás. Llegamos tarde.

—No quieres acercarte a ella. —Nana me empuja alrededor del conductor—. La perra se vomitó encima. Apesta.

Agacho la cabeza y trato de no tropezar mientras salto a la parte trasera del camión. Me tiemblan las piernas por el esfuerzo de intentar mantenerme en pie. Me agacho detrás de una de las cajas y me vuelvo para mirar a la Nana Guadalupe por última vez, pero la gran puerta corredera cae con un golpe antes que pueda echar un vistazo. La oscuridad es total y, un minuto después, el motor ruge.

Sergei

El teléfono de mi bolsillo trasero suena. Hago volar la navaja que llevaba en la mano derecha, luego cojo el teléfono y atiendo la llamada.

—¿Si?

—El cargamento de los italianos acaba de salir de México —dice Roman Petrov, el Pakhan de la Bratva, desde el otro lado—. Necesito que vayas con Mikhail cuando los hombres salgan a interceptarlo mañana por la noche.

—¿Oh? ¿Significa esto que se me permite entrar en el campo de batalla de nuevo?

Cuando me uní a la Bratva rusa hace cuatro años, empecé como soldado de a pie, y durante estos últimos años, escalé hasta llegar a el círculo íntimo del Pakhan. Me ocupé de las tareas de campo hasta hace un año, cuando Roman me prohibió participar en ellas.



—No. Esto será un trato único. Anton sigue en el hospital, y estamos cortos de personal, o nunca te enviaría.

—Tus discursos motivadores requieren un trabajo serio. —Lanzo el siguiente cuchillo por el aire.

—Cuando estás motivado, el recuento de cadáveres tiende a subir por las nubes, Sergei.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué necesitas que haga?

—Amaña el camión y vuela la cosa. Tendrá que ser mientras el conductor se detiene a dormir, porque nuestra información dice que hay una chica en el camión con las drogas. Tenemos que sacarla primero. Mikhail te llamará más tarde con más detalles.

—Bien.

—Y asegúrate que esta vez solo explote el camión —ladra y corta la llamada.

Lanzo el último de mis cuchillos, enciendo la lámpara y me dirijo a la estrecha tabla de madera montada en la pared opuesta para inspeccionar mis golpes. Dos de los cuchillos cayeron un poco por debajo del objetivo. Me estoy oxidando. Saco los cuchillos y vuelvo a pasear por la habitación. Centrándome en la línea blanca pintada horizontalmente a lo largo de la tabla de madera, vuelvo a apagar la luz.

* * *

Veinte minutos después salgo de mi habitación y bajo a buscar a Felix.

—¡Albert! —grito.

Odia que lo llame así, por lo que me aseguro de hacerlo siempre. Se lo merece desde que decidió hacer de mi mayordomo en lugar de pasar su jubilación en una casa de campo en el mar como debería haber hecho cuando los militares nos dejaron marchar. Nunca me dijo exactamente cómo se las arregló para liberarnos de nuestros contratos.

—¡Albert! ¿Dónde pusiste nuestro alijo de C-4?

—¡En la despensa! —grita desde algún lugar de la cocina—. La caja debajo del cajón con patatas.

Resoplo. Y dicen que el loco soy yo. Rodeo las escaleras y abro la puerta de la despensa.

—¿Dónde?

—Once en punto. ¡Cuidado con la cabeza!

Me giro hacia la izquierda y me golpeo el cráneo con la bolsa de equipo de golf que cuelga del techo.

—¡Jesús! Te dije que guardaras tus porquerías en el garaje.

—No hay suficiente espacio —dice Felix desde detrás de mí—. ¿Por qué necesitas el C-4?

—Roman me necesita para volar alguna mierda mañana.

—¿Otro almacén italiano?

—Un camión con su droga esta vez. —Retiro el cajón con las patatas y alcanzo la caja—. No puedes almacenar explosivos con comida, maldita sea. Voy a llevar esto al sótano.

—Necesito el día libre de pasado mañana —dice tras de mí—. Voy a llevar a Marlene al cine.

Me detengo y lo miro a los ojos.

—No trabajas para mí. Eres una plaga de la que llevo años tratando de deshacerme, una que no se va. Vivo para el día en que finalmente te mudes con Marlene y te quites de encima.

—Oh, no me voy a mudar con ella pronto. Es demasiado pronto.

—¡Tienes setenta y un años! ¡Si esperas mucho más, el único lugar al que te mudarás será el puto cementerio!

—No. —Agita la mano como si nada—. Mi familia es conocida por su longevidad.

Cierro los ojos y suspiro.

—Me va bien. No tienes que hacerme de niñera. Marlene es una buena señora. Ve a vivir tu vida.

La máscara despreocupada desaparece del rostro de Felix mientras aprieta los dientes y me mira fijamente.

—Estás lejos de estar bien, y ambos lo sabemos.

—Aunque eso sea cierto, ya no soy tu responsabilidad. Vete. Déjame lidiar con mi mierda solo.

—Duermes toda la noche, tres días seguidos y me voy. Hasta que eso ocurra, me quedo. —Se da la vuelta y se dirige a la cocina, y luego lanza por

encima del hombro—. Mimi tiró la lámpara del salón. Hay cristales por todas partes.

—¿No lo limpiaste?

—No trabajo para ti, ¿recuerdas? Si me necesitas, estaré en la cocina. Vamos a comer pescado.

Capítulo 2

Sergei

Estoy tumbado bajo el camión, colocando el segundo paquete de explosivos, cuando Mikhail maldice en algún lugar del otro lado.

—Solo una más —digo.

—Has puesto suficiente de esa mierda para volar toda la maldita calle. Déjalo y ven aquí. La puerta está atascada.

Salgo de debajo del camión y me dirijo a la parte trasera, donde Mikhail mantiene abierta la puerta de carga con la palanca.

—Quédate ahí, yo buscaré a la chica—digo, encendiendo la linterna de mi teléfono, y subiendo de un salto al camión.

Camino alrededor de las cajas, moviéndolas al pasar, pero no puedo ver a la chica.

—¿Está ahí? —pregunta Mikhail.

—No puedo encontrarla. ¿Seguro que está...?

Hay algo en la esquina, pero no puedo ver lo que es. Rodeo una pila de cajas y dirijo mi luz hacia abajo.

—¡Oh, mierda!

Muevo las cajas para poder acercarme y me agacho frente a un cuerpo acurrucado. La cara de la chica está oculta bajo su brazo. Su brazo extremadamente delgado. Una noche de hace ocho años pasa por mi mente, y cierro los ojos intentando suprimir las imágenes de otra chica, con su delgado cuerpo cubierto de tierra. El flashback pasa.

Alargo la mano para comprobar el pulso de la chica, absolutamente seguro de no encontrarlo cuando se revuelve y retira el brazo. Dos ojos

imposiblemente oscuros, tan oscuros que parecen negros a la luz de mi teléfono, me miran fijamente.

—Está bien —susurro—. Estás a salvo.

La chica parpadea, luego tose, y esos magníficos ojos se ponen en blanco y se cierran. Se ha desmayado. Apoyo el teléfono en la caja que tengo a mi lado, la luz la ilumina, y deslizo mis brazos por debajo de su frágil cuerpo. Se me hace un nudo en la garganta al levantarla.

Dios mío, no puede pesar más de cuarenta kilos.

—¿Sergei? —llama Mikhail desde la puerta.

—¡La tengo! Mierda, está en mal estado. —Tomo mi teléfono y, usándolo para iluminar el camino a través del laberinto de cajas, la saco—. Te tengo —le digo al oído, y luego miro a Mikhail—. Sujeta esa puerta.

Salto del camión y me dirijo al coche de Mikhail.

—Llamaré a Varya y le diré que traiga al doctor. —Mikhail deja caer la puerta del camión—. Podemos reunirnos con ellos en el piso franco.

—No —ladro y atraigo el pequeño cuerpo hacia mi pecho—. La llevaré a mi casa.

—¿Qué? ¿Estás loco?

Me detengo y me vuelvo hacia él.

—He dicho que me la llevo conmigo.

Mikhail me mira fijamente y luego sacude la cabeza.

—Lo que sea. Métela en el coche, revienta el camión y salgamos de aquí.

Abro la puerta y me meto en el asiento trasero, sujetando a la chica en mis brazos, luego me agacho y trato de escuchar su respiración. Es superficial, pero está viva. Por ahora.

—¿Listo? —pregunta Mikhail desde el asiento del conductor, pero lo ignoro—. ¡Jesús, Sergei! Coge el puto mando y vuela el puto camión de una vez.

Lo miro, debatiendo si debería darle un golpe en la cabeza por interrumpirme, y decido no hacerlo. Su mujer debe estar locamente enamorada de él y de su personalidad gruñona. No le haría ninguna gracia que llegara a casa con un bulto en un lado de la cabeza y con la oreja como una hamburguesa.

Probablemente no terminaría en un estado mucho mejor. Mikhail es un hijo de puta fuerte. Una vez lo vi en una pelea con tres tipos de su tamaño. Fue divertido de ver. No lo recuerdo con seguridad, pero creo que fue el único que salió vivo de esa pelea. Me —pregunto cómo perdió el ojo derecho mientras

su ojo izquierdo me mira por el retrovisor. Sonrío, busco el mando a distancia en mi bolsillo y pulso el botón.

El estruendo épico atraviesa la noche.

Angelina

Oscuro. Solo oscuridad. De repente, una fuerte luz me ciega. Palabras silenciosas. Luego, una gran nada durante bastante tiempo.

Luz. Ingravidez. Más palabras en voz baja, pero no puedo descifrar su significado. Luz deslumbrante de nuevo. Ladrido de perro. Voces. Tres masculinas. Una femenina.

Ingravidez de nuevo. Agua. Caliente. En mi cuerpo, y luego en mi cabello. Suspiro y siento que me alejo. El agua desaparece, y de repente tengo mucho, mucho frío. Estoy temblando. Intento abrir los ojos, pero no lo consigo. Algo suave y cálido envuelve mi cuerpo, y luego la ingravidez vuelve a aparecer. Unos brazos, grandes y fuertes, me acunan. ¿Dónde estoy? ¿Quién me lleva? A la deriva en las olas. ¿Hacia dónde?

El balanceo se detiene, pero los brazos siguen ahí. Vuelvo a tener frío y a temblar. Los brazos me rodean y me atraen hacia algo cálido y sólido.

Susurro silencioso. Femenino. Luego, palabras profundas y cortantes. Enfado. Masculino. Los brazos se aprietan, atrayéndome aún más. Un pellizco en el dorso de mi mano. Un ligero dolor. Más palabras. Discusión. El idioma me resulta vagamente familiar. No es español. Tampoco inglés. El camión debía ir a los italianos, pero no es italiano lo que escucho, ni siquiera cerca.

—¡Idi na khuy[1], Albert! —sentencia una profunda voz masculina junto a mi oído.

Mi sangre, se congela. ¿Cómo demonios he acabado con los rusos? Mi ruso es básico ya que solo cursé un semestre, pero sé lo suficiente para reconocer el idioma.

Intento abrir los ojos de nuevo, pero es aún más difícil que antes. ¿Me han drogado? Vuelvo a perder el conocimiento, y lo último que recuerdo son unas palabras silenciosas junto a mi oído y un fresco aroma amaderado de

[1] Idi na khuy: Vete a la mierda, en ruso.

fragancia masculina. No debería dejarme llevar mientras estoy rodeada de esta gente, pero la voz profunda y relajante me adormece y, por alguna razón, el sonido me hace sentir segura. Suspirando, entierro mi rostro en el duro pecho masculino y me duermo en los brazos del enemigo.

Sergei

Muevo a la chica dormida para que su cabeza descanse sobre mi hombro y vuelvo a colocar la manta en la que la he envuelto. Centrándome en su rostro fantasmagóricamente pálido, me recuesto en el sillón. Tiene grandes círculos alrededor de los ojos y unos cuantos mechones de cabello mojados y cortados de forma desigual pegados a la mejilla sobre descolorido hematoma amarillento. Parece alguien que ha ido al infierno y ha vuelto.

—No puedes mantenerla aquí, muchacho —dice Varya, el ama de llaves de Roman—. Necesita atención médica.

—El doctor se quedará aquí esta noche. Tú también puedes quedarte si quieres. —Levanto la vista—. Ella no va a ninguna parte.

Varya sacude la cabeza y se dirige al médico.

—¿Cómo de grave es el estado de la chica?

—Deshidratación. Y principio de una neumonía. Le he puesto una inyección de antibióticos. Dale estas pastillas todos los días hasta el martes. —Me da un frasco de medicamentos y señala la bolsa de suero que sostiene Varya—. También necesitará otra bolsa de suero esta noche.

—¿Algo más?

—Probablemente estará durmiendo hasta la mañana. Cuando se despierte, dale agua y algo de comer, pero mantén la comida ligera durante el primer día. En general, es una mujer sana, y esto -señala a la niña en mis brazos- es reciente. Probablemente la hayan matado de hambre.

Mi cuerpo se queda quieto.

—¿Quiere decir que no ha comido lo suficiente? —Miro fijamente al médico.

—Quiero decir que ha comido muy poco o nada durante los últimos cinco o seis días. Tal vez más.

Una sensación de ardor se extiende por mi cuerpo, empezando por el estómago y luego hacia fuera hasta que me envuelve. La habitación que me rodea se oscurece y se transforma en un sótano oscuro, con la única luz de mi linterna. Hay cajas y muebles rotos esparcidos por todas partes. Y cuerpos. Al menos diez chicas, sucias y delgadas, tiradas por ahí. La culpa es mía. Todo es culpa mía. Si hubiera entrado antes en lugar de seguir las órdenes, podría haberlas salvado. Les tomo el pulso, una por una, aunque sé que todas están muertas. Cada una tiene un gran punto rojo en el centro de la frente. Todas excepto la última. Un gemido apenas audible sale de sus labios cuando presiono mi dedo en su cuello. Abre los ojos para mirarme y el pulso bajo mi dedo deja de latir.

—¿Sergei? —La voz de Varya me llega, pero suena distante.

Cierro los ojos y respiro profundamente, intentando bloquear la nueva oleada de imágenes. Mi mano izquierda empieza a temblar. Joder. Aprieto los dientes y aprieto los párpados con todas mis fuerzas.

—Mierda. Varya, aléjate de él. Lentamente —ladra Felix desde algún lugar a la derecha—. Todo el mundo fuera. Ahora.

Una respiración profunda. Luego otra. No ayuda. Siento que voy a explotar. Oigo que la gente se va y que la puerta se cierra, pero los sonidos se mezclan con pitidos en mis oídos. La necesidad de destruir algo, cualquier cosa, se apodera de mí mientras la rabia sigue creciendo y creciendo en mi interior.

La chica en mis brazos se agita y mueve la cabeza hacia la izquierda, enterrando su cara en mi cuello. Su aliento en mi piel se siente como las alas de una mariposa. El flashback se desvanece. Suspira y tose. Abro los ojos y la miro, en busca de signos de angustia, pero parece estar bien.

Me inclino hacia atrás en el sillón para que esté más cómoda, tiro de la manta sobre su huesudo hombro y noto que mi mano ha dejado de temblar. Inclinando la cabeza hacia atrás, miro al techo y escucho su respiración, luego intento sincronizar mi respiración, mucho más rápida, con la suya. El cuerpo de la chica se estremece y vuelve a toser.

—No pasa nada. Estás a salvo —susurro y la rodeo con mis brazos.

Murmura algo que no puedo descifrar y pone su mano en mi pecho, justo encima del corazón. Tan pequeña. Y tan condenadamente delgada. Probablemente podría rodear sus dos muñecas entre el pulgar y el índice. Estiro la mano y presiono la palma contra el lado de su cuello, sintiendo el latido de su pulso bajo mis dedos. Es fuerte. Lo superará. La presión que se ha ido acumulando en mi interior retrocede lentamente.

Volviendo a contemplar su rostro, le acomodo los húmedos mechones de cabello detrás de la oreja y la observo. Incluso muerta de hambre, es hermosa. Pero no es su belleza lo que atrae mi atención. Hay algo en las líneas de su rostro que me resulta familiar. Tengo una memoria impecable, y estoy cien

por cien seguro que no la he conocido antes, al menos no en persona. Sin embargo... Ladeo la cabeza hacia un lado, examinando sus cejas negras, su nariz respingona y sus labios carnosos. Intento imaginar su aspecto antes de pasar hambre y tres días en ese camión. Como si sintiera mi mirada, se revuelve, y durante un fugaz segundo sus ojos se abren y su mirada oscura y desenfocada se encuentra con la mía. Y recuerdo.

Capítulo 3

Angelina

El animal ladea la cabeza, se tumba en el suelo y cierra los ojos. Unos instantes después, me llega un sonido de ronquidos profundos. Exhalo y miro a mi alrededor.

Estoy en el enorme dormitorio de alguien. Además de la cama, hay un gran armario de madera y una estantería del suelo al techo con dos sillones reclinables y una lámpara de pie delante. Una chaqueta de cuero y un casco de motocicleta descansan despreocupadamente sobre uno de los sillones reclinables. La habitación tiene dos puertas, probablemente un baño y la salida. Y hay un extraño accesorio: una gruesa tabla de madera con una franja blanca pintada horizontalmente. Parpadeo varias veces y me concentro en la puerta junto al extraño adorno. Tengo que salir de aquí.

Estoy bastante segura que de alguna manera terminé con uno de los soldados de la Bratva rusa. Nadie más habría interceptado el cargamento de drogas. Decir que mi padre no estaba en los mejores términos con los rusos sería un eufemismo. Si alguien de aquí se entera de quién soy, y que Diego me está buscando, probablemente me entregue a ese bastardo.

Tengo que irme. Ahora.

Sin embargo, antes de intentar salir de aquí, necesito ir al baño, porque siento que mi vejiga va a estallar en cualquier momento.

Me desplazo hacia el borde de la cama, lo más lejos posible del Cerberus dormido en el suelo. Tan pronto mis pies tocan el suelo, el perro levanta la cabeza. Espero que ataque, pero se limita a observarme desde su lugar en el borde de la cama. Lentamente, me pongo de pie y mi visión se nubla. Cuando se me pasa el mareo, me dirijo con cuidado hacia la puerta de la derecha, apoyándome en el armario. Me tiemblan las piernas y la habitación parece inclinarse ante mí, pero de algún modo consigo llegar a la puerta y agarrar el pomo.

El perro emite un gruñido bajo, no exactamente un gruñido, pero sí una advertencia. Miro por encima de mi hombro y señala con su hocico la otra puerta. Avanzo a lo largo de la pared hasta la otra puerta y me acerco al pomo, sin perder de vista al perro. Agacha la cabeza en cuanto mi mano toca el pomo. Es extraño. Abro la puerta y, efectivamente, es el baño.

Después de vaciar mi vejiga gritona, me acerco al lavabo y miro mi reflejo. Lo primero que noto es que estoy limpia. No hay manchas de suciedad en mi piel y mi cabello parece lavado. Alguien me ha bañado. También me han puesto ropa. Lo noté vagamente nada más despertarme, pero no me fijé en lo que llevaba puesto entonces. Es ropa femenina, unos pantalones cortos rosas y una camiseta blanca con un personaje de dibujos animados en la parte delantera. Los pantalones cortos me quedan bien, pero la camiseta me aprieta un poco los pechos. Parece que la única grasa que me queda en el cuerpo está en las tetas.

Me echo un poco de agua en la cara, bebo un poco directamente del grifo y empiezo a abrir los armarios. Mataría por un cepillo de dientes porque tengo la boca como una lija. Debe ser mi día de suerte. Encuentro una caja con dos sin usar bajo el lavabo. Cuando termino de lavarme los dientes, salgo del baño y me dirijo a la otra puerta, pero en el momento en que doy un segundo paso en esa dirección, oigo un gruñido profundo. Me detengo y el gruñido cesa. Genial. Debería haber esperado eso. ¿Pero ahora qué?

Hay unos cuantos pasos hasta la salida, pero solo la mitad entre el perro y yo. Espero un par de minutos más, clavada en el sitio, y luego doy otro paso, esta vez más rápido. La bestia ladra y se lanza hacia mí. Me cubro la cara con las manos y grito.

Se oye un ruido de carrera y la puerta se abre. No me atrevo a quitarme las manos de la cara, todavía esperando que el perro ataque.

—¡Mimi! —ordena una voz profunda desde algún lugar frente a mí—. Idi syuda[2].

¿Mimi? ¿Quién en su sano juicio llamaría a esa cosa Mimi? Separo los dedos y entrecierro los ojos para echar un vistazo al dueño de la estruendosa voz. Cuando lo hago, tropiezo inmediatamente varios pasos hacia atrás.

[2] Idi syuda; Ven aquí, en ruso.

No me intimidan fácilmente los hombres. Al haber crecido en un complejo de cárteles de la droga, he tenido hombres de aspecto duro a mi alrededor desde que era una niña. Pero este... este hombre intimidaría a cualquiera.

El tipo que está en la puerta mide más de metro ochenta y está muy musculado. Sin embargo, no está abultado como el que se consigue haciendo pesas en el gimnasio y tomando suplementos. Su cuerpo debe haber sido perfeccionado durante años. Cada músculo está perfectamente definido y se muestra completamente, ya que solo lleva unos vaqueros desteñidos. Y por lo que puedo ver, también está completamente cubierto de tinta. Los dos brazos hasta las muñecas, el torso hasta las clavículas y, por las formas negras que veo en los hombros, los tatuajes deben continuar también en la espalda.

Dejo que mi mirada se desplace hacia arriba, hacia su rostro, que tiene unas líneas muy marcadas. Su cabello es rubio claro, creando una extraña combinación con su piel entintada. Pero el rasgo más intrigante son sus ojos azules como el hielo, claros y penetrantes, que me observan sin parpadear.

El temible ruso da un paso hacia mí. Grito y doy dos pasos hacia atrás.

—Está bien. No voy a hacerte daño —dice en inglés y levanta las manos delante de sí—. ¿Cómo te llamas?

¿Cuánto debo decirle? No sabe quién soy, gracias a Dios. He sido bastante discreta en los negocios de mi padre, así que no esperaba que nadie de la Bratva rusa me reconociera. Necesito mantenerlo así. Mierda. Debería haber pensado en esto y haber preparado una historia.

—¿Cómo te llamas[3]? —vuelve a preguntar, pero mantengo los labios cerrados.

Necesito algo de tiempo para pensar, así que miro al perro que sostiene por el collar y finjo concentrarme en él.

—¿Comment tu t'appelles[4]?

¿Francés? ¿Cuántos idiomas habla este tipo? Tendré que darle una respuesta pronto. ¿Debo dar mi verdadero nombre? No es raro y más bien universal, mejor ir con la verdad que olvidar el nombre que le doy.

Me decido por el inglés.

—Angelina. —Desde que terminé el instituto y fui a la universidad en Estados Unidos, no tengo acento. Y es más seguro.

El temblor de mis piernas empeora y vuelvo a estar ligeramente mareada, así que pongo la mano en la pared y cierro los ojos, esperando no desmayarme. La comida que me ha dado Nana, alguna fruta y algunos

[3] En castellano original.
[4] En francés original.

bocadillos, me ha ayudado a recuperar algo de fuerza, pero ayer por la mañana me comí lo último.

Siento un brazo alrededor de mi cintura y mis ojos se abren de golpe.

—Vuelve a la cama —me dice el ruso al oído, coloca su otro brazo bajo mis piernas y me levanta, llevándome hacia la cama.

Su cercanía me resulta familiar. No recuerdo mucho de lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas, pero sí recuerdo haber sentido unos brazos fuertes sacándome de aquel camión, y de nuevo más tarde. Apoyo mi cabeza en su hombro, más cerca de su cuello. Déjà vu. Cierro los ojos e inhalo su aroma, algo amaderado y fresco. Me resulta familiar. Reconozco este olor de la noche anterior. Estaba delirando y no era consciente de lo que ocurría a mi alrededor, pero recuerdo haberme dormido con esto. ¿Es él quien me encontró?

Llegamos a la cama, pero no me acuesta de inmediato. En cambio, se limita a observarme. Su cara está a pocos centímetros de la mía. No parece tan temible de cerca sin toda esa tinta a la vista. De hecho, es bastante guapo con esos pómulos afilados y sus pálidos ojos. Lo único imperfecto de su cara es la nariz, ligeramente torcida, como si se la hubieran roto varias veces. Es extraño que no me moleste estar apretada así su pecho desnudo.

—¿Sabes dónde estás y cómo has llegado aquí, Angelina? —pregunta y me sienta en la cama.

Su pregunta me saca al instante de mi ensoñación. Desplazo mi mirada hacia el perro que yace en mitad de la habitación, roncando. De ninguna manera voy a decirle la verdad, pero necesito una historia creíble. Una que le convenza que no soy nadie para que me deje ir.

—Estaba de viaje —digo, sin apartar la mirada del perro—. De mochilera. Me secuestraron en las afueras de Ciudad de México la semana pasada. —Ya está. Eso suena creíble. La mayoría de las chicas que Diego tenía en el sótano llegaron a él de esa manera.

—¿Sola?

—Sí. —Asiento.

—¿Y qué pasó entonces?

—Me metieron en ese camión. No sé dónde me llevaban antes que me encontraras.

Hay un breve silencio, y luego continúa.

—Estás en Chicago. ¿De dónde eres?

—Atlanta.

—¿Tienes familia en Atlanta?

—Sí. —Asiento—. Mi madre y mi padre viven allí.

—Bien. Voy a traerte algo de comer y luego puedes llamar a tus padres. ¿Te parece bien?

Levanto la vista y me encuentro con él observándome entrecerrando sus ojos.

—Sí, por favor —digo.

Se da la vuelta para irse. Tal como pensaba, su espalda también está cubierta de tatuajes. No me ha dicho su nombre. No debería importar porque de todos modos me iré pronto, pero quiero saberlo.

—¿Cómo te llamas?

—Sergei. Sergei Belov. —Arroja las palabras por encima del hombro y desaparece al momento.

Miro fijamente la puerta que ha cerrado mientras el pánico empieza a crecer en mi estómago. Mierda. De todas las personas que podrían haberme encontrado...

Los rusos ya estaban haciendo negocios con Mendoza y Rivera, los jefes de los otros dos cárteles, cuando se acercaron a mi padre el año pasado con una oferta de colaboración. La Bratva también quería entrar en el cártel de Sandoval. Mi padre los rechazó y se asoció con los irlandeses, que son los principales competidores de los rusos.

Recuerdo muy bien ese día. Acababa de regresar de Estados Unidos, esperando que mi padre volviera de la reunión con los rusos. Irrumpió en la casa, gritando y maldiciendo. Nunca había visto a mi padre gritar tanto. Cuando le pregunté qué había pasado, me dijo que no era de extrañar que los rusos se llevaran bien con Mendoza porque estaban todos trastornados. No dio más detalles, pero más tarde ese mismo día, escuché a los guardias hablar que el ruso que vino a una reunión estaba loco de remate. El tipo envió a los cuatro guardaespaldas de mi padre al hospital cuando intentaron desarmarlo antes de permitirle hablar con mi padre.

Ese ruso era Sergei Belov.

Tengo que salir de aquí lo antes posible.

Sergei

Tomo la cazuela de sopa que Felix preparó, vierto una buena cantidad en un plato y me dirijo a la nevera, marcando a Roman por el camino.



—La chica se ha despertado. —Alcanzo la botella de zumo. La doctora dice que necesita tomar algo de azúcar.

—¿Qué ha dicho?

—Su nombre es Angelina. No dio su apellido. Estaba de viaje cuando los hombres de Diego la atraparon y la subieron a ese camión. Dice que es de Atlanta y que tiene familia allí.

—Suena como algo que haría Rivera.

—Sí. —Asiento y cojo un vaso—. Excepto que todo es una mierda.

—¿Crees que está mintiendo?

—En todo, excepto su nombre.

—¿Por qué iba a mentir?

—Porque su nombre es Angelina Sofía Sandoval —digo—. Es la hija de Manny Sandoval, Roman.

—Me estás jodiendo.

—No. Tengo su foto en mi carpeta de Manny del año pasado. No la reconocí de inmediato. Su cabello es más corto ahora, y la foto era vieja, pero es ella.

Un torrente de maldiciones llega desde el otro lado de la línea.

—¿Qué coño hacía ella escondida en el cargamento de los italianos? ¿Sabía ella que el camión iba a ser entregado a los albaneses?

—Ni idea. —Me encojo de hombros, cojo el plato con la sopa y el zumo y me dirijo hacia las escaleras.

—Que se quede allí por ahora, y no la pierdas de vista hasta que averigüemos qué está pasando. Tengo que concentrarme en los italianos ahora. Mikhail debería llegar en cualquier momento. Manejaremos el asunto de la princesa del cártel después que la situación con Bruno Scardoni se calme

—Bien. —Me dirijo hacia arriba—. Pero deberías saber una cosa. Me la voy a quedar, Roman.

—¿Qué? No te la vas a quedar. No es una jodida vagabunda que puedas reclamar como tuya.

—Por supuesto que puedo

—¡Jesucristo! —Se oye un suspiro fatigado al otro lado. Puedo imaginar su reacción como si estuviera aquí delante de mí, apretando el puente de su nariz y sacudiendo la cabeza—. Sabes, no tengo energía para lidiar con tu jodida visión de la realidad en este momento. Llámame si dice algo.

—Claro —miento. No tengo intención de compartir con él nada relacionado con Angelina porque pienso ocuparme yo mismo de mi pequeña mentirosa.

Angelina

Tomo otra cucharada de sopa y lanzo una mirada a Sergei. Me ha observado durante todo el tiempo que he comido el primer plato, que ha durado menos de dos minutos. Luego, bajó y trajo más. Ya voy por el tercer plato y todavía no ha dicho nada. Está sentado en el sillón cerca de la estantería y mantiene su mirada de buitre sobre mí.

¿Podría estar detrás de mí? Si lo estuviera, probablemente ya se habría enfrentado a mí, así que supongo que estoy bien.

Dice que me dejará llamar a mis padres cuando termine con la comida, y como ambos están muertos, pienso llamar a Regina, una amiga de la universidad. No tengo ropa, ni teléfono, ni documentos. Necesito dinero para poder comprar lo esencial e instalarme en un motel durante unos días. Desde allí, podré contactar con O'Neil para que me ayude con los documentos, porque sin ellos no puedo acceder a mis cuentas. No pienso volver a México, pero necesito sacar a Nana Guadalupe de allí también.

Pongo la bandeja con el plato vacío en la mesita de noche, me bebo el zumo y luego miro a Sergei. Ha cogido algo de ropa del armario antes de ir a buscarme más sopa y se ha puesto una camisa blanca antes de volver. Le queda bien, y con los tatuajes cubiertos, parece menos duro.

—¿Puedes prestarme tu teléfono para llamar a mis padres ahora?

—Por supuesto. —Saca el teléfono del bolsillo y me lo lanza.

Lo atrapo, tecleo el número de Regina y rezo a Dios para que me responda.

—¿Si?

—Hola, mamá. Soy yo —digo—, Angelina.

—¿Mamá? —Se ríe—. ¿Has estado bebiendo?

—Estoy bien —digo, ignorando su pregunta—. Sí, el viaje fue genial. Ahora estoy en Chicago.

—¿Chicago? Dijiste que te quedarías en casa al menos dos semanas. ¿Qué estás haciendo en Chicago?

—Sí, estoy con unos amigos. Escucha, me robaron. Se llevaron mi dinero y mis documentos. Recordé que la tía Liliana vive aquí, ¿podrías enviarle algo de dinero por mí?

—¿Tía? ¿Te refieres a mi hermana? —Pasan unos segundos de silencio al otro lado—. ¿Qué está pasando? ¿Está en peligro?

—Perfecto. Me pasaré por su casa más tarde. Gracias, mamá. Saluda a papá.

Corto la llamada y le devuelvo el teléfono a Sergei, recostado en el sillón, observándome con una sonrisa apenas visible.

—¿Te robaron? —Levanta una ceja.

—Sí, yo... bueno, no pude decirle que me habían secuestrado. Se moriría de preocupación. Se lo contaré todo cuando llegue a casa.

—Pareces muy serena para alguien que acaba de pasar por una experiencia traumática. ¿Te secuestran a menudo?

No, no diría que a menudo. Solo dos veces hasta ahora, pero no pienso compartir ese detalle. Tal vez debería haber llorado, pero bueno, ese barco ya zarpó.

—Sí, yo . . . Se me da muy bien funcionar bajo presión.

Sonríe.

—En efecto.

—Escucha —continúo—, os agradezco mucho que me hayáis sacado de ese camión y me hayáis salvado, pero debería seguir mi camino. Mi madre me enviará algo de dinero, así que os compensaré por la comida y la ropa. Ahora me iré. ¿Te parece bien?

Sergei se levanta de su sitio, se acerca a la cama donde estoy sentada y se agacha frente a mí. Ladeando la cabeza, me mira y sacude la cabeza, sonriendo.

—Eres una mentirosa terrible.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Disculpa?

—Estás disculpada. —Asiente, acerca su mano, sujetando mi barbilla entre sus dedos—. Ahora, la verdad, por favor.

Respiro hondo y miro fijamente esos ojos azul pálido pegados a los míos, mientras su pulgar recorre la línea de mi mandíbula. La piel de su mano es áspera, pero su toque es tan ligero que apenas lo percibo. Su dedo llega al lado

de mi mandíbula, justo por encima del moratón casi desvanecido, y se detiene allí.

—¿Quién te ha pegado, Angelina?

Parpadeo. Es difícil concentrarse en otra cosa cuando él está tan cerca, pero de alguna manera consigo recomponerse.

—Me caí.

—Te caíste. —Asiente y mueve su mirada hacia donde está su dedo, todavía junto al hematoma—. ¿En el puño de alguien, tal vez?

—No. Me tropecé. Sobre una de las cajas del camión.

Sus ojos vuelven a encontrar los míos y juro que el corazón me da un vuelco.

—¿Sabes cuánto tiempo se necesita para que un hematoma adquiera ese bonito color verde amarillento, Angelina?

—¿Dos días? —murmuro. La verdad es que nunca había pensado en eso.

—De cinco a diez días. —Se inclina hacia delante para que su rostro esté justo delante del mío—. Dime la verdad.

—Te lo acabo de decir. —Suspiro—. No estoy mintiendo.

—¿Estás segura?

—Sí.

—De acuerdo entonces. —Sus dedos sueltan mi barbilla. Sergei se endereza y se dirige a la puerta—. Las ventanas están cerradas y conectadas a la alarma. Por favor, no intentes romperlas —dice—. Mimi es una perra entrenada por militares y estará todo el tiempo frente a la puerta, así que no te canses tratando de escapar, porque te quedarás aquí hasta que empieces a decirme la verdad. Vendré a llevarte abajo para comer.

Con esas palabras, sale de la habitación y cierra la puerta.

Mierda.

* * *

Pasé casi una hora sentada en la cama, tratando de entender en qué había metido la pata. Salvo por lo del hematoma, mi historia era sólida. Traté de mantenerla lo más cerca posible de la verdad para hacerla más realista. ¿Cómo diablos me atrapó? El mayor problema es que no tengo ni idea de cuánto sabe.

Todo el mundo ha oído hablar de Sergei Belov, el negociador de la Bratva en todos los asuntos relacionados con la droga. Iba a México con bastante frecuencia. ¿Y si me reconociera de una de sus visitas? Aunque no veo cómo podría hacerlo. No iba a México tan a menudo como para que nuestros caminos se cruzaran. Y habría recordado haberlo visto.

Siempre he evitado las reuniones y fiestas de los cárteles porque normalmente acaban convirtiéndose en orgías o con alguien tiroteado. O ambas cosas. Me gustaba leer en el jardín o estar con Nana en las cocinas. A papá le gustaba decir que yo era antisocial. No lo era. No lo soy. Solo que siempre he sido... socialmente torpe.

¿Tal vez Sergei escuchó a Regina riéndose mientras hablábamos y eso llamó su atención, fingir que hablaba con mi madre? Aun así, sería mejor salir de aquí lo antes posible. Por si acaso.

Me levanto de la cama, atravieso la habitación y abro la puerta solo un poco. Mimi, la Cerberus, está durmiendo en el suelo justo al otro lado del umbral, pero levanta la cabeza en cuanto oye la puerta. Es una maravilla. La cierro y me dirijo a las ventanas. Las dos están cerradas. ¿Y ahora qué?

Todavía estoy debatiendo lo que debo hacer cuando escucho unos pasos acercándose rápidamente. En el momento siguiente, la puerta de la habitación se abre de golpe y Sergei irrumpe en ella. No me presta atención, simplemente coge el casco y la chaqueta de cuero del sillón y sale corriendo. Poco después, oigo el rugido de un motor en el exterior. Me apresuro a la ventana justo a tiempo para verlo girar su enorme moto deportiva hacia la calle a una velocidad demencial. Menos de cinco segundos después se pierde de vista. Me apresuro a la puerta con la esperanza que el perro haya dejado su puesto de guardia, pero no. Sigue ahí. Maldita sea.

Aproximadamente dos horas después, llaman a la puerta y entra un hombre canoso con gafas, llevando una bandeja de comida. Tiene unos sesenta o principios de los setenta, una barba bien recortada y lleva una camisa azul pálido con un pantalón azul marino.

—Cambio de planes —dice acercándose a la cama—. Sergei ha tenido que marcharse, así que te toca el servicio de habitaciones.

Coloca la bandeja en la mesita de noche, se gira y me ofrece la mano.

—Soy Felix.

Tomo su mano.

—Por favor, déjame salir de aquí. Por favor. Sujeta al perro y me iré en un segundo.

—Lo siento. —Coloca su otra mano sobre la mía—. No puedo hacer eso. Y aunque pudiera, Mimi no te dejaría salir de esta habitación. Ella solo escucha las órdenes de Sergei.

—¡Por favor!

—No tienes dinero. Ni siquiera tienes zapatos. Y has pasado la noche delirando por culpa del hambre —dice en voz baja—. Te desmayarías antes de llegar a la siguiente manzana.

Suelto su mano y retrocedo. No esperaba que me ayudara a escapar, pero tenía que intentarlo.

—¿Cuándo vuelve Sergei? ——pregunto. Tendré que razonar con él, obviamente.

—No lo sé. Pero le haré saber que quieres hablar con él cuando lo haga. —Señala con la cabeza el plato—. El doctor dijo que el primer día solo debes comer comida ligera, así que te he preparado risotto con verduras y algo de ensalada. También hay más sopa. Sergei dijo que te gustó.

—¿Eres el cocinero aquí?

No tiene aspecto de cocinero. Más bien parece un contable.

—El cocinero. También el jardinero. Y como a Sergei le gusta llamarlo, un mayordomo. —Sonríe—. Ahora te dejaré comer, pero volveré más tarde para darte tus antibióticos y te traeré la cena. Si necesitas algo, abre la puerta y grita. Estaré abajo.

Sergei

Aparco la moto frente a la entrada del hospital, entro y me dirijo al mostrador de información.

—¿Pasillo C? —ladro al tipo detrás del escritorio.

—¿Puede decirme a quién busca, señor? Necesito...

Agarro su muñeca, lo atraigo hacia mí y me pongo en su cara.

—Pasillo. C.

—Primer piso —se atraganta—. Gire a la izquierda al salir del ascensor.

Suelto la mano del tipo y corro hacia el ascensor.

—¿Dónde está el bastardo gruñón? ——pregunto apenas doblo la esquina y encuentro a Roman de pie. La mujer de Mikhail está sentada en una de las sillas del fondo del pasillo, con las piernas cruzadas debajo de ella y la cabeza apoyada en la pared.

—En el quirófano —dice Roman.

—¿Cómo de malo?

—Pulmón dañado.

Aprieto los dientes.

—¿Vivirá?

—No lo sé, Sergei. —Suspira y pasa su mano por el cabello—. Vete a casa. Te avisaré tan pronto tenga alguna información.

—¿Quién le disparó?

—Bruno Scardoni.

—¿Está muerto el imbécil?

—Sí.

Joder.

—Si alguien más estuvo involucrado, quiero la lista. Estoy libre este fin de semana.

—¿Libre para qué?

—Para decapitar a todos y cada uno de ellos. —Mordisqueo y giro sobre mis talones, con la intención de volver a casa. En lugar de eso, acabo dando vueltas por la ciudad hasta bien entrada la noche.

Capítulo 4

Angelina

—Lo siento si te he despertado —dice Sergei desde su lugar en el sillón.

Dudo que haya sido él quien me haya despertado. Está sentado tan inmóvil que, si no supiera dónde mirar, no me habría fijado en él.

—¿No puedes dormir? ——pregunto.

—No.

Se ve relajado, pero hay algo en el tono de su voz que parece... incorrecto.

—¿Por qué?

—Demasiada mierda en los últimos días.

—Entonces, deberías dejarme ir. Una cosa menos de la que preocuparse.

—Lo haré. Cuando me digas la verdad.

Parpadeo.

—¿Qué verdad?

—¿Por qué estabas en el camión lleno de drogas que se envió a los albaneses y por qué estabas medio muerta de hambre cuando te encontramos? —pregunta casualmente. Podemos empezar en primer porque me mintió, señorita Sandoval.

Oh, mierda. Cierro los ojos, tratando de contener el aumento del pánico. Sabe quién soy, pero no da la impresión de ser consciente que Diego me está buscando, así que no todo está perdido.

—¿Cómo sabes quién soy? No nos conocemos.

—La Bratva siempre investiga a fondo a todos nuestros socios potenciales. Incluyendo a sus familiares. Ya no tiene sentido mentir.

Abro los ojos y me encuentro con que me mira.

—¿Y ahora qué?

—Ahora me dices qué hacías en ese camión.

Desvío la mirada. No hay ninguna posibilidad de decirle la verdad. La Bratva hace negocios con Diego, así que me enviarán de vuelta tan pronto como sepan que me está buscando. No voy a arriesgarme.

—Fue algo personal. No debería preocuparte ni a ti ni a la Bratva.

—Todo lo que ocurre en esta ciudad concierne a la Bratva. Especialmente cuando una princesa del cártel cae a mis pies, aparentemente de la nada.

—¿Fuiste tú quien me ha encontró? —pregunto.

—Sí. —Se echa hacia atrás e inclina la cabeza hacia arriba, mirando al techo—. Mikhail y yo fuimos a interceptar el cargamento. La información que teníamos decía que habría una chica en el camión, así que te sacamos antes que lo volara.

—¿Has volado el camión lleno de drogas? ¿Por qué no simplemente llevárselo?

—Pakhan quería hacer una declaración. —Se encoge de hombros como si fuera completamente normal destruir un producto de varios millones de dólares solo para hacer una declaración.

—Una declaración bastante cara.

—Sí. Roman es un fanático de la teatralidad. —Me mira—. Le pediré a Nina que te envíe más ropa mañana.

—¿Nina? —¿Es la novia de Sergei? Miro la camiseta que llevo puesta. El hecho que esté vestido con la ropa de su novia no me gusta.

—La esposa de Roman —aclara.

—Oh. Transmítele mi agradecimiento. —Me alegro que no sean las cosas de su novia—. Necesito que me dejes ir, Sergei. Por favor.

—Por supuesto. Tan pronto como me digas lo que necesito saber.

Aprieto los labios y me vuelvo a tumbar, tapándome con la manta hasta la barbilla.

—¿No hay nada que compartir?

—No —mascullo.

—Cuando eso cambie, avísame y discutiremos tu libertad.

Lo observo durante un largo rato mientras sigue sentado, mirando al techo en silencio, su cuerpo completamente inmóvil. He oído historias sobre él. A los hombres de mi padre les gustaba cotillear, sobre todo cuando se emborrachaban. Por lo que contaban, tenía la impresión que Sergei Belov era una especie de asesino desquiciado, que iba por ahí matando a la gente sin motivo. Sin embargo, ahora que lo he conocido, esa imagen no parece exacta. No me parece que esté loco. De hecho, actúa como un tipo bastante normal.

Tal vez podría tratar de seducirlo, y luego escapar cuando su guardia está baja. Sí, claro. Casi me río a carcajadas ante la idea que Angelina Sandoval, una empollona de libros y bicho raro local que se ha acostado exactamente con un hombre en sus veintidós años, se convierta en la reina de la seducción. Se reiría de mí si lo intentara.

Dejo que mis ojos recorran su cuerpo, notando cómo su ancho pecho y sus hombros tensan el material de la camiseta negra que lleva puesta, y detengo mi inspección en sus antebrazos. Gruesos, fuertes y con músculos perfectamente formados. Algunas mujeres se sienten atraídas por el cabello o la boca de un hombre. A mí siempre me han gustado los antebrazos.

Bostezo. ¿Espera que me vaya a dormir con él merodeando por ahí? Normalmente puedo dormirme en los lugares más extraños. De hecho, una vez me quedé dormida en un bar, apoyada en el hombro de Regina mientras un tipo intentaba convencerla para que saliera con él. Pero no creo que pueda dormir mientras un desconocido, al que considero una amenaza, está sentado en la misma habitación. ¿Y si intenta algo? Aunque hubo suficientes oportunidades para que lo hiciera mientras estaba desmayada esa primera noche, y no lo hizo.

Me pesan los párpados, así que decido cerrarlos, pero solo por un momento. Porque no hay manera alguna de permitirme dormir realmente con...

* * *

El sonido de un teléfono me despierta. De hecho, he conseguido dormirme mientras el soldado de la Bratva estaba en la misma habitación. La gente va a terapia cuando tiene problemas para dormir, pero parece que yo necesito ayuda para saber cuándo no debo dormirme. Afuera todavía está

parcialmente oscuro, y el amanecer se acerca rápidamente. Me giro para mirar el sillón y veo que Sergei sigue sentado allí, con el teléfono en la oreja. Escucha a la persona que está al otro lado y su cuerpo se pone rígido de repente, la expresión de su rostro pasa de ligeramente tensa a volátil. No dice nada, solo baja el teléfono y lo mira como si quisiera romperlo.

—¿Malas noticias? —murmuro.

No contesta, solo mantiene los ojos en el teléfono con tal malicia que me pregunto si el aparato va a arder por la intensidad de su mirada.

No estoy segura de lo que ocurre, pero es evidente que algo ha pasado y no es bueno. No debería importarme. Después de todo, el tipo me tiene prisionera en su casa por tiempo indefinido a no ser que derrame mis secretos. Pero él me salvó la vida. Probablemente estaría muerta si él no me hubiera encontrado, o quizás peor si hubiera sido otra persona.

Debería continuar durmiendo, pero no puedo. Así que, en contra de mi buen juicio, me levanto de la cama y me dirijo lentamente hacia el sillón reclinable hasta que estoy de pie justo delante de él.

—¿Estás bien? —pregunto.

Nada.

—¿Sergei?

Todavía, nada. Sigue mirando el teléfono. Alargo la mano y le toco el hombro con la punta del dedo.

Su cabeza se levanta de golpe y empiezo a registrar las cosas que me he perdido desde la distancia. La forma en que aprieta la mandíbula, el ligero temblor de su mano izquierda y el sonido de su respiración, que es un poco más rápida de lo normal. Pero, sobre todo, me sorprenden sus ojos, desenfocados, como si mirara a través de mí.

—¿Sí? —pregunta, su voz suena... distante de alguna manera.

—¿Ha pasado algo?

Cierra los ojos un segundo y respira profundamente.

—Vuelve a la cama. Me iré.

Algo va mal. Sólo que no puedo precisar qué. Parece enfadado y agitado, pero trata de mantenerlo controlado. Aparte de esos pequeños detalles, parece perfectamente sereno.

Tiene razón. Debería volver a la cama. Lo que pasa con él no es mi problema. No debería importarme. Entonces, ¿por qué lo hago? Vuelvo a centrarme en sus ojos. Sí, la mirada en ellos es realmente extraña.

—¿Estás meditando o algo así? —pregunto.

Parpadea, y puede que me equivoque porque todavía está bastante oscuro en la habitación, pero sus ojos parecen más concentrados ahora.

—No estoy jodidamente meditando. —Sacude la cabeza—. Me acaban de informar sobre mi amigo al que dispararon ayer. El que estaba conmigo cuando te encontramos. Mikhail.

—Oh. —Probablemente por eso salió furioso de la casa ayer por la mañana—. ¿Cómo está?

—Mal.

—¿Se recuperará?

—Acaban de llevarlo a cirugía de nuevo. Tiene una hemorragia interna.

—¿Sois muy amigos? —Coloco mi mano sobre la suya izquierda y la rozo ligeramente. Sus ojos se centran ahora en mí, y el temblor de la mano bajo la mía parece detenerse.

—No realmente —dice—. Pero lo mataré si muere.

Siento que las comisuras de mis labios se curvan ligeramente. Está volviendo de donde sea que haya ido antes.

—En ese caso, probablemente se asegurará de seguir vivo.

Sin romper el contacto visual, Sergei desliza su mano por debajo de la mía y rodea mi muñeca con sus dedos.

—¿Quién te ha matado de hambre? —pregunta inclinándose hacia mí.

—Yo, lo hice —digo—. Estaba en huelga de hambre.

—¿Por qué?

Inclino ligeramente la cabeza de modo que nuestras narices casi se tocan y miro fijamente esos ojos claros.

—No puedo decírtelo.

Sus labios se ensanchan.

—Lo averiguaré, lisichka.

—¿Lisichka? —Enarco una ceja. No conozco esa palabra.

—Zorrita. —Toma mi barbilla entre sus dedos—. Apropiado, ¿no crees?

—No realmente.

Sonríe, sacude la cabeza y se levanta del sillón. Había olvidado lo alto que es.

—Sí, creo que es perfecto. —Roza mi barbilla con su pulgar, luego se gira y se dirige hacia la puerta—. Vuelve a dormir, mi mentirosilla.

Sergei

Roman llama hacia el mediodía para decirme que Mikhail ha salido de la operación y que debería estar bien. Poco después me desmayo en el sofá del salón. Rara vez soy capaz de dormir durante el día, pero mi cerebro finalmente ha recibido el aviso de mi cuerpo, que ha estado funcionando con solo un par de horas de sueño en los últimos tres días. Cuando me despierto, ya son cerca de las cuatro.

—Tienes que dejar salir a esa chica de tu habitación. Se va a enmohecer allí —dice Felix, pasando por delante de mí, golpeándome con un trapo de cocina en el hombro—. Y si piensas mantenerla aquí, tendrás que conseguirle algo de ropa. Que no sea la de Nina. Y zapatos.

—Mierda. —Me siento, pasando mi mano por mi cabello—. ¿Dónde puedo conseguir ropa femenina?

—En una de esas cosas que llaman tiendas. Puedes encontrar muchas dentro de los grandes edificios conocidos como centros comerciales.

—Tan cómico. —Me incorporo—. ¿Qué tal si vas a comprar algunas cosas para ella?

—Oh no. Es tu prisionera, así que eres tú quien debe vestirla y alimentarla. Y ya estoy haciendo la parte de la alimentación.

—Está bien, de acuerdo. Iré ahora mismo. Tengo una reunión con Shevchenko más tarde.

—Pensé que Shevchenko dijo que no quiere hablar más de negocios contigo. Desde que intentaste cortarle la mano y todo eso.

—Está exagerando —digo por encima del hombro mientras busco mi casco.

—¿Así que no intentaste cortarle la mano?

—Claro que sí. —Me muevo a través de la manta que se ha colocado desordenadamente sobre el sofá—. ¿Le llevaste el almuerzo a Angelina?

—No. Iré a buscarla y la dejaré almorzar en la cocina. Necesita estirar las piernas. Pero tienes que llamar a Mimi para que salga de la habitación.

—Asegúrate que no escape. —Le doy un silbido a mi perro guardián y Mimi baja las escaleras a toda prisa—. Y no te olvides de conseguirme la

información que te pedí. Necesito todo lo que puedas encontrar sobre ella. –Miro alrededor de la habitación–. ¿Dónde coño está mi casco?

–Comedor –dice Felix y sigue limpiando el polvo del televisor.

–¿Por qué haces eso? Es el trabajo de Marlene. ¿Dónde está ella?

–Está enfadada porque cancelé nuestra cita ya que tuve que hacer de carcelero. Me ha dicho que se va a tomar el resto de la semana libre.

–Marlene es mi ama de llaves. No puede decirte que se va a tomar una semana libre.

Se gira hacia mí con las manos en las caderas y me mira fijamente.

–Estoy haciendo el trabajo, así que eso no importa, ¿cierto?

–Trabaja para mí. –Levanto las manos en defensa–. Me voy.

* * *

Me detengo en mitad de la tienda y me doy la vuelta, mirando los kilométricos estantes de ropa femenina. Mierda. ¿Por dónde empiezo?

–¿Necesita ayuda? –pregunta una empleada de la tienda, que acude a mi lado.

–Sí. Por favor.

–Bien. –Sonríe–. ¿Qué necesitas? ¿Un regalo?

–Necesito todo –digo.

–¿Todo?

–Sí. Una amiga se está quedando conmigo, y ha perdido su equipaje. Ella necesita todo.

–No hay problema. ¿Qué tamaño?

Miro fijamente a la señora, quien probablemente piensa que soy idiota.

–Poco más de un metro y medio, más o menos. Alrededor de cuarenta kilos. ¿Eso ayuda?

–¿También zapatos?

–Sí. Tendré que pedir la talla para eso.

–Claro. ¿Quieres elegir, o quieres que lo haga yo por ti?

Miro todos los estantes y me estremezco.

–Tú eliges. Vaqueros, camisetas, una chaqueta. Cosas informales.

–Bien. ¿Cuántos de cada uno?

—Digamos que durante un mes.

—¿Calcetines, ropa interior? Necesitaré la talla de sujetador.

—Hm. ¿Mediana?

Se ríe y sacude la cabeza.

—Que sean sujetadores deportivos. Esos son elásticos.

—Sí, eso funcionaría.

—Perfecto. Voy a comenzar a recolectar tus cosas. Puedes esperar allí, o puedes ir a la tienda de al lado y comprarle algunos cosméticos si los necesita.

—Lo haré. Por favor, asegúrate de elegir buen material. No hay límite de presupuesto.

Le envío un mensaje a Felix, preguntándole por la talla de zapatos de Angelina, y me dirijo a la tienda vecina. Cuando le digo a la dependienta lo que necesito, empieza a hacerme preguntas sobre el tipo de piel y de cabello, como si yo debiera saber esas tonterías. Así que le digo que me dé uno de cada.

Treinta minutos más tarde, me encuentro junto a mi moto con decenas de bolsas en las manos. Tendría que haber traído el coche, pero no se me ocurrió. Acabo llamando a un taxi para que lleve las bolsas a la casa y me dirijo a ella.

Capítulo 5

Angelina

—Por fin alguien que aprecia lo que hago por aquí —refunfuña Felix y sigue guardando los platos del lavavajillas.

Aprovecho para echar un vistazo. La cocina es bastante grande, una mesa de comedor junto a la ventana del lado izquierdo. Sin embargo, la casa en sí no es tan grande. Dos dormitorios en la planta superior y un enorme salón y cocina en la planta baja. Es un lugar agradable con muebles nuevos y modernos, y parece habitado. Una cosa que encuentro extraña es que no hay fotos de ningún tipo. En ningún sitio.

—¿Vives aquí? —pregunto.

—En el apartamento sobre el garaje.

—Bien. —Miro por encima del hombro hacia la puerta principal, calculando la distancia. Felix parece estar bastante en forma, pero es mayor. Dudo que sea capaz de detenerme si le sorprendo desprevenido. Si la puerta no está cerrada con llave, debería poder escurrirme.

—No —dice Felix, y mi cabeza vuelve a dirigirse a él.

—¿Qué?

—Mimi te atrapará antes que llegues a la puerta. —Señala con la cabeza hacia el salón, donde el perro duerme en el suelo junto al sofá.

Finjo inocencia.

—No pensaba hacer nada.

—Sí, claro. —Aparta el plato, se gira hacia mí y se apoya en la encimera—. ¿Por qué no le dices a Sergei lo que necesita saber, y así te deje ir?

—Tengo mis razones. —Vuelvo a comer—. ¿Cómo está su amigo? El que recibió el disparo.

—Se pondrá bien —dice Felix y cruza los brazos delante del pecho—. ¿Cómo sabes lo de Mikhail?

—Sergei me dijo anoche. Alguien lo llamó para decirle que no estaba bien. Sergei se alteró.

—¿Alterado?

—Sí. Como si estuviera desconectado. Fue extraño. —Me encojo de hombros y alcanzo la ensalada. Felix se acerca, coge mi silla y la gira hacia él.

—Se desconectó... ¿cómo? —Se inclina sobre mí y lo miro fijamente. Ha desaparecido el viejo gruñón pero divertido de hace unos segundos, y en su lugar hay un hombre muy serio y visiblemente alarmado.

—No sé. Se ha quedado muy quieto. Sus ojos parecían extraños, como si me estuviera mirando sin verme realmente —digo—. Su mano empezó a temblar

Felix cierra los ojos y maldice.

—¿Y entonces?

—Me acerqué a él, pero daba la impresión que no me percibía, así que lo pinché, y eso llamó su atención.

Los ojos de Felix se abren de golpe.

—Tú... ¿lo pinchaste?

—Sí. Con mi dedo. Así. —Le toco ligeramente el hombro—. Pareció ayudar. Se espabiló al cabo de unos minutos, me llamó zorrita y se fue.

—¿Y eso es todo?

—Sí, más o menos. ¿Por qué?

Felix no dice nada, solo me observa durante unos segundos. Luego, saca la silla que está a su lado, se sienta y se inclina hacia mí. Sigue sin hablar. ¿He hecho algo que no debía?

—¿Le pasa algo a Sergei? —pregunto.

—Sí —dice finalmente—. A veces procesa las cosas de forma diferente. Y sus puntos de vista sobre lo que debería ser una respuesta lógica a una determinada situación difieren de los tuyos o de los míos.

Arrugo las cejas.

—¿Cómo es eso?

—Digamos que estás esperando en una cola para tomar un café y un hombre detrás de ti intenta quitarte la cartera. ¿Qué harías?

—No lo sé. ¿Golpearlo en la cabeza con mi bolso? ¿Llamar a la policía?

—Sergei le rompería el cuello, volvería a la cola y pediría un capuchino cuando le llegara el turno.

Parpadeo.

—Él... no parece una persona violenta.

—Sergei no es violento por naturaleza. Nunca atacaría a nadie en circunstancias normales. Nunca tocaría a un niño. O a una mujer, a no ser que sea una amenaza. Si una anciana está cruzando una calle, se acercará para ayudarla. Si un gato se queda atascado en un árbol, se subirá a él y lo rescatará.

—No entiendo.

—Sin ser provocado, su comportamiento es completamente acorde con lo que se considera socialmente aceptable.

—¿Y cuando es provocado?

—Cuando Sergei es provocado, la gente muere, Angelina. Por eso, si vuelves a encontrarlo en un estado de zozobra, como tú dices, deberías quedarte atrás.

Lo miro fijamente, me cuesta creer que la persona que está describiendo sea el hombre que tan tiernamente me rozó la mejilla exigiendo saber quién me hizo daño.

—Pero no me hizo nada. Solo... solo hablamos, y volvió a la normalidad.

—Lo cual es muy inesperado. —asiente Felix—. Aun así, no deberías volver a hacer eso.

—Bien.

—Una cosa más. Si lo encuentras dormido, no te acercarás a él bajo ninguna circunstancia. Te darás la vuelta y saldrás de la habitación inmediatamente.

Qué petición tan extraña.

—¿Por qué?

—No importa. Solo haz lo que te digo.

—Muy bien —asiento y amontono más puré de patatas en mi plato.

No hay manera que me crea esta mierda. Está exagerando, probablemente tratando de asustarme para que suelte la lengua. Sí, Sergei actuó de forma extraña anoche y tiene fama de ser un tipo ligeramente inestable, pero nadie es normal en nuestro mundo.

Oigo abrirse la puerta principal y me giro para ver entrar al objeto de mis pensamientos, con un casco bajo el brazo.

—Pensé que habías ido de compras —grita Felix desde al lado del fregadero—. ¿Dónde está la ropa que has traído?

—Llegando en taxi. Le dije al chico que trajera las bolsas a la puerta.

Sergei tira el casco en el sofá, se quita la chaqueta y entra en la cocina. Al pasar por delante de mi silla, extiende su mano y roza ligeramente mi brazo, haciendo que la piel se erice allí donde nos tocamos. Y no es una sensación desagradable.

—¿Qué hay para comer? Me muero de hambre. —Se sienta en la silla contigua a la mía y mira la cazuela que hay en el centro de la mesa—. ¿Otra vez albóndigas? Dios mío. Te voy a apuntar a un curso de cocina la semana que viene.

—Si tienes quejas sobre mi cocina, no dudes en empezar a preparar la comida tú mismo.

Sergei suspira y empieza a apilar comida en un plato. Cuando termina, mira su comida, maldice y come. Es evidente que no está satisfecho con lo que Felix ha preparado, pero no veo que entre en una furia asesina o lo que sea. Como sospechaba, Felix estaba exagerando.

El perro de Sergei entra desde el salón, se detiene junto a él y empieza a darle golpecitos en las costillas con su hocico.

—¡Maldita sea, Mimi! Estoy intentando comer. —Mueve la cabeza del perro con la mano, pero lo hace con visible cariño.

—¿Qué raza es? —pregunto. Creo que nunca he visto un perro tan grande.

—Cane corso[5] —dice entre dos bocados—. Voy a pasearla después de comer. ¿Quieres venir con nosotros?

No es mala idea. Tengo que comprobar la zona si consigo escabullirme en algún momento.

—Claro.

Acabamos de terminar la comida cuando suena el timbre.

—Son tus cosas —me dice y se vuelve hacia Felix—. ¿Puedes atender eso?

—No.

Sergei refunfuña algo en ruso y se levanta.

5 Cane Corso: Canis Lupus familiaris o mastín italiano o cane corso es una raza canina originaria de Italia, perteneciente al grupo 2 y molosoide de tipo dogo. Es de talla grande (entre 65-71cm), musculoso, elegante, potente, pero es a la vez muy equilibrado y seguro de sí mismo.

—Albert se peleó ayer con su novia, así que está de mal humor.

—¿Albert?

—Ese sería yo —dice Felix por encima de su hombro—. Sergei hace una broma acerca de Batman. Se cree que es ingenioso.

Levanto las cejas.

—¿No era ese Alfred? ¿En la película?

—Sí, pero dice que Alfred suena aristocrático y que no soy lo suficientemente sofisticado para ello. Así que lo cambió por Albert.

—Oh, bueno... eso tiene sentido, supongo. —Sacudo la cabeza confusa. Esos dos tienen una relación muy extraña. Me giro para ver a Sergei cogiendo un montón de bolsas del porche y llevándolas hacia las escaleras. Hay al menos veinte.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Probablemente las cosas que compró para ti. Parece que se dejó llevar un poco.

Me doy la vuelta lentamente y miro fijamente a Felix 'barra' Albert.

—¿Cuánto tiempo pretende tenerme aquí?

—Tendrás que discutirlo con Sergei, me temo.

Me levanto de la mesa, llevo el plato al fregadero y subo corriendo a hacer eso. Solo veo un montón de bolsas esparcidas por la cama y a Sergei desaparecido. Me pregunto si debería comprobar la otra habitación que he visto en esta planta cuando oigo el sonido del agua corriente procedente del baño de mi derecha.

Me dirijo a la puerta y la golpeo dos veces.

—¿Sergei?

No contesta, así que pruebo el pomo y encuentro la puerta desbloqueada. Sin pensar realmente en lo que estoy haciendo, la abro. Y me quedo con la boca abierta.

Sergei está de pie en la ducha mientras los chorros de agua fluyen por su cuerpo desnudo. Está de espaldas a mí, su cabeza inclinada hacia el caudal. Sigo el rastro de agua con los ojos, desde sus anchos hombros, bajando por su espalda musculada y entintada, y luego me detengo. ¡Joder! Tiene el culo más magnífico que he visto nunca en un hombre. Debería apartarme, cerrar la puerta y fingir que no lo he visto. En lugar de eso, sigo mirando.

—¿Le gusta lo que ve, señorita Sandoval?

Trago saliva y levanto la vista para encontrarme con los ojos azules de Sergei mirándome por encima del hombro. Mientras lo miro fijamente, desliza

la puerta de la ducha hacia un lado, sale y se acerca a mí. Me cuesta mantener la mirada fija en su rostro en lugar de dejar que mis ojos se desvíen hacia abajo, pero, de alguna manera, lo consigo.

—¿Cuánto tiempo piensas tenerme prisionera? —pregunto, tratando de fingir que no me perturba el hecho de estar frente a mí completamente desnudo. Es toda una hazaña. Lo añadiré a mi currículum en «Otros logros».

—Hasta que empieces a hablar —dice y pone las manos en la puerta, enjaulándome contra ella—. Eso ya lo sabes.

—No puedes mantenerme aquí. Tengo una vida.

—Dime lo que necesito saber, y eres libre de irte.

Mi concentración se pierde y mis ojos se deslizan por su frontal, y cuando llego a su entrepierna, mis cejas chocan con la línea de mi cabello. Su polla está en absoluta proporción con su cuerpo. Enorme. Rápidamente vuelvo a levantar la cabeza.

—Te he dicho todo lo que puedo —digo, pero suena más como un gemido.

—Entonces espero que te guste estar aquí, lisichka. —Sergei sonríe y se gira para coger un montón de ropa que hay junto al lavabo, lo que me permite ver de nuevo su culo desnudo y duro como una roca.

Finalmente, el sentido común hace acto de presencia, me doy la vuelta y me dirijo hacia la cama, fingiendo estar absorta en revisar todo lo que hay en las bolsas.

—Voy a pasear a Mimi —dice Sergei unos minutos después cuando sale del baño. Esta vez vestido. Gracias a Dios. O... Vergüenza—. ¿Vienes?

—Claro.

Sergei

Miro a Angelina, caminando a mi lado, y apenas consigo reprimir una carcajada. Ha fingido desinterés, pero ha estado inspeccionando el barrio mientras paseábamos. La zorrita está planeando su ruta de escape. Es divertidísimo.

Delante de nosotros, Mimi ladra y corre hacia el jardín de la vieja Maggie, probablemente planeando desenterrar más de sus flores. Está obsesionada con esas flores desde el año pasado.

—¡Mimi, idi syuda!

Mimi mira las flores con pesar y luego galopa hacia nosotros. Casi nos alcanza cuando ve a una pareja que pasea a un rottweiler por la calle y se pone inmediatamente en alerta. Me apresuro a acercarme a ella para asegurarme que no ataca lo que puede considerar una amenaza y, al mismo tiempo, Angelina se da la vuelta y empieza a correr. Me río. No ha tardado mucho.

Me detengo junto a Mimi, la cojo por el cuello y observo a Angelina durante unos segundos. Se esfuerza al máximo, pero es lenta. Probablemente aún está débil por la falta de alimentación. Señalo con la mano hacia Angelina, dando a Mimi la orden de «proteger» y cruzo los brazos sobre el pecho.

Mimi corre hacia Angelina a una velocidad enloquecida y, a mitad de camino, empieza a hacer un amplio círculo, para interceptarla. Angelina cambia su rumbo, virando a la derecha, pero Mimi sigue corriendo unos metros delante de ella, divirtiéndose. Mi zorrita se da cuenta que no va a ir a ninguna parte y se detiene de repente, se vuelve hacia mí con las manos apretadas en pequeños puños y me mira fijamente.

—Me está arreando como al ganado —refunfuña cuando me acerco.

—Ella te está cuidando.

—Como si fuera una vaca.

—Sí. —Me agacho y la agarro por la cintura, luego la pongo sobre mi hombro—. El episodio de Prison Break[6] de hoy, termina aquí.

—Bájame.

—No. —Le doy unos ligeros golpecitos en el culo con la palma de la mano y decido dejarlo ahí. Puede que esté delgada, pero su culo es bonito y alegre.

—Eso se llama acoso sexual —suelta Angelina—. Quita tu pata de mi culo.

—¿Y cómo llamarías a colarse en el baño mientras me ducho?

—No me he colado. Solo quería hablar.

—Tú me estabas mirando. Solo estoy correspondiendo de la misma manera. —Vuelvo a dar un golpecito en su dulce trasero y atravieso despreocupadamente el parque en dirección a mi casa, saludando a una madre que aparta a sus hijos de la escena.

—En el momento en que esté fuera de tus garras, te denunciaré a la policía.

—¿Por qué?

[6] Prison Break: Serie de televisión dramática, estadounidense.

—Secuestro. Tenerme como rehén en tu casa. Y acoso sexual.

—Seguro que la policía estaría encantada de charlar con la hija de Manuel Sandoval. —Le aprieto ligeramente la nalga, provocando el más adorable jadeo de sorpresa.

Angelina me da un golpe en la espalda con la mano y me río. El primer día se asustó un poco, pero ya no parece tenerme miedo. La gente siempre desconfía de mí, así que esto es bastante inesperado. Se siente bien.

—Tengo que ir a una reunión esta noche —digo, ignorando sus protestas—. Por favor, aguanta cualquier otro intento de fuga hasta que yo vuelva. Albert es demasiado mayor para perseguirte. Podría tener un ataque al corazón, ¿y quién cocinaría para mí entonces?

—Tomaré en consideración tu petición.

—Gracias.

—¿Puedo tener un portátil o algo así?

—Buen intento. —Me río—. No hay portátil. Pero puedes pedirle a Albert una ronda de póker. Un consejo, sin embargo, él hace trampa.

—¿Trampas? Tiene setenta años.

—Exactamente. Hace muy buenas trampas.

Arquea el cuello y me mira.

—¿Cuánto le pagas?

—No lo hago. Llevo años intentando deshacerme de él.

—No estoy segura de seguirte.

Suspiro y la dejo en el porche.

—Albert y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Trabajamos juntos durante mucho tiempo.

—¿Antes de unirte a la Bratva?

—Sí.

—¿Y qué hicieron juntos?

—Lo siento. No puedo decírtelo.

—¿Por qué? ¿Es algo confidencial?

La miro y encuentro esos ojos oscuros observándome con una pregunta. Nació en esta vida, así que probablemente ha visto su parte de mierda desagradable, aunque sus ojos parecen tan inocentes.

—Sí —digo y trazo una de sus perfectas cejas oscuras con un dedo—. Y porque no quieres saberlo. Confía en mí en eso.

—¿Qué puede ser peor que trabajar para la Bratva?

—Puede haberlo. —Coloco mi mano libre en la barandilla junto a la suya y me inclino hasta que nuestras caras quedan a la misma altura. Los ojos de Angelina se abren de par en par, pero no se aparta. Estamos tan cerca que puedo sentir su aliento abanicando mi cara mientras su respiración se acelera. Despacio, muevo mi dedo sobre su mejilla y a lo largo de su cuello, y me detengo cuando llego al punto donde late su pulso. Es fuerte. Más rápido de lo normal—. Hoy no habrá más huidas —susurro.

—Bien. —Ella asiente, sin quitar sus ojos de los míos.

Desplazo mi mano por su delgado brazo, bajándola por encima de su cadera, y presiono mi mano en el lateral de su muslo, sobre la larga y gruesa cicatriz que noté mientras la cargaba—. ¿Quién te hizo esto?

La respiración de Angelina se acelera.

—Me caí de un árbol.

Aprieto los dientes. Debería dejar de mentir, definitivamente no es su fuerte. Dejo caer mi mano de su pierna y silbo para Mimi.

—Vamos. Tengo que cambiarme antes de ir a esa reunión.

* * *

Shevchenko llega tarde, como siempre. Tomo el agua mineral que ha traído el camarero y observo el club vacío. Todavía es temprano, la gente no llegará al Ural hasta dentro de un par de horas. Prefiero hacer negocios en uno de los almacenes, pero Shevchenko insistió en un lugar más público esta vez. Probablemente se asustó cuando nos vimos por última vez. Cobarde. Me recuesto en la cabina y llamo a Felix.

—¿Qué pasa? —pregunta en cuanto responde a la llamada.

—Nada.

—Rara vez llamas por nada, Sergei.

—Me preguntaba qué está haciendo Angelina.

—Cenamos y la llevé a tu habitación.

—¿Está Mimi delante de la puerta?

—No, está en el salón, donde la dejaste.

—Ve a la sala de estar y ponme en el altavoz.

—¿Qué soy? ¿Tu secretaria? —dice.

—Deja de refunfuñar y hazlo.

—Bien. —Hay un momento de silencio—. Está en marcha.

—Mimi —digo al teléfono y la oigo ladrar una vez—. Angelina. Okhraniay!

—Se fue arriba —dice Felix—. ¿Por eso has llamado?

No. He llamado porque, aunque he salido de mi casa hace apenas una hora, no puedo dejar de pensar en la zorrita que he dejado allí—. ¿Le han gustado las cosas que compré?

—¿Por qué iba a importar eso?

—Solo pregunto. —Me encojo de hombros.

—¿Qué coño crees que estás haciendo con esta chica, Sergei? No conocemos su agenda. La hija de un narcotraficante mexicano no termina como parte de la carga en un cargamento de drogas de forma regular.

—No estoy seguro de lo que estás insinuando.

—¿Oh? Déjame que te ilumine. ¿Recuerdas a Dasha?

Mi cuerpo se paraliza.

—Angelina no es una infiltrada.

—¿Estás seguro de eso?

—Ella no es una agente encubierta, Felix. Ella es... demasiado inocente para eso.

—Todos parecen inocentes. Hasta que intentan rebanarte el cuello mientras duermes. Considera a tu difunta esposa antes de pensar en enredarte con esta chica.

—¡Angelina no es Dasha! —ladro.

—Ella habla ruso, Sergei.

Me siento más erguido.

—¿Qué?

—Revisé sus antecedentes. Estudió idiomas y literatura. Se especializó en inglés e italiano, pero también tomó cursos de francés y ruso. Muy conveniente, ¿no?

—Es una coincidencia. —Corto la llamada.

El camarero viene a preguntarme si quiero algo más, niego con la cabeza, centrándome en la entrada del otro lado del club. ¿Podría ser solo una coincidencia?

Entra un grupo de hombres. Dos tipos con trajes oscuros caminan delante de un tercero, ocultándolo parcialmente de la vista, y ambos están

escudriñando los alrededores. Shevchenko y sus guardaespaldas. Al parecer está tratando de hacer una declaración al traer solo dos hombres con él. El bastardo suele llevar al menos cinco hombres, lo que no es extraño, ya que necesitaría a varias personas para cubrir su enorme estructura si se produjera un desastre. Es casi tan grande como Igor, el cocinero de Roman, y eso no es un objetivo fácil.

Me ven y se dirigen hacia el reservado. Solo entonces me doy cuenta que Shevchenko está acompañado por una chica. Definitivamente, al cabrón le gustan jóvenes. La chica no puede tener más de dieciocho años.

Los guardaespaldas suben primero los dos escalones del reservado y se apartan. Shevchenko los sigue, arrastrando a la pobre chica con él.

—Belov. —Asiente y toma asiento, tirando de la chica para que se siente en su regazo.

—Llegas tarde —digo, manteniendo mi atención en la chica. Me equivoqué, no puede tener más de dieciséis años, y por la mirada aterrorizada de sus ojos, no está aquí voluntariamente.

—Tuve una reunión con O'Neil. Quería discutir una colaboración.

—¿Oh? —Me inclino hacia atrás y muevo mi atención hacia Shevchenko, pero sigo observando a la chica por el rabillo del ojo—. ¿Y qué tenía que ofrecer Liam?

—El mismo producto. Dijo que está en proceso de negociación con Diego Rivera, y que debería poder entregar las cantidades que necesitamos a partir del próximo mes.

—Nosotros aceptamos el setenta por ciento de las drogas de Rivera. No hay manera que Liam pueda igualar ni las cantidades ni el precio.

—Bueno, dijo que eso cambiará pronto. —Shevchenko coge la botella de whisky que le ha traído el camarero, llena su vaso hasta el borde y lo vacía de un trago. Se sirve otra ronda, y luego coloca su carnosa mano en el muslo desnudo de la chica, apretándolo. La chica se estremece y junta rápidamente las piernas, pero Shevchenko las abre con fuerza y empieza a mover la mano hacia arriba, bajo el dobladillo de su corto vestido. La chica aprieta los ojos.

Miro a los guardaespaldas de Shevchenko y luego muevo la mirada hacia la botella de licor que hay sobre la mesa. Debería servir.

—Estoy muy ilusionado por ver cómo los irlandeses planean lograrlo. —Me inclino hacia delante, cojo la botella y la aplasto contra el borde de la mesa.

La chica grita mientras los guardaespaldas echan mano de sus armas y se vuelven hacia el reservado, pero llegan demasiado tarde. Ya estoy presionando la botella rota contra el costado del cuello de Shevchenko, justo sobre su arteria carótida.

—Poned las armas sobre la mesa —digo sin quitar los ojos de la cara de pánico de Shevchenko. No ocurre nada.

Miro a sus dos hombres, de pie al otro lado del reservado y me apuntan con sus armas. Agarro la mano del que está más cerca de mí y tiro de él a través de la mesa, protegiéndome justo antes que el otro hombre dispare. El tipo al que sostengo grita cuando la bala le da en el pecho. Retuerzo su mano, que aún tiene agarrada la pistola, hacia el que dispara y aprieto sus dedos. El arma se dispara dos veces, alcanzando al tipo en el estómago ambas veces. Mientras se derrumba en el suelo, gimiendo, utilizo la botella rota para cortar el cuello del hombre que sostengo, y luego vuelvo a centrarme en Shevchenko. Sigue sentado, sujetando a la chica contra su pecho como un cordero de sacrificio. Sus ojos se dirigen a mí, al cuerpo ensangrentado que está sobre la mesa, y a su hombre que yace inconsciente en el suelo.

—Me angustia que me apunten con armas —declaro y hago un gesto hacia la chica con la mano—. Ven aquí, cariño.

Sus ojos se abren de par en par. Al principio parece reacia, probablemente porque tengo sangre goteando de mi mano, pero luego se baja del regazo de Shevchenko y se apresura a ponerse a mi lado.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto, sin apartar la vista del bastardo horrorizado que sigue sentado en el reservado.

—Quince —susurra apenas audible.

Quince. Jesucristo. Podría ser su nieta.

—Sube las escaleras —digo entre dientes apretados—. Pregunta por Pasha. Él encontrará a alguien que te lleve a casa.

Espero a que se vaya y me acerco al enfermo hijo de puta reclinado en su asiento, como si eso fuera a ayudarle. Inclinando la cabeza hacia un lado, lo evalúo, y luego busco el arma que ha quedado sobre la mesa.

—No me gustan los pederastas. —Levanto la pistola y le disparo en el centro de su fea jeta.

Tras arrojar la pistola de nuevo sobre la mesa, me limpio la sangre de la mano con la esquina de la chaqueta de Shevchenko y me doy la vuelta para encontrar al camarero y a una señora de la limpieza acobardados en la esquina opuesta del club, mirándome fijamente.

—¿Está Pasha aquí? —pregunto.

La señora de la limpieza intenta dar un paso atrás, pegando su espalda a la pared. El camarero parpadea y señala hacia arriba. Miro hacia la galería suspendida sobre la pista de baile. Pavel está al otro lado de la pared de cristal, con un teléfono en la oreja y mirando en mi dirección. Seguramente está llamando a Roman para chivarse de mí. Paso el pulgar por encima del hombro hacia el reservado y hago un gesto con la mano para indicarle que limpie el

desorden. Pavel se aprieta la sien con la mano libre y sacude la cabeza. Creo que ya no me dejará dirigir las reuniones en el Ural.

Mi teléfono suena cuando estoy a medio camino de mi coche. Lo saco y atiendo la llamada sin mirar la pantalla. No tengo que hacerlo, tengo un tono especial programado para mi hermano.

—¿Si?

—¡Voy jodidamente a matarte! —ruge Roman, y me aparto rápidamente el teléfono de la oreja. Los gritos continúan durante un minuto más o menos, las habituales bromas familiares. Todo corazones y arco iris... —te cortaré en pedacitos y se los daré de comer a esa bestia tuya.

—Mimi no come carne cruda. —Vuelvo a acercar el teléfono a la oreja y enciendo un cigarrillo—. Es malo para el tracto digestivo.

—Tienes una semana para encontrarme un nuevo comprador. Una semana. ¿Lo entiendes?

—Ya hablé con la Camorra la semana pasada. Tomarán el doble de la cantidad que vendimos a los ucranianos. Y, tengo una reunión con algunas bandas en los suburbios este fin de semana. Estamos bien.

—Maldita sea, Sergei. —Suspira.

—Shevchenko dijo algo interesante antes que lo despachara. Fue sobre los irlandeses.

—¿Qué?

—Están en negociaciones con Diego Rivera. Al parecer planean entrometerse en nuestro territorio.

—Oh, me encantaría que lo intentaran —gruñe—. No más asesinatos de nuestros compradores, Sergei. ¿Me oyes?

—Intentaré hacerlo lo mejor posible.

—Se esforzará al máximo. Maravilloso —murmura Roman en el teléfono y me cuelga.

* * *

Tan pronto aparco el coche en el garaje, me desvío a casa de Felix para ducharme y cambiarme. Intenté no mancharme de sangre la camisa, pero de todos modos algo acabó en mi manga. No quiero que Angelina lo vea ni que se asuste de mí. Además, permitir que me vea cubierto de sangre requeriría una explicación.



Cuando termino, me dirijo a la casa. No hay nadie abajo, así que subo corriendo a mi dormitorio, donde Angelina está acurrucada en el sillón, con un libro en las manos. Por un momento, pienso que está leyendo una de mis novelas de detectives, tengo muchas, pero me detengo en seco cuando veo la portada. Tiene en sus manos Anna Karenina, edición rusa. ¿Tenía Felix razón sobre ella?

Levanta la vista del libro y se encuentra con mi mirada.

—¿Cómo fue la reunión?

—Bien. —Me apoyo en el marco de la puerta y señalo con la cabeza el libro que sostiene—. ¿Hablas ruso?

—No exactamente. Sé algunas cosas básicas. —Se encoge de hombros—. Hice un curso de ruso en mi primer año, pero al final decidí centrarme en el inglés y el italiano.

—¿Cuánto entiendes?

—Bueno, probablemente podría pedir direcciones en ruso, y recuerdo los nombres de algunas frutas y verduras. Pero sé muchas palabrotas. —Resopla, se levanta de la silla y se dirige a la estantería para dejar el libro en su sitio—. Me encantó la película y quise intentar leer. Me quedé atascada en la segunda frase porque alguien no me dejó usar el portátil para comprobar las traducciones.

Abandono mi puesto en la puerta, atravieso la habitación hasta situarme justo detrás de ella y coloco las manos en la estantería a ambos lados. Angelina inspira y se gira para mirarme.

—¿Me estás mintiendo otra vez, Angelina? —Agacho la cabeza para mirarla directamente a los ojos.

—¿Acerca de qué?

—¿Eres espía, lisichka?

Me mira fijamente y luego asiente con un rostro serio.

—Sí. Me has pillado totalmente.

Entrecierro los ojos.

—Yo también pasé por un riguroso entrenamiento de artes marciales, así que deberías cuidarte la espalda cuando estoy cerca.

La miro y me echo a reír. Después de su inanición, está muy delgada y no sería capaz de enfrentarse a una ardilla. Y aunque haya perdido parte de su masa muscular, no se comporta como una luchadora.

Cuando se me pasa la risa, la estudio. Está sonriendo, y no recuerdo la última vez que alguien se burló de mí.

—Dime algo en ruso.

—¿Ahora? —Su ceja se curva hacia arriba—. ¿Qué quieres que te diga?

—Lo primero que se me ocurre.

—Sabaka Bobik —suelta.

Me estremezco. Su pronunciación es atroz.

—¿Sabaka Bobik? ¿De dónde demonios has sacado eso?

—Es un personaje de dibujos animados.

Ladeo la cabeza y la miro mientras se ríe. Hay algo en ella... algo que hace que mis demonios se adormezcan. No recuerdo la última vez que me sentí tan calmado en presencia de alguien. Llevo mi mano derecha a su nuca y entierro mis dedos en su cabello. Sus ojos se abren de par en par, pero no se inmuta como espero que lo haga, solo me observa. Es imposible que sea una espía. Su cara es como un libro abierto y, como ya he deducido, no sabe mentir.

Todavía queda la pregunta por qué estaba en ese camión. Me lo pregunto probablemente por milésima vez mientras agacho la cabeza hasta que mi boca está justo al lado de su oído.

—Finalmente averiguaré lo que escondes.

Angelina

Me quedo completamente quieta, tratando de ignorar la compulsión de inclinarme hacia él y aspirar su aroma. Vuelve a llevar esa fragancia, la que me recuerda lo que se siente al estar pegada a su sólido pecho, con esos fuertes brazos que me sostienen. No soy una persona demasiado cariñosa, pero me imagino mi rostro acurrucado en el pliegue de su cuello mientras su mano se desliza por mi espalda. Como hizo aquella primera noche.

Sergei se endereza, rozando con la punta de su nariz mi mejilla, y se me corta la respiración. Mis ojos lo siguen mientras sale de la habitación, y todavía siento erizada la sensible piel de mi nuca donde acaba de estar su mano. Este hombre es muy peligroso. Tendré que concentrar toda mi energía en salir de aquí lo antes posible. Esta conclusión, sin embargo, no tiene nada que ver con su reputación, y sí con la forma en que mi cuerpo, y también mi

cerebro, reaccionan ante él. Sentirme atraída por una persona que me tiene prisionero no es normal.

Me llega un sonido de fuertes ladridos en el exterior, me dirijo a la ventana y miro hacia el patio que hay delante de la casa. Sergei está de pie en el borde del camino de entrada, sosteniendo un palo mientras Mimi corre alrededor de él, emocionada. Lanza el palo hacia el otro extremo del patio y Mimi se lanza tras él. Para un perro de ese tamaño, es bastante rápida. Vuelvo a mirar a Sergei, preguntándome por qué insiste en retenerme aquí.

¿Realmente cree que soy un espía? Si es así, ¿no sería más razonable que me fuera? No tiene sentido.

Es bastante difícil relacionar la persona despiadada y loca que describieron los hombres de mi padre con el tipo que actualmente se revuelca en la hierba con su perro y se ríe. Una máquina de matar, así es como lo etiquetaron. Felix también dijo algo similar, así que debe haber algo de verdad en todo eso, pero aun con todo...

Apoyando la mano en la ventana que tengo delante, observo al hombre que ha sido el centro de mis pensamientos desde el primer momento en que lo vi.

Capítulo 6

Sergei

—Relájate. No te va a morder —digo yo.

—¿Estás seguro?

—Solo muerde a la gente cuando yo se lo digo. Y tú eres demasiado huesuda para su gusto, de todos modos.

—Bueno, eso es un alivio, supongo.

—Quiere que la acaricies. —Asiento con la cabeza hacia la perra—. Si no lo haces, te va a molestar todo el día.

—No parece exactamente una perra mimosa.

Porque no lo es. A Mimi no le gusta la gente nueva. O la gente en general, para ser más exactos.

Angelina extiende la mano para rascar la parte superior de la cabeza de Mimi, y esta lame su mano. La forma en que mi perra se comporta con ella es inesperada. Ha empezado a seguir a Angelina por toda la casa y siempre la tiene a la vista, incluso sin que yo se lo ordene. Cuando Angelina duerme, Mimi se asegura de tener la cabeza en una posición adecuada en la que puede observar a Angelina con un ojo, mientras mantiene el otro en la puerta. Lo normal es que los perros protectores se coloquen entre la persona a la que vigilan y la fuente de una posible amenaza.

Tal vez esté recibiendo las vibraciones protectoras de mí. Me viene a la mente la imagen de Angelina acurrucada en el suelo de aquel camión y cierro los ojos, apretando el tenedor. Nunca olvidaré su mirada, como si yo fuera una

especie de salvador en lugar de un hombre de cuyo principal objetivo era acabar con vidas. Hace años que no siento la compulsión de proteger a nadie, excepto a mí mismo, e incluso eso es raro. La mayor parte del tiempo, especialmente mis últimos años en el servicio, me importaba una mierda si vivía o no. Pero en lo que respecta a Angelina, tengo esta inexplicable necesidad de sujetarla y mantenerla siempre a mi lado, para que nadie pueda hacerle daño nunca más.

—La otra noche jugué una ronda de póker con Felix —dice ella—. Tenías razón. Él hace trampa.

—Te lo dije. —Resoplo—. ¿Qué has perdido?

—Tengo que preparar la cena.

—Tuviste suerte. La última vez que jugué con él, perdí mi coche.

—¿En serio?

—Sí. Entonces, tuve que comprárselo de nuevo. Me cobró el doble del precio real. Imbécil.

—¿Por qué no compraste uno nuevo? —Ella abre los ojos ante mí.

—Me gusta ese coche. Y no quería lidiar con ir a un concesionario.

—La dinámica entre vosotros dos es realmente extraña —dice ella.

—Sí, se podría decir que sí. A menudo me pregunto cómo es que aún no lo he estrangulado. Me molesta todo el tiempo, no sabe cocinar una mierda y deja sus cosas por toda mi casa. —Me encojo de hombros—. Me salvó la vida un par de veces mientras trabajábamos juntos, pero está perdiendo esos puntos rápidamente.

—¿Un par de veces? ¿En qué estabais trabajando cuando te salvó la vida más de una vez?

Oh, no vamos a ir allí. Me levanto de la mesa y silbo para Mimi.

—¿Quieres estirar las piernas? Tengo que pasear a Mimi antes de ir a trabajar.

Me observa durante un par de momentos y luego asiente.

—De acuerdo.

—Pero esta vez nada de huir, Angelina.

Ella solo sonríe.

* * *

Lanzo el palo para que Mimi lo persiga y me doy la vuelta para encontrar a Angelina tirada en la hierba detrás de mí, sus ojos cerrados y la cara inclinada hacia el cielo.

Me siento como si hubiera corrido un kilómetro y medio —dice.

—¿Cansada?

—Un poco. Me tiemblan las piernas.

—El hambre puede hacer eso a una persona. —Me siento en la hierba junto a ella, me apoyo en los codos y miro el sol poniente en el horizonte—. ¿Todavía no quieres decirme por qué lo hiciste?

—No.

—Entonces supongo que te quedarás con nosotros.

—No realmente. Necesito unos días para reunir más fuerzas, luego intentaré huir de nuevo.

—Gracias por el aviso. —Me río.

Inclina la cabeza hacia un lado y me mira con los ojos entrecerrados

—¿O podrías dejarme ir?

—No va a suceder. Lo siento.

—¿Por qué?

—Me divierte bastante tenerte aquí. Especialmente tus infructuosos intentos de fuga. —Me encuentro con su mirada, alargo la mano para agarrarla por detrás del cuello y me inclino para susurrarle al oído—. Y no me divertía desde hace mucho tiempo.

Los ya grandes ojos oscuros de Angelina se vuelven increíblemente redondos, y me pregunto qué haría si supiera la clase de pensamientos que pasan por mi mente en este momento. Ella. Desnuda. Presionada bajo mi cuerpo mientras la embisto con todas mis fuerzas.

Desplazo mi mirada desde sus ojos hasta el lado de su barbilla. Ya no hay un tinte amarillento allí. El hematoma ha desaparecido, dejando una piel suave y curada. No importa, porque sigo recordando su aspecto. Alguien la había golpeado antes de venir a verme, y para que dejara un hematoma de ese tamaño, tuvo que ser un golpe muy fuerte. Sin duda, fue un hombre quien la golpeó. La familiar sensación de ardor empieza a formarse en la boca de mi estómago, y luego se extiende a mi pecho. Mi visión se oscurece. Mimi empieza a ladrar en algún lugar detrás de mí, pero el sonido parece apagado.

—Sergei.

Me siento como en un túnel, aislado del resto del mundo. Mi visión se oscurece aún más. Puedo ver la cara de Angelina frente a la mía, está diciendo algo y la mirada de sus ojos parece preocupada. Parpadeo, con la esperanza de despejar mi cabeza. A veces funciona. No, ahora.

—¡Sergei!

Siento que unas manos pequeñas se apoderan de mi rostro, apretando ligeramente. Mi mano sigue en la nuca de Angelina. La muevo hasta que noto su pulso bajo mis dedos, y luego la presiono, concentrándome en el ritmo de sus latidos.

—¿Estás bien? ¡Sergei!

Mi visión se aclara un poco y el rostro de Angelina vuelve a estar enfocado. La sensación de aislamiento se disipa.

—Sí —digo—. ¿Por qué no iba a estarlo?

Angelina inclina la cabeza y me mira con preocupación.

—Tenías esa mirada vacía en tus ojos. Y no respondías cuando te llamaba por tu nombre.

—Estaba sumido en mis pensamientos. —Le digo y suelto su cuello—. Deberíamos volver.

—¿Seguro?

—Sí. —Me levanto y me dirijo en dirección a la casa. Durante una docena de metros, Angelina sigue mi paso rápido, pero luego se ralentiza hasta convertirse en una caminata lenta. Me detengo a esperarla y, cuando me alcanza, respira con dificultad, así que le paso el brazo por la cintura y la levanto en brazos.

—Eso no es necesario —dice, pero no hace ningún movimiento para liberarse. Ignoro su comentario, silbo a Mimi y me dirijo al camino.

—Dime, ¿todos tus rehenes reciben el mismo trato? —pregunta un momento después.

—¿Yo llevándolos cuando están cansados?

—Sí. —Asiente.

—Eres mi primera. Todavía estoy en proceso de aprendizaje. —La miro por encima del hombro—. Pero parece que eres toda una profesional en esto de los rehenes.

Sus cejas se disparan.

—¿Cómo es eso?

—Te vi metiendo el cuchillo de carne en el dormitorio después de comer ayer —digo y la siento tensarse en mis brazos—. También encontré el cuchillo

de cocina que guardas bajo el colchón. Albert es muy particular con su mierda de artilugio de cocina favorito. Se pondrá furioso si ve que el cuchillo de carnicero no está. ¿Puedes cambiarlo por el cuchillo santoku? Nunca usa ese.

—Cómo... —Me mira fijamente—. ¿Por qué...?

—¿Por qué no me los llevé? —Sonrío—. ¿Por qué iba a hacerlo? Hasta ahora no has intentado nada con ellos. Y creo que es bonito.

—Que yo guarde un cuchillo de carne bajo el colchón es... ¿bonito?

—Mucho.

—Eres raro.

—No soy yo quien guarda un utensilio de cocina en la cama.

—¡Es un arma!

Me imagino a Angelina tratando de atacar a alguien con esa cosa y trato de reprimir una risa, pero fracaso. Probablemente tendría que usar las dos manos para levantarlo. Parece que la he ofendido, porque levanta la barbilla y resopla.

Disfruto de la forma en que Angelina se siente en mis brazos. Tenerla tan cerca me asegura que está a salvo de cualquiera que quiera hacerle daño. Cuando me diga quién la ha hecho daño, y lo hará, me lo pasaré muy bien matándolos. No usaré un arma. Eso es demasiado rápido. Un cuchillo tampoco servirá. Hmm. ¿Ataque acuático? Tal vez, si puedo encontrar un buen lugar para hacerlo. ¿Estrangulación? Sí, eso suena bien. Al igual que cortar sus extremidades. Necesitaría una motosierra, y maldita sea, esa mierda es ruidosa. Lo consideraré un poco más.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Angelina.

—Nada en particular. ¿Por qué?

—Porque tienes una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Oh, solo planeando algunas actividades adicionales, eso es todo.

Capítulo 7

Sergei

Se oye el sonido de un motor que se acerca, con un ronroneo más suave que el de una moto, y unos segundos después, un elegante sedán negro aparca a mi derecha. Parece que mi niñera ha llegado. Después de la cagada con Shevchenko, Roman ordenó a uno de los chicos que me acompañara a las reuniones para asegurarse que me comportara. Hoy le toca a Pavel.

La puerta del conductor se abre y él sale. Lo miro fijamente durante unos segundos y luego me echo a reír.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Qué pasa? —pregunta Pavel y mira a su alrededor con disgusto.

—¿Qué pasa? —Hago un gesto con la mano en su dirección general—. No se viene a un club de moteros con un puto traje de tres piezas. Pensarán que somos las putas autoridades.

—Oh, ¿y qué debería haber llevado a esta reunión?

—Vaqueros, Pasha. Sabes lo que son, ¿no? —Creo que nunca he visto a Pavel con otra cosa que no sea un traje.

—No tengo vaqueros. —Mira su Rolex de oro y asiente hacia la barra—. Acabemos con esto.

No tiene vaqueros. Sacudo la cabeza y me bajo de la moto. Pavel y yo tenemos la misma edad, pero parece que él tiene cincuenta.

—Deberías haber sido banquero —resoplo.

En el momento en que entramos, todas las cabezas se vuelven en nuestra dirección. Hay un par de segundos de silencio absoluto, y luego una carcajada llena la sala.

—¡Se equivoca de lugar, amigo! —grita alguien—. El club de bridge está al final de la calle.

Otra ronda de risas nos sigue mientras caminamos hacia la mesa donde está sentado el presidente del MC. Una mujer está arrodillada entre sus piernas, con la boca envuelta en su polla.

—Drake. —Asiento mientras tomo asiento frente a él—. Roman dijo que querías discutir algún tipo de colaboración.

Se aleja de la chica, se guarda la polla y observa a Pavel, quien se sienta a mi lado. Hay siete miembros del club sentados alrededor de la barra y un grupo de mujeres con poca ropa que miran en nuestra dirección y se ríen. Pavel las ignora, se echa hacia atrás en su silla y cruza los brazos delante de él.

—No voy a discutir una mierda con la señorita Priss aquí. —Drake asiente a Pavel—. Pensé que eras un tipo serio, Belov.

—Oh, no dejes que el traje te engañe, Drake. Apuesto a que la señorita Priss aquí presente -me río-, es capaz de dar una paliza a cualquiera de tus chicos.

—Sergei... —Pavel dice con voz grave.

—¿Qué? Es la verdad.

—Hemos venido a hablar. No a jugar —refunfuña.

—Oh, el dulce culo no quiere jugar —Drake ruge de risa, y luego se vuelve hacia la sala—. Este buen caballero acaba de anunciar que puede enfrentarse a cualquiera de vosotros —grita, señalando con el pulgar a Pavel, y la sala estalla en carcajadas.

Pavel sacude la cabeza, levanta la mano y se aprieta las sienes.

—Te comportas como un niño de nueve años, Sergei.

—¿Vas a volver a chivarte de mí a papi Román?

—Mataste a nuestro comprador en mi club dos horas antes de abrir. Se habría enterado de todos modos.

—Bueno, parece que esta vez seré yo quien llame al Pakhan. —Sonrío y señalo con la cabeza hacia el centro de la sala, donde uno de los motoristas está de pie con las manos en la cadera.

—¡Oye, guapito! —grita el motorista.

Pavel lo ignora y se dirige al presidente.

—¿Podemos hablar de lo que hemos venido a discutir? Tengo trabajo que hacer.

—¿Dejas entrar a coños en la Bratva, Belov? —lanza Drake, y luego se inclina sobre la mesa en la cara de Pavel—. No hacemos negocios con putos cobardes. Cuando dices una mierda por aquí, lo demuestras.

Pavel gira la cabeza hacia mí para lanzarme una mirada exasperada, luego se levanta y se dirige al motorista calvo que está de pie en medio de la sala. El tipo tiene unos veinticinco años, mide un poco más que Pavel y pesa unos veinte kilos más. Sonrío, cojo el bol de cacahuetes de la mesa y me reclino en la silla. Esto será divertido.

Otra ronda de risas histéricas estalla en la sala cuando Pavel se quita el reloj y empieza a desabrocharse metódicamente la chaqueta. Ahora bien, cuando la coloca en el respaldo de su silla y cepilla los pliegues de sus hombros, el público se vuelve loco. Incluso empiezan a vitorear.

Pavel camina hacia el motero y se detiene a dos pasos de él. Son todo un espectáculo, el motorista, en vaqueros, con tatuajes, cabeza calva y un corte de motero sobre su pecho entintado. Y Pavel, con su cabello peinado hacia atrás, su camisa blanca perfectamente planchada y un chaleco negro.

Drake se ríe.

—Espero que a tu Pakhan no le importe que acabe muerto.

—No, en absoluto. —Me meto un cacahuete en la boca—. Pero dice que esa clase de mierda es mala para el negocio. —Cojo otro puñado de cacahuetes de y grito—. ¡Pasha! Intenta no matarlo. Papi se enfadará.

El motero escoge ese momento para blandir su puño. Su rostro es todo confianza. Está claro que cree que va a acabar con Pavel de un solo golpe. Pavel se agacha. La mirada confusa del motero no tiene precio. Pavel le da un puñetazo en el estómago, y el hombretón se tambalea hacia atrás. Me río a carcajadas. El motero aún está tratando de orientarse cuando Pavel ejecuta una perfecta patada trasera en espiral. El tacón del zapato de cien dólares de Pavel golpea el costado de la cabeza del matón. El tipo cae al suelo, inconsciente.

Las risas se apagan y son reemplazadas por algunos murmullos.

—Hombre, me encanta ese movimiento —murmuro con la boca llena y me vuelvo hacia Drake—. ¿Podemos hablar ahora del negocio de drogas?

El presidente me mira fijamente con los labios apretados en una fina línea.

—Pedazo de mierda.

—¿Qué? —Enciendo un cigarrillo y le doy una gran calada—. Pasha estuvo involucrado en el mundo de las peleas clandestinas cuando era joven. Te dije que podía enfrentarse a cualquiera de tus hombres.

El bajo rumor de las voces cesa, y queda un silencio absoluto.

—¿Has venido a mi casa para ponerme en ridículo, Belov? —él muerde—. ¿Ese era tu plan?

—No, Drake. Mi plan era ver lo serio que eres para hacer negocios. Y, a tenor de lo que acaba de ocurrir, pareces más interesado en pelearte que en colaborar. —Apago el cigarrillo y envuelvo con la mano un vaso de whisky medio lleno que hay sobre la mesa—. Me cabrea mucho que la gente me haga perder el tiempo.

Arrojo el licor sobre su pecho, enciendo el Zippo que aún sostengo y se lo lanzo.

Drake ruge, se levanta de la silla y se agita mientras las llamas le devoran la ropa y la piel. Me tiro al suelo, ruedo hacia el extremo de la barra de mi derecha y me agacho. El sonido de gritos y chillidos de las mujeres llenan la sala. Dos de los moteros corren hacia el presidente, llevando chaquetas, dispuestos a apagar las llamas. El resto ya está cogiendo sus armas. Saco la pistola de la funda que llevo en el tobillo, me enderezo y disparo a tres de los moteros, y luego me agacho de nuevo. Cuando vuelvo a levantarme, me deshago de dos más.

El grupo de mujeres se esconde debajo de la mesa en la esquina, gritando. No hay rastro de Pavel. Su reloj y su chaqueta ya no están en la mesa. Abandono mi cobertura, disparo a los dos últimos hombres que intentan apagar las llamas y luego atravieso la habitación, disparando a cada uno de los moteros caídos en el centro de la frente. Nunca des por muerto hasta que tenga un agujero en la cabeza, dentro. Ese es mi lema. Incluso rima.

Cuando salgo del bar, encuentro a Pavel apoyado en el capó de su sedán negro, con las manos en los bolsillos.

—Eso fue una grosería —digo y agarro mi casco.

—Lo que fue es tu cagada. Así que deberías haber sido tú quien se encargara de ello.

—No. Estaba pensando en el futuro. Se habrían vuelto contra nosotros en algún momento. Drake ya estaba buscando su arma cuando lo asé.

—Estoy seguro que Roman valorará tu previsión —dice Pavel mientras sube a su coche.

—Por supuesto, lo hará.

A juzgar por la cantidad de amenazas de muerte que Roman me envía cuando le llamo una hora después, no es así. Mi hermano es increíblemente desagradecido.

Capítulo 8

Angelina

Salgo de mi habitación, o, mejor dicho, de mi celda. Mimi me sigue mientras bajo las escaleras para ver si hay algo que comer en la cocina.

Sergei no ha estado mucho por aquí. Por lo que deduje cuando hablaba por teléfono, la Bratva tuvo algunos problemas con los italianos, y él tuvo que sustituir a los hombres que resultaron heridos en el incendio de un almacén. No pude captar todos los detalles. En cualquier caso, echo de menos verlo. ¿Podría estar desarrollando el síndrome de Estocolmo?

En la planta baja, me dirijo hacia la cocina, con Mimi trotando detrás de mí, pero un sonido procedente del salón hace que me detenga y giro la cabeza. Todas las luces, excepto la de la puerta principal, están apagadas, así que tardo unos segundos en ver a Sergei. Está de pie junto al sofá, de espaldas a mí, mirando algo en la pared de enfrente.

—Ey, carcelero —digo y me dirijo hacia él.

No responde, solo sigue mirando al frente y levanta el brazo derecho. Un segundo después oigo un golpe. Sigo su mirada y tardo unos instantes en enfocar una estrecha tabla de madera con una franja blanca horizontal. Es similar a la que está montada en la pared de la habitación donde duermo. La luz es tenue, pero distingo varios cuchillos alojados en la tabla en una línea perfectamente recta a lo largo de la franja. Sergei vuelve a levantar el brazo,

sosteniendo otro pequeño cuchillo, y lo hace volar. Golpea el tablero justo al lado de sus predecesores, extendiendo la formación.

Mis ojos se abren de par en par.

—Vaya. Eso es... impresionante.

—Gracias —dice Sergei con una voz distante lo que me hace levantar la vista hacia él.

Está completamente quieto. Demasiado quieto. Igual que la noche en que se preocupó por su amigo al que habían disparado. No puedo ver sus ojos con la poca luz, pero si pudiera, estoy bastante segura que también estarían desenfocados como entonces.

—¿Sergei? ¿Estás bien?

—Sí.

No parece estar bien.

Debería aprovechar esta oportunidad para salir corriendo. Mimi me siguió abajo, pero cuando vio a Sergei, desapareció. Felix no está aquí. Y en el estado actual de Sergei, es posible que no me siga si intento irme. Es ahora o nunca.

Doy un paso atrás, me giro y me dirijo hacia la puerta. Él no me sigue. Solo unos diez pasos me separan de una posible libertad. Llevo el pijama y los pies descalzos, pero no puedo arriesgarme a volver a subir a por los zapatos. Seis pasos. Cinco. Está bien, ya saldrá de su estado de ánimo por sí mismo. Tres pasos. Tengo que pensar en mí. No volveré a tener una oportunidad como esta. Un paso. Me detengo frente a la puerta y miro por encima del hombro. Sergei sigue de pie en el mismo sitio. Agarro el pomo.

—Joder —murmuro, giro sobre mis talones y regreso.

Con cuidado, extiendo la mano y la pongo sobre el antebrazo de Sergei.

—Oye —digo y aprieto ligeramente—. ¿Puedes mirarme?

Exhalando, agacha la cabeza y mira hacia abajo, pero todavía no puedo ver sus ojos tan bien.

—Um... ¿puedes guardar eso? —Asiento con la cabeza hacia su mano izquierda, donde todavía tiene dos cuchillos.

Abre los dedos y los cuchillos caen al suelo. Bien. ¿Qué hago ahora? Parece que todavía está ausente.

—¿Qué te parece mi pijama? No te imaginaba como amante de bebés panda.

Mi estúpida pregunta es lo que finalmente llama su atención. Baja la mirada para recorrer mi cuerpo y luego vuelve a subirla.

—Son horribles.

—Los compraste. —Sonrío.

—La empleada de la tienda los eligió. Tiene mal gusto.

—Creo que son agradables.

—Créeme, no lo son.

Espero que sonría después de esa declaración, pero se queda ahí parado. No me gusta lo quieto que está. Levanto la mano, coloco la yema del dedo en el puente de su nariz y trazo lentamente una línea a lo largo de él, sintiendo unas crestas bajo la piel. Es la única imperfección en su rostro increíblemente apuesto.

—¿Cuántas veces te has roto la nariz?

—Cuatro.

—¿Te gustan las peleas de bar?

—No. Sucedió durante mi entrenamiento.

—¿Qué tipo de formación?

—No puedo hablar de ello.

Es extraño cómo puede mantener la conversación mientras no está totalmente presente. Al menos, estoy bastante segura que eso es lo que sucede. Parece que está aquí, pero al mismo tiempo, no lo está.

Alargo la mano y la pongo sobre su pecho.

—Gracias por comprarme ropa. Por alimentarme. Por lavarme el cabello. —Dejo que la palma de la mano se deslice hacia arriba hasta llegar a su rostro, que sigue marcado por duras líneas—. Gracias por salvarme la vida, Sergei.

Sacude la cabeza y me mira a los ojos.

—Varya te bañó. El ama de llaves de Roman. No creyó que fuera apropiado que te viera desnuda —dice, con una voz que suena casi normal—. Solo te llevé al baño, y luego salí cuando ella terminó.

—Eso fue muy considerado de tu parte. —Tomo su mano derecha entre las mías—. Tengo hambre. ¿Qué tal si vamos a prepararme un sándwich?

—Seguro. —Sergei parpadea una vez, pero es como si sus párpados se movieran a cámara lenta. Entonces, sus hombros bajan ligeramente.

Ha vuelto. Dejo escapar un suspiro y me giro hacia la cocina, pero me detengo. Felix está de pie en la puerta principal, observándonos. La luz de la lámpara de su izquierda lo ilumina, revelando una expresión de absoluta confusión mezclada con sorpresa. Siento que el cuerpo de Sergei se pone rígido detrás de mí. Solo dura un segundo. Luego se lanza hacia Felix, rodea el cuello del anciano con su mano derecha y lo aprieta contra la puerta. Jadeo y miro fijamente a Sergei, conmocionado. Felix no mueve un músculo, no intenta liberarse. Permanece totalmente inmóvil con la espalda pegada a la puerta y la enorme mano de Sergei rodeando su cuello, como si esto ya hubiera ocurrido antes.

Doy un paso adelante, pero entonces Felix levanta ligeramente la mano, indicándome que me quede atrás.

—¿Sergei? —digo en voz baja.

Nada. Inclina la cabeza hacia un lado y mira fijamente a Felix como si estuviera decidiendo cómo acabar con él. Un gemido bajo viene de mi derecha.

Sin apartar la vista de Sergei, doy dos pasos a un lado y agarro a Mimi por el cuello para que no interfiera.

—¿Sergei? —Vuelvo a llamar, esta vez más fuerte, y suspiro de alivio cuando gira la cabeza.

Ahora que hay más luz, puedo ver que sus ojos siguen ligeramente desenfocados. Me equivoqué antes. No está del todo aquí. Robo una mirada rápida a Felix. Nuestras miradas se cruzan y él me dedica un asentimiento apenas perceptible.

—Vamos, grandullón. Me prometiste un sándwich. Todavía tengo que engordar al menos cinco kilos para volver a parecer un ser humano. —Sonrío un poco y extiendo la mano hacia Sergei—. No sé dónde guardas el pan. ¿Por favor?

Lentamente, Sergei desenreda sus dedos del cuello de Felix y se da la vuelta.

—Te faltan mucho más que cinco kilos —dice. Se acerca a mí, me agarra de la mano y me arrastra hasta la cocina, con Mimi siguiéndonos.

—¿Jamón o queso? —Abre la nevera y empieza a sacar comida, su voz y su comportamiento son completamente normales.

—Ambos. Y mucho ketchup.

—Eso es asqueroso —dice y mira a Felix, que ahora está junto a la mesa del comedor—. ¿Tenemos ketchup?

—Ni idea. —Felix se encoge de hombros, va al armario y empieza a sacar platos como si no hubiera pasado nada extraño hace un minuto—. ¿Tal vez en la despensa?

—Voy a echar un vistazo.

Sergei sale de la cocina y, apenas se ha ido, me vuelvo hacia Felix.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Lo dice en serio?

—Porque Sergei casi te ahoga.

—No me estaba asfixiando. Si quisiera matarme, me habría roto el cuello. —Se gira para mirarme—. Creo que me estaba alejando de ti.

—Eso no tiene sentido.

—¿Tenía un episodio cuando lo encontraste?

—¿Un episodio? ¿Te refieres a que estaba desconectado?

—Sí.

—Creo que sí, sí. Al principio no respondía, pero luego se recuperó.

—¿Cuánto tiempo pasó?

—No lo sé. Unos minutos. Le pedí que dejara los cuchillos, los estaba tirando a la pared cuando entré, y entonces, le pregunté algunas tonterías sobre mi pijama. Hablé un poco más, y volvió poco después.

Felix me mira sin pestañear.

—¿Te ha dejado coger sus cuchillos?

—Bueno, se le cayeron al suelo.

Los pasos se acercan, y miro hacia arriba para ver a Sergei que viene con una lata de salsa de tomate.

—Solo he encontrado esto —dice, y luego se vuelve hacia Felix—. Nos estamos quedando sin patatas.

—Pediré una entrega a la tienda mañana —dice Felix mientras coloca los platos en la mesa—. Enviadme un mensaje si necesitáis algo más. Me voy a la cama.

Sigo a Felix con la mirada mientras se dirige a la puerta principal, pero antes de salir, lanza una rápida mirada por encima del hombro en mi dirección. Es bastante extraña esa mirada. Seria y calculadora, y muy diferente de su habitual comportamiento. Y me doy cuenta que no soy la única bajo este techo que ha estado ocultando cosas.

Felix

Nada más salir de casa, saco el teléfono y llamo a Roman Petrov. Contesta al primer timbre.

—¿Qué ha pasado?

—Tienes que hablar con la chica Sandoval —digo.

—¿Acerca de qué?

—Necesitamos que nos diga por qué está aquí. Si es una espía que de alguna manera terminó con nosotros, necesitamos saberlo. Y, necesita ser enviada lo más lejos posible de Sergei.

—¿Y si no lo es?

Miro a la casa detrás de mí.

—Si no lo es, tienes que convencerla para que se quede.

—¿Quedarse dónde?

—Aquí. Con Sergei. Al menos por un tiempo.

—¿Cómo demonios voy a convencerla para que se quede? ¿Por qué querría quedarse con Sergei? ¿Están follando?

—No, no lo creo.

—¿Qué demonios está pasando, Felix?

Me detengo frente al garaje y miro el cielo oscuro.

—Tu hermano no está bien. —Respiro profundamente—. En los últimos meses se le va la cabeza con más frecuencia y apenas duerme. Empezó a empeorar hace un par de semanas.

—¿Y solo me lo dices ahora?

—Has tenido suficiente en tu plato.

—Teníamos un trato, Felix. Deberías haberme dicho en el momento en que empezó a empeorar. Lo envié al trabajo de campo, por el amor de Dios.

—¡Pensé que podría ayudar! —respondo.

—¡Es obvio que no lo hizo! ¿Te ha dicho que se cargó a Shevchenko el lunes?

—¿Qué? No.

—¿Qué tan malo es ahora?

—Hasta la semana pasada, estaba muy mal. Pero parece que está mejorando desde que vino la chica Sandoval.

—Explícate.

—Se tropezó con él mientras estaba en medio de un episodio. Dos veces.

—Jesús, joder. ¿La lastimó?

—No. De alguna manera, se las arregló para traerlo de vuelta las dos veces.

—¿Cómo?

—No tengo ni idea. Dijo que habló sobre su pijama.

—¿Habló de pijamas?

—Sí.

Roman se ríe.

—Bueno, debieron ser unos pijamas de la hostia.

—Estaban cubiertos de pandas, Roman. En cualquier caso, tienes que hablar con ella. Si ella puede ayudar a Sergei, tenemos que mantenerla aquí.

—¿Has pasado tiempo con Maxim recientemente?

—No. ¿Por qué?

—Porque suele ser él quien tiene ideas locas. —Hay unos segundos de silencio antes que continúe—. Bien. Llamaré a Sergei mañana y le diré que traiga a su princesa del cártel a la mansión. Y más vale que no sea una espía.

—¿Qué piensas hacer con ella si lo es?

—Matarla en el acto, Felix.

Capítulo 9

Angelina

No tengo ningún problema en utilizar la violencia para defenderme, pero aquí no ha habido nada de lo que defenderse. Salvo que no se me permite salir, he sido tratada como una invitada todo el tiempo. No sé por qué sigo acumulando las armas.

Si el cargamento hubiera sido interceptado por uno de los cárteles mexicanos rivales, y me hubieran encontrado en ese camión, me habrían violado, probablemente varias veces, y luego vendido. Un escalofrío recorre mi columna solo de pensarlo.

Cojo uno de los cuchillos y lo pongo delante de mi cara, inspeccionando su elegante forma. No parece un cuchillo corriente. No tiene un mango estándar, y parece que está hecho de una sola pieza de metal. Por su aspecto, esperaba que fuera más ligero. Me vuelvo hacia la tabla de madera colocada en la pared, en la que todavía están alojados algunos cuchillos, y atravieso la habitación para inspeccionarla más de cerca.

Hay seis cuchillos clavados en la tabla a lo largo de la franja blanca. Están tan uniformemente espaciados que es como si Sergei hubiera utilizado una maldita regla para asegurarse de su colocación precisa. Miro por encima del hombro, intentando calcular la distancia entre la tabla y el lugar junto al sofá donde lo encontré la noche anterior. Más de seis metros. Mi mirada vuelve a los cuchillos perfectamente alineados. ¿Cómo es posible? Apenas había luz

en la habitación. Retrocedo unos pasos y entrecierro los ojos ante la franja blanca.

—Estás demasiado cerca —dice una voz profunda detrás de mí. Al instante, el brazo de Sergei me rodea la cintura y me empuja hacia atrás.

—¿No sería más fácil si estoy más cerca? —pregunto mientras mis latidos se aceleran cuando aprieta mi espalda contra su cuerpo.

—No. Necesitas más distancia para poder lanzarla bien. —Su mano se posa en mi antebrazo y luego se desliza hacia abajo hasta llegar a mis dedos—. Empiezas aquí. —Levanta mi mano que sostiene el cuchillo y demuestra lentamente el movimiento de lanzamiento—. Un movimiento fluido. Y suéltalo. No hagas un movimiento de muñeca. Inténtalo.

—No es posible. —Sacudo la cabeza, dejando caer el brazo a mi lado—. Voy a golpear la ventana.

—Probablemente te golpees contra el suelo, pero no importa. Vamos. —Me levanta la mano de nuevo—. ¿Lista?

No, no estoy preparada. Y dudo que pueda golpear algo, porque estoy demasiado distraída por tener su cuerpo apretado contra el mío. Sergei dirige mi mano y suelto el cuchillo como ha dicho, solo para ver cómo cae al suelo a medio camino de la pared.

—Supongo que necesitarás más práctica.

—¿No me digas? —Me río—. De todos modos, ¿para qué se usan esos? ¿Puedes matar a un hombre con esto?

—En teoría, sí —dice, todavía detrás de mí, y luego pone otro cuchillo en mi mano—. En la realidad, es demasiado complicado. Hay que calcular la distancia, para que el cuchillo termine su rotación justo antes de dar en el blanco.

Levanta mi mano y hace el movimiento. Suelto el cuchillo como me ha indicado, pero acaba de nuevo en el suelo.

—Si estás en el exterior, también tienes que tener en cuenta el viento. Y, si el objetivo se mueve, probablemente les darás con un borde en lugar de la punta. Incluso si les das, no será letal en la mayoría de los casos. Es mucho más fácil acercarse y apuñalarlos.

—¿Por qué lo haces entonces? ¿Por qué practicar si no tiene sentido?

—Me relaja. —Inclina la cabeza, rozando la piel de mi mejilla con la suya—. ¿Quieres intentarlo una vez más?

—Sí —susurro, pero lo cierto es que no me interesa practicar el lanzamiento de cuchillos. El brazo rodeando la cintura se tensa ligeramente y cierro los ojos, disfrutando de la sensación de sus dedos recorriendo mi brazo.

—Intenta concentrarte. Balancéate y suelta. ¿De acuerdo?

Asiento y dejo que su mano dirija mi movimiento. Esta vez, el cuchillo golpea la pared, al menos un pie por debajo de la tabla, y luego, cae con estrépito al suelo.

—No está mal. —Su brazo desaparece de mi cintura—. Podemos continuar mañana si quieres.

—Seguro —digo, lamentando la pérdida de su cercanía.

—Deberíamos irnos. El Pakhan quiere hablar contigo.

Giro sobre mis talones y miro fijamente a Sergei, intentando controlar el pánico subiendo por mi estómago.

—¿Por qué querría tu jefe hablar conmigo?

—Ni idea. —Se encoge de hombros.

—¿De verdad tengo que ir?

—No puedes ignorar al Pakhan de la Bratva cuando te llama para una reunión. —La comisura de su boca se inclina ligeramente hacia arriba—. A no ser que estés ocultando algo realmente malo.

—Claro que no. —Intento fingir indiferencia—. ¿Qué debo ponerme?

—Eso servirá. —Señala con la cabeza mis vaqueros y mi camiseta—. Pero trae una sudadera con capucha, y nada de chanclas.

—Hay treinta grados afuera.

—Tendrás frío en la moto.

Levanto las cejas y me río.

No me voy a subir a esa cosa.

—¿Por qué no?

—Me gusta mi cuerpo de una pieza, muchas gracias. ¿Podemos ir en coche?

Entrecerrando los ojos, me pone un dedo bajo la barbilla y me inclina la cabeza.

—Nunca te pondría en peligro. —Roza mi barbilla con su pulgar y, en lugar de apartarme, tengo que luchar contra la necesidad de inclinarme hacia él—. Si te da miedo ir en moto conmigo, iremos en coche. Pero me gustaría llevarte a dar un paseo en mi moto.

Lo miro a sus ojos, claros y luminosos, tan diferentes a los de anoche. ¿A dónde va su mente cuando se desconecta? No puede ser un lugar agradable.

—¿Prometes que no me dejarás caer de esa cosa?

—Lo prometo. —Me roza el labio inferior con el pulgar—. Te espero fuera.

Miro fijamente la puerta que acaba de atravesar, preguntándome por qué su cercanía me impacta tanto. Decir que Sergei es apuesto sería quedarse corto. Pero aun así, me tiene prisionera en su casa. No debería sentirme atraída por él. Todo lo contrario. Sacudiendo la cabeza, subo corriendo al dormitorio para coger un par de calcetines y zapatillas, mi sudadera del sillón y vuelvo a bajar.

Miro la enorme moto roja aparcada en la calzada frente a mí y rodeo mi cintura con mis brazos. No. No va a suceder. Ni siquiera me gustan las bicicletas. La idea de un vehículo que funciona solo con dos ruedas nunca me ha gustado.

Sergei se acerca a la moto, pasa una pierna por encima, levanta el caballete y se sienta.

—Súbete.

Le queda bien. La moto. Me pregunto qué aspecto tiene cuando acude a una reunión. ¿Lleva traje? Me cuesta imaginarlo con pantalones de vestir y chaqueta. O con corbata.

—¿Pies fríos? —Me sonríe y una agradable calidez recorre mi cuerpo. La necesidad de estar cerca de él anula mis ganas de salir corriendo.

—No —digo. Respirando hondo, acorto la distancia que me separa de esa cosa y subo detrás de él.

—Toma —dice y me pasa un casco rojo.

Lo miro por encima y me lo pongo sobre la cabeza. Me hace sentir como una hormiga gigante.

—Los brazos alrededor de mi cintura y agárrate fuerte. Iremos despacio. Si quieres que me detenga, aprieta dos veces y me detengo enseguida. ¿De acuerdo?

Inclinándome hacia delante, me pego a su espalda y lo rodeo con mis brazos, sintiendo sus abdominales duros como piedras bajo mis manos. Sergei se pone el casco y arranca la moto, y tan pronto como el motor ruge, me estrecho aún más contra su espalda.

Al principio, no puedo pensar en nada que no sea mantener mis brazos apretados alrededor de Sergei, pero después de un tiempo, encuentro el valor suficiente para abrir los ojos y mirar por encima de su hombro. No está tan mal. A medida que prosigue la marcha, la emoción supera mi miedo. Nunca me han gustado los deportes extremos porque ya tenía suficiente emoción en casa con todos los intentos de asalto y tiroteos aleatorios en el complejo, pero esto... Podría acostumbrarme a esto. Aunque más que la excitación del paseo, me afecta la cercanía de Sergei. Me siento bien al estar pegada a su enorme cuerpo de esta manera y, sin proponérmelo, me inclino aún más hacia él.

Desearía no tener el casco puesto, para poder apretar mi mejilla contra su ancha espalda.

No estoy segura de cuánto tiempo pasa, seguramente no más de media hora, cuando Sergei toma un camino lateral que va ligeramente cuesta arriba hacia la finca que se ve a través de la valla de hierro. Se detiene ante la verja, se quita el casco y saluda con la cabeza al guardia. Después de pasar, conduce durante un minuto más o menos y se detiene frente a una enorme mansión blanca rodeada de césped finamente recortado.

Sergei me ayuda a bajar de la moto y necesito unos segundos para aclimatarme al suelo firme bajo mis pies.

—¿Todo bien? —pregunta después de quitarme el casco.

—Mejor de lo esperado —digo y sonrío.

—¿Significa eso que te ha gustado?

—Tal vez.

Sergei extiende su mano y toma un mechón de cabello que se ha desprendido de mi corta cola de caballo y lo acomoda detrás de mi oreja. Su mano se acerca a mi mejilla y levanta mi cabeza para poder mirarme a los ojos. Un estremecimiento excitado recorre mi cuerpo y me encuentro inclinada hacia delante, con la mirada fija en sus labios. Me pregunto qué se sentirá al tener esos duros labios pegados a los míos. Un guardia de seguridad abre la puerta principal, devolviéndome a la realidad.

—Acabemos con esto —murmuro y doy un paso atrás con desgana. La mano de Sergei se aparta de mi rostro.

—Seguro. —Asiente y sube los escalones hacia la puerta de la mansión.

Entramos, cruzamos el gran vestíbulo y giramos a la izquierda. Al final del largo pasillo, Sergei llama a la puerta y entramos. Me esfuerzo por mantener una expresión neutra y un cuerpo relajado, aunque en realidad soy un manojo de nervios a punto de estallar.

Roman Petrov, el Pakhan de la Bratva, está sentado despreocupadamente detrás del escritorio al otro lado de la sala y me sigue con la mirada. Lleva una camisa de vestir a medida, del mismo tono que su cabello negro tinta, con las mangas enrolladas hasta los codos.

Hay una sonrisa apenas visible en su rostro, y no necesito un manual de Pakhan para Dummies para saber que no es una buena señal.

—Sergei —dice sin apartar los ojos de mí—. Me gustaría hablar con nuestra invitada a solas, por favor.

Sergei pone la mano en mi brazo.

—¿Te parece bien?

Como si tuviera opción.

—Claro. —Sonrío.

Sergei asiente, luego se vuelve hacia Roman y lo señala con un dedo.

—No la asustes —dice y se va, cerrando la puerta tras de sí.

Petrov me observa, y la sonrisa diabólica de su rostro se ensancha un poco más.

—Es un placer conocerla finalmente, señorita Sandoval —dice—. Por favor, siéntese.

Siento las piernas como si estuvieran encajadas en cemento mientras doy unos pasos hacia la silla frente a él y me dejo caer sobre ella.

—¿Necesitaba hablar conmigo, Sr. Petrov? —pregunto.

—Necesito que empieces a hablar.

Suspiro y cierro los ojos un segundo. Nadie en su sano juicio mentiría al líder de la mafia rusa—. ¿Qué quieres saber?

—Empecemos por qué coño estabas metida en el cargamento de droga de los italianos.

—Era la única manera de alejarse de Diego Rivera —digo yo.

—¿Qué tiene que ver Diego con todo esto?

—Hace dos semanas vino a nuestro complejo con el pretexto de hablar de negocios con mi padre. Eran socios desde hacía años, así que no era extraño, y nadie sospechó nada, aunque llegó con más hombres de lo normal. Mi padre lo llevó a su despacho. Poco después escuchamos disparos.

Petrov se inclina hacia delante, con la sorpresa visible en su rostro.

—¿Diego mató a Manny? Creía que había sido la policía la que lo había matado.

—Esa es la historia que Diego contó a todos.

—Siento lo de tu padre. No estábamos en los mejores términos, pero lo respetaba.

—Gracias.

—Así que Diego decidió hacerse cargo del negocio de tu padre, supongo.

—Sí. Y, concluyó que sería más fácilmente aceptado por los hombres y socios de mi padre si me casaba con él.

—Por supuesto, lo hizo. Entonces, ¿cómo terminaste en ese camión?

—Diego enviaba a una de las chicas con el cargamento como regalo.

Petrov inclina la cabeza hacia un lado y luego se inclina hacia atrás.

—De acuerdo, digamos que me creo esa historia. ¿Por qué mentiste cuando Sergei preguntó quién eras y qué había pasado?

—Eres socio de Diego. Si hubieras sabido quién era yo, y que seguramente me estaba buscando, me habrías mandado de vuelta. —Le clavo la mirada—. Prefiero morir a volver y casarme con el cerdo que mató a mi padre.

—Entonces, ¿cuál era tu plan?

—No había ninguno. Mi objetivo principal era salir de México y llegar a los Estados Unidos. Tengo amigaos aquí que me habrían ayudado. Planeaba contactar a uno de los socios de mi padre para que me ayudara a conseguir documentos y poder acceder a mis cuentas, para después irme lo más lejos posible.

—¿Qué socio?

—Liam O'Neil.

—No creo que pedirle ayuda a Liam O'Neil sea una buena idea, señorita Sandoval.

—¿Por qué no?

—Porque, la información que tengo dice que Liam y Diego comenzaron a trabajar juntos.

Maldigo para mis adentros. Se acabó mi plan para conseguir los documentos. ¿Qué voy a hacer ahora?

Petrov me observa sus ojos entrecerrados, probablemente preguntándose qué demonios hacer conmigo.

—Tengo una propuesta para ti —dice finalmente.

—¿Qué tipo de propuesta?

—Necesito ayuda con algo. Tú me ayudas, y yo te consigo los documentos y todo lo que necesites, y me aseguro que Diego nunca te encuentre.

—¿Y si me niego?

—Te ato con un lazo y te mando de vuelta a México.

—¿Así que me estás chantajeando?

—Sí. Me ha funcionado muy bien en el pasado. —Sonríe—. Chantajeé a mi mujer para que se casara conmigo. Dos veces.

Pobre mujer. Probablemente la tenga atada en una habitación en algún lugar de la casa. Bastardo.

—¿Qué necesitas que haga?

—Nada especial. —Se encoge de hombros—. Quédate donde estás durante los próximos dos meses. Que sean seis meses, ese es mi periodo de chantaje favorito.

Lo miro fijamente—. Lo siento, no te sigo.

—Necesito que te quedes con Sergei y sigas haciendo lo que has estado haciendo hasta ahora.

—No hacía otra cosa que dormir, comer y pasear por la casa.

—Así es. —Petrov sonríe—. No parece difícil, ¿verdad? Piensa en ello como unas vacaciones improvisadas.

—Eso es ridículo. ¿Por qué quieres que me quede ahí sin hacer nada?

—Porque, mi hermano parece tener una reacción inesperadamente positiva a tu presencia.

—¿Tu hermano?

—Sergei es mi medio hermano.

Lo miro. No se parecen en nada a primera vista, pero ahora que lo ha mencionado, puedo ver la similitud en las líneas de su rostro. Pómulos afilados, la línea de la mandíbula, la complexión.

—¿Quieres que haga el papel de perrito terapeuta para Sergei? —pregunto, incrédula.

—¡Sí! —Golpea la mesa frente a él con su mano, riendo—. Un perro de terapia. Yo mismo no podría haberlo expresado mejor.

—Eso es... una locura.

—Felix no lo cree. Dice que has conseguido sacar a Sergei de sus episodios. Dos veces.

—No hice nada. Solo balbuceé algunas tonterías. Cualquiera puede hacer eso.

—¿Sabe lo que pasó la última vez que alguien se acercó a Sergei mientras estaba en ese estado, señorita Sandoval? El hombre acabó en la UCI durante un mes. —Se levanta, coge el bastón apoyado en el escritorio y viene a colocarse frente a mí—. Usted ayuda a mi hermano y yo le ayudo a usted.

—¿O me mandan de vuelta a Diego?

—Con una reverencia. —Sus labios se ensanchan en una sonrisa malvada.

—No es que tenga elección, ¿verdad? —Suspiro. El hecho que la idea de quedarme no me parezca repulsiva debería ser muy preocupante. El síndrome de Estocolmo ha dado en el clavo—. ¿Le ha pasado algo a Sergei? ¿Por qué tiene esos episodios?

Petrov aprieta los dientes, se gira hacia el conjunto de cajones de su derecha y saca una gruesa carpeta amarilla, arrojándola sobre el escritorio frente a mí.

Acerco la carpeta, la abro y empiezo a hojear la pila de papeles. Hay fechas en cada esquina, desde hace once años. La última es de hace cuatro años. Al principio, no entiendo lo que estoy viendo. Parece que son una especie de informes, pero la mayor parte del texto está tachado, y solo se pueden leer partes de frases aquí y allá. Una cosa que es común en todos los documentos es la firma en la parte inferior. Felix Allen.

—¿Qué es todo esto? —pregunto, tratando de comprender el significado. Veo algunas localizaciones en la lista, sobre todo en Europa, pero también hay algunas en Estados Unidos y Asia—. Casi todo está censurado.

—Los informes de las misiones de operaciones encubiertas suelen estarlo.

Mi cabeza se levanta de golpe.

—¿Sergei era de operaciones encubiertas?

—Una unidad lateral especial. Un proyecto experimental en el que acogían a adolescentes que nadie echaría de menos, normalmente sin hogar, y los entrenaban para que se convirtieran en agentes de las misiones especiales del gobierno.

Miro la pila de documentos, vuelvo a la primera página y miro la fecha.

—¿Qué edad tiene Sergei?

—Veintinueve.

Hago un cálculo rápido.

—Esto significa que empezó a trabajar para ellos a los dieciocho años.

Roman señala los papeles.

—Son de cuando empezaron a enviarlo a las misiones. Acogieron a Sergei cuando tenía catorce años.

Miro fijamente a Petrov. No es posible.

—¿Qué hizo para el gobierno, exactamente?

—Cualquier cosa que necesitaran y que no pudieran conseguir utilizando los canales regulares. Pero, sobre todo, se trataba de acabar con objetivos de alto nivel —dice.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral.

—Quieres decir...

—Sergei es un asesino profesional, señorita Sandoval.

Lo miro fijamente durante unos instantes y luego vuelvo a mirar la carpeta que tengo delante. Hay docenas de informes. El hombre que me ha estado tomando el pelo, que me ha cargado en brazos de un lado a otro porque estaba cansada, que me ha comprado nueve jabones corporales diferentes porque no sabía qué aroma me gustaría... que me ha salvado la vida... ¿es un asesino profesional?

Petrov se inclina, me quita la carpeta de las manos y la guarda en el cajón.

—No es mi intención asustarte, pero necesito que entiendas a qué te enfrentas. No creo que Sergei te haga daño, sobre todo después de lo que me ha contado Felix, pero si ocurre algo que te haga pensar que está perdiendo la cabeza por completo, tienes que retirarte inmediatamente. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿Lo entiendes? ¿De verdad? —Él estrecha sus ojos hacia mí—. No te lo tomes a mal, pero no pareces alguien que pueda lidiar con la mierda de Sergei.

—¿Oh? —Enarco una ceja—. ¿Y cómo me veo, exactamente?

—Como una bibliotecaria. Solo te faltan las gafas.

—Qué casualidad. —Cruzo los brazos sobre el pecho—. Hace dos meses solicité un puesto de bibliotecaria en la Universidad de Atlanta. Aunque todavía estoy esperando su respuesta.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No.

Suspira y se aprieta las sienes.

—Perfecto. Acabo de contratar a una maldita bibliotecaria para vigilar a un asesino entrenado.

—Así parece.

—Bueno, es lo que es. —Sacude la cabeza—. Hay una fiesta de recaudación de fondos el próximo fin de semana, y Sergei tendrá que ir en mi lugar. Irás con él.

—No participo en fiestas.

—Ahora sí. Habrá mucha gente importante allí, y necesito que Sergei se comporte. Nunca pierde la cabeza cuando se trata de negocios, pero no quiero arriesgarlo.

—Ni siquiera sé caminar con tacones.

—Entonces ponte zapatos planos. —Me clava su mirada, que dice claramente que la discusión ha terminado—. Si tienes preguntas, habla con Felix.

—¿Piensas compartir nuestro acuerdo con Sergei?

—No. Le diré lo que me has contado, y que acordamos que te quedaras hasta que se resuelva la situación con Diego.

—Bien. Pero tengo que pedir un favor.

—Estoy escuchando.

—Mi Nana se quedó en el complejo en México. ¿Puedes intentar conseguir información sobre ella? Para ver si... —Respiro profundamente—. ¿Si está viva? Tengo miedo que Diego la haya matado porque me ayudó a escapar.

—¿Nombre?

—Guadalupe Pérez.

—Si está viva, ¿quieres que intentemos traerla?

—Sí.

Asiente y extiende su mano.

—Ayuda a mi hermano. Yo te consigo los papeles, y a tu Nana.

Miro fijamente su mano durante un momento, sintiendo que estoy haciendo un trato con el diablo, y luego la acepto. Nos damos la mano y empiezo a alejarme, pero sus dedos aprietan mi mano como si fuera una víscera.

—Si te retracta de tu palabra —se inclina hacia delante hasta tener su rostro frente al mío—, más vale que reces para que Diego Rivera te encuentre antes que yo, señorita Sandoval.

Suelta mi mano y asiente hacia la puerta.

—Vamos a buscar a Sergei. Te acompaño a la salida.

Cuando salimos de su despacho y nos dirigimos al pasillo, las grandes puertas dobles del otro lado se abren de golpe y una mujer menuda y de cabello oscuro sale corriendo con una cazuela en las manos. Nos ve llegar y se precipita hacia nosotros con los pies descalzos.

—¡Roman! ¡Ayuda! —grita cuando la puerta detrás de ella se abre de nuevo y sale un hombre corpulento y barbudo, con un delantal de cocinero. Grita algo en ruso, arroja un trapo de cocina al suelo, con la frustración patente en su rostro, y luego se da la vuelta y vuelve a entrar en lo que supongo es la cocina.

La mujer llega hasta nosotros, riendo todo el camino, y se detiene frente a Petrov.

—¿Quieres un poco de salsa boloñesa, kotik? —dice.

¿Kotik? Parpadeo. Eso significa gatito en ruso. ¿Acaba de llamar gatito al Pakhan ruso?

—¡Dame eso! —ladra Petrov y le quita la cazuela de las manos—. ¿Qué te he dicho de cargar con cosas pesadas y correr de un lado a otro?

—¡Son dos kilos, como máximo! —Ella trata de recuperar la cazuela, pero Petrov levanta el brazo, manteniéndola fuera de su alcance.

—Angelina, esta es mi mujer —dice, y miro fijamente a la mujer que tengo delante y que en estos momentos está dando saltos, intentando alcanzar la olla.

—Deja de saltar, maldita sea —suelta Petrov—, le vas a provocar a mi hijo una conmoción cerebral.

—¡Ladrón! —Frunce la nariz, le da un puñetazo en las costillas y luego se vuelve hacia mí y me ofrece la mano, sonriendo—. Soy Nina.

No parece alguien que haya sido chantajeada para casarse.

—Gracias por la ropa. —Es lo único que se me ocurre decir.

—Cuando quieras. —Me guiña un ojo y empieza a decir algo más cuando se abre la puerta principal y entra corriendo un hombre mayor con traje.

—¿Maxim? ¿Qué ha pasado? —pregunta Petrov.

—Giuseppe Agosti tuvo un ataque al corazón. Murió hace treinta minutos.

—Joder —maldice Petrov y confía la cazuela en las manos del más mayor—. Trae a Sergei. Os quiero a los dos en mi despacho en cinco minutos.

Sergei

Concentro mi atención en el cuadro colgado en la pared de enfrente y trato de refrenar la necesidad de salir corriendo de la habitación y buscar a Angelina. Tan pronto Roman se enteró que el Don de la Cosa Nostra había muerto, nos ordenó a Maxim y a mí que fuéramos a su despacho para discutir nuestros próximos pasos en lo que respecta a los italianos. Pero, ha sido difícil seguir la conversación con Angelina aún sin estar a mi lado.

Sentado en la silla a mi lado, Maxim dice.

—Agosti no tiene hijos. Creo que Luca Rossi es el sucesor más probable. Si eso sucede, ¿crees que respetará la tregua que hicimos con el Don?

—Solo lo he visto dos veces. Es un comodín. —Roman pone la mano sobre la mesa y comienza su agitada costumbre de tamborilear con los dedos—. Rossi está más metido en el tráfico de armas que en el de drogas, pero eso podría cambiar si se convierte en el Don. Tendrá que seguir lo que quiere la mayoría de la Cosa Nostra de Chicago.

—¿Piensas reunirte con él?

—Esperemos a ver qué sale de esta tormenta de mierda primero. Seguiremos con nuestros negocios como siempre, pero Maxim, envía a alguien a vigilar a los italianos —dice Roman y se vuelve hacia mí—. Hay una recaudación de fondos para niños sin hogar el próximo fin de semana. Necesito que vayas y dejes un cheque bien grande. No quiero que las autoridades municipales miren hacia nosotros durante el próximo mes, más o menos. ¿Puedes encargarte de eso, o debo enviar a Kostya? Maxim y yo estamos atascados manejando el transporte hasta que Mikhail esté de vuelta.

—Kostya solo acabará tirándose a la mujer de algún funcionario en el baño. Iré. —Asiento.

—Bueno. El evento requiere un acompañante. Angelina irá contigo.

—Roman, no estoy seguro que eso sea prudente —añade Maxim—. ¿Y si alguien la reconoce?

—La última vez que lo comprobé, los miembros del cártel no frecuentan las fiestas de recaudación de fondos de nuestro gobierno —dice y se vuelve hacia mí—. Te vas a llevar a tu princesa del cártel. Y asegúrate de comportarte. —Me señala con el dedo—. No se permiten armas allí.

—Seguro. ¿Eso es todo? —No puedo soportar más esto. Tengo que ir a buscar a Angelina o voy a perder la cabeza delante de mi hermano. Sé que no le pasará nada mientras esté en casa de Roman porque esta casa está mejor vigilada que Fort Knox. El hecho que mi miedo sea completamente irracional no disminuye la presión.

—Sí.

—Entonces me voy. —Hace falta un gran control para no salir corriendo de la maldita oficina y recorrer el pasillo.

Encuentro a Angelina en el salón, recostada en uno de los grandes sillones reclinables, mientras Nina está sentada en el suelo frente a ella y esbozando algo en un papel. Nina se muestra nerviosa a mi alrededor, así que, en lugar de entrar, me quedo en la puerta y observo cómo Angelina juega con un mechón de cabello, enrollándolo en su dedo. Recuerdo que antes era largo. Levanta la vista y, cuando se da cuenta de mi presencia, una mirada extraña cruza su rostro, pero al instante siguiente desaparece.

—¿Lista para volver? —pregunto.

—Seguro. —Se levanta y se dirige a Nina—. ¿Puedo ver?

—Claro que no. Es solo un boceto. Tendrás el acabado cuando haya terminado. —Nina esconde el papel a su espalda y me mira—. ¿Está Roman en su despacho?

—Sí. Y está excepcionalmente malhumorado. —Extiendo la mano a Angelina y la presión en mi pecho disminuye.

* * *

—¿De qué quería hablar Roman? —pregunto en el momento en que aparco la moto delante de mi casa.

—Quería que me sincerara con lo que estoy haciendo aquí. —Ella suspira—. No me pareció prudente seguir mintiendo, así que solté la lengua. Le dije que había huido de Diego Rivera. Y Petrov prometió que no me enviaría de vuelta con él.

—¿Qué tiene que ver Diego con todo esto?

—¿Aparte de matar a mi padre? Bueno, me encerró en mi habitación y empezó a preparar nuestra boda.

Siento que mi cuerpo se paraliza.

—¿Diego mató a tu padre?

—Lo mató, se apoderó de su negocio y decidió casarse conmigo a la fuerza. Sí.

La imagen de Diego Rivera tocando a Angelina con sus carnosas manos llena mi mente, y el familiar zumbido empieza a llenar mis oídos—. ¿Hizo algo?

—No, no hizo nada. . . ¿Sergei?

Su mano agarra mi antebrazo y me tranquiliza un poco. Mis demonios tienen miedo de asustarla, así que se retiran cuando está cerca.

—Sergei, mírame.

Un toque de su cálida mano roza mi cuello, luego mi rostro.

—Por favor, no te desconectes de mí. ¿Sergei?

Parpadeo, el rostro de Angelina está frente al mío, sus manos apretadas a ambos lados de mi rostro y sus grandes ojos oscuros clavados en los míos.

—¿Has vuelto? —susurra.

—...he vuelto. —Joder. Cierro los ojos—. ¿Y ahora qué? ¿Piensas irte?

No voy a dejarla ir, aunque diga que sí.

—Tu Pakhan dijo que sería prudente que esperara hasta ver cómo se desarrolla la situación con Diego.

—Bien. Te quedarás aquí.

—¿Todavía no estás harto que usurpe tu habitación? —Sonríe.

—No. —La tomo de la mano y la llevo a casa—. Vamos a ver qué mierda ha preparado Albert para comer.

Capítulo 10

Angelina

Colocando el libro en la mesita de noche, me deslizo de la cama y salgo de la habitación, caminando alrededor de Mimi, que está durmiendo en mitad de la alfombra. La puerta del otro extremo del pasillo no está cerrada, así que la abro y miro el espacio casi vacío. Hay una cómoda en un extremo, dos sillas desparejadas en la otra esquina y una pila de cajas cerca de la ventana. No hay cama. Un saco de dormir verde militar está extendido en el suelo, con una manta doblada y una almohada colocada encima.

Vuelvo al dormitorio de Sergei y me apoyo en la estantería, de cara a la puerta del baño y esperando a que salga. El agua se cierra y la puerta se abre. Con un pantalón de deporte y una camiseta, Sergei sale mientras se seca el cabello con una toalla.

—¿Dónde has dormido desde que llegué?

Se detiene a mitad de camino y me mira.

—En el otro dormitorio. ¿Por qué?

—No hay cama allí. ¿Has estado durmiendo en el suelo todo este tiempo?

—Es un bonito suelo. He dormido en sitios peores. —Se encoge de hombros como si nada.

—No puedes dormir en el suelo en tu propia casa. —Suspiro—. ¿Quieres que busque un hotel?

—No vas a ir a un hotel. Te quedarás donde estás.

—Pero...

—Sin peros. Te quedas donde estás.

—Entonces, dormiré en el sofá de abajo.

Da unos pasos hasta situarse justo delante de mí, coloca su dedo en mi barbilla y me inclina la cabeza hacia arriba.

—No vas a dormir en el sofá, Angelina. Y no te preocupes, no duermo mucho.

—¿Cuánto es eso?

—Tres horas. Tal vez cuatro.

—Nadie puede funcionar con tan poco sueño.

—Bueno, no funciono tan bien de todos modos. Como probablemente ya has notado. —Se ríe, pero no me hace gracia. Necesita ayuda. El dedo en mi barbilla comienza a moverse a lo largo de mi mandíbula, luego sobre mi cuello hasta que su mano termina en mi nuca.

—Roman me ordenó ir a una maldita recaudación de fondos mañana —dice—. Vas a venir conmigo.

—Me lo dijo. ¿Vamos a ir en moto?

Es realmente difícil concentrarse en la conversación porque con cada palabra la cabeza de Sergei se inclina ligeramente, su boca se acerca cada vez más.

—No estoy seguro que ir en moto con un vestido de noche sea prudente.

—No tengo ningún vestido aquí.

Su cabeza baja aún más, mientras sus dedos se encajan en los cabellos de la base de mi cuello, apretando y obligándome a inclinar la cabeza hacia arriba.

—Mañana compraremos uno. —Su voz es profunda, más ronca de lo normal, y sus labios rozan los míos mientras habla, pero solo durante una fracción de segundo.

—¿Cómo te voy a pagar? Ahora mismo no tengo dinero.

Me observa y luego acorta la distancia entre nosotros cuando sus labios chocan con los míos. Es como un trueno y un rayo. Duro, inesperado, ensordecedor y cegador. No hay tiempo para pensar en lo que estoy haciendo y no tengo la voluntad de resistirme, así que no lo hago. Me agarro a la tela de su camisa y me pongo de puntillas, intentando acercarme. La mano de Sergei me aprieta la nuca, su otra mano acaricia la parte baja de mi espalda, presionándome más contra su cuerpo mientras ataca mi boca.

No es suficiente. Había una pila de libros en el suelo. No podía decidir qué leer. Doy un paso a la izquierda. ¿Dónde está la maldita pila de libros cuando la necesito, maldita sea? ¿Por qué no puedo ser más alta? La boca de Sergei se aleja de la mía y procede a recorrer con besos mi mandíbula y mi cuello. Respiro y tiro aún más de su camiseta mientras un cosquilleo empieza a crecer entre mis piernas. Lo necesito más cerca. Los dedos de mis pies chocan con algo sólido. Sí. Me subo a la pila de libros duros que he apilado en el suelo y le rodeo el cuello con los brazos. Mi boca vuelve a encontrar la suya. La mano que está en mi espalda baja para apretarme el culo, luego recorre mi cadera hasta llegar a la parte delantera de mis vaqueros. Desliza palma de la mano hacia abajo cubriendo mi coño por encima de la tela, presionando la costura de la tela contra mi núcleo.

—¡Sergei! —grita Felix desde algún lugar de la casa.

¡Ahora no, joder! Me agarro al cabello de Sergei, intentando evitar que sus labios se separen de los míos mientras siento humedecerme cada vez más. Empieza a rozar su palma entre mis piernas, hacia delante y hacia atrás. Y creo que me voy a encender bajo su contacto.

—¡Sergei! —Otra ronda de gritos desde abajo—. Tu hermano te manda saludos con una descripción muy vívida de cortarte la cabeza y metértela por el culo si no contestas al teléfono.

Abro los ojos y miro fijamente a Sergei. Todavía tiene su mano entre mis piernas. Mientras lo miro a los ojos, vuelve a presionar mi frustrado coño y un pequeño gemido sale de mis labios.

—Aquí. —Sonríe y me muerde ligeramente el labio inferior—. Considera el vestido reintegrado en su totalidad.

Sus manos desaparecen de mi cuerpo, y al momento siguiente se va, dejándome en mitad de la habitación, de pie sobre un surtido de libros duros de Dostoievski encuadernados en cuero genuino, con mis bragas completamente empapadas.

* * *

A la mañana siguiente, encuentro a Felix manipulando un enchufe sobre la cocina. Me mira y luego sigue con lo que estaba haciendo.

—¿Ha salido Sergei? —pregunto, sentándome en la mesa del comedor.

No he salido de la habitación desde ayer por la tarde, tratando de evitar a Sergei hasta que consiga procesar el significado de ese beso... o de todo el encuentro en realidad. Pensar en ello no ha ayudado mucho. Todavía no puedo decidir si debo ignorarlo por completo y fingir que nunca ocurrió, o

lanzarme sobre él la próxima vez que lo vea. Mi cerebro dice lo primero. Mi cuerpo quiere lo segundo.

—Está paseando a Mimi —dice Felix por encima de su hombro—. He oído que te quedas. ¿Roman habló contigo ayer?

—Sí. —Asiento y cojo la jarra de zumo que hay sobre la mesa—. Creo que deberíamos hablar.

—¿Sobre qué?

—Sobre esos episodios que tiene Sergei. Necesito saber a qué me enfrento.

Felix deja el destornillador sobre la encimera, se gira, mirándome fijamente.

—Estás ante el resultado de lo que ocurre cuando tomas a un niño no violento y lo conviertes a la fuerza en un asesino a sangre fría. —Coloca las manos sobre el mostrador, agarrando su borde, y mira hacia la ventana.

—Sergei era un chico normal. Querido. Entonces su madre murió con solo doce años, y fue enviado a una casa de acogida y más tarde a un centro de acogida. Hubo algunas peleas, pequeños robos, nada que no fuera inesperado para un niño en su situación. Acabó en un reformatorio después que él y sus amigos intentaran robar un coche. Allí lo encontró Kruger.

—¿Kruger?

—El hombre a cargo de la unidad del Proyecto Z.E.R.O. Lo acogieron y lo pusieron a entrenar. Yo era un instructor allí. Desde que vi a Sergei, supe que no era un buen candidato. No era agresivo ni violento, y no tenía ganas de hacer daño a nadie ni de destrozar cosas como algunos de los otros chicos que llevaron. —Se gira para mirarme—. Intenté enviarlo de vuelta, y fracasé. A Kruger le gustaba demasiado. Sergei era increíblemente ágil y siempre obtenía los mejores resultados en los exámenes físicos. Además, hablaba perfectamente inglés y ruso, así como español. Eso le gustó mucho a Kruger. Dominar varios idiomas es muy útil en nuestro oficio.

—¿Ayudaste a convertir a chicos en asesinos? —Lo miro con disgusto—. ¿Qué clase de persona hace eso?

—Una persona que trabaja para el gobierno. —Suspira y sacude la cabeza—. No estoy orgulloso de algunas de mis decisiones, Angelina, pero he hecho lo posible por corregir mis errores en la medida de lo posible.

Se acerca al cuenco de fruta que hay sobre la mesa, coge una manzana y empieza a darle vueltas en la mano, aparentemente concentrado en una sola mancha que estropea su piel amarilla, por lo demás perfecta.

—La primera vez que noté indicios que algo no iba bien fue cuando Sergei volvió de una misión en Colombia —continúa—. Durante las misiones de campo, su rendimiento era impecable. Pero cuando volvía, se sentaba y se

quedaba mirando al frente durante horas. Físicamente estaba allí. Pero mentalmente, estaba ausente. Una vez, uno de los chicos de su unidad se tropezó con él mientras Sergei estaba desconectado. No estoy seguro de lo que pasó exactamente, pero supongo que el tipo intentó pinchar a Sergei con el cuchillo que encontramos junto a su cuerpo más tarde.

—¿Qué ha pasado?

—Sergei le rompió el cuello —dice Felix—. Después empeoró. Empezó a ponerse violento cada vez que alguien se le acercaba durante uno de sus episodios. También empezó a tener problemas para diferenciar las misiones de campo de las situaciones cotidianas.

—¿Cómo?

—La mayor parte del entrenamiento de la unidad Z.E.R.O. consistía en extinguir cualquier rastro de empatía o conciencia en los operativos, haciendo que se centraran en completar la misión sin importar nada. Algunas misiones, normalmente las que implicaban a objetivos de alto nivel, provocaban importantes daños colaterales.

—¿Qué tipo de daños colaterales? —pregunto mientras el miedo empieza a crecer en el fondo de mi estómago.

—Si había que eliminar a una determinada persona, y la única forma de hacerlo era volar la mitad del edificio, se consideraba aceptable. Esas situaciones eran raras, pero ocurrían. Sergei realizaba las misiones sin fallar, pero luego, su comportamiento se volvía extremo cuando estaba fuera del combate. Una vez, vio a un hombre maltratando a una indigente y lo destripó en el acto. No sentía que hubiera hecho nada malo. En su mente, neutralizó la amenaza y eso fue todo.

—Petrov dijo que te lograste para sacarlo, finalmente.

—Sí, pero era demasiado tarde. Cuando Sergei empezó a desquiciarse con más frecuencia, moví algunos hilos para que nos liberaran. Contacté con Roman poco después. No tenía idea que tuviera un hermano. Sin embargo, Sergei sabía de Roman. Su madre le dijo que Lev Petrov era su padre y que tenía un medio hermano. Pero Sergei nunca quiso tener nada que ver con Lev o Roman. Tuve que hacerlo a sus espaldas, y casi me estrangula cuando se enteró.

—¿Y por qué nadie ha tratado de conseguirle ayuda? ¿Asesoría? ¿Algo?

—Sergei no es solo un asesino entrenado, Angelina. Es un arma de primera línea del gobierno. En el mejor de los casos, Sergei acabaría drogado y atado en alguna institución. —Me mira, apretando la manzana en su mano—. En el peor de los casos, el gobierno lo neutralizaría en el momento en que lo tuvieran. Sergei sabe demasiado, pero mientras forme parte de la

Bratva, no lo tocarán. Roman paga mucho dinero por debajo de la mesa para que hagan la vista gorda.

—¿Ha intentado alguien ayudarlo? ¿O todo el mundo se limita a apartar la vista y esperar un milagro? —Lanzo las manos al aire con frustración—. Se calmó y volvió cuando le hablé. Tal vez solo necesita saber que alguien está ahí para él, maldita sea.

—Mataría a cualquiera que se acercara a él cuando está en ese estado, Angelina. —Felix mira al suelo—. No sé por qué reacciona como lo hace cerca de ti. Llevo quince años con él y no me atrevo a acercarme cuando está ausente. Puede que hayas despertado algún instinto de protección en él. Cuando te trajo aquí aquella noche, no dejó que nadie se acercara. A duras penas conseguimos convencerlo que dejara que el médico te examinara y que Varya te bañara.

—¿Crees que puede mejorar?

—No tengo la menor idea. —Se encoge de hombros—. Pero tienes que tener una cosa en mente. Si estoy en lo cierto, y Sergei por alguna razón piensa que tiene que protegerte, no será razonable.

—¿Qué quieres decir?

—Matará a toda persona que considere que puede ser una amenaza para ti. Real o imaginaria.



Capítulo 11

Sergei

—¿Dorado? —pregunto.

—Sí. Luce más glamuroso. Tengo que compensar el hecho de ir en zapato plano.

—¿No eres una chica de tacones?

—No. Regina, mi amiga de la universidad, me convenció una vez para que me pusiera sus sandalias de 10 centímetros de alto cuando salimos. Casi me rompo el cuello.

Sonrío y le doy mi tarjeta a la cajera, mientras Angelina se inquieta a mi lado. Ha estado nerviosa todo el día, pero finge no haber cambiado nada. Sigo esperando que mencione el beso de anoche, pero nada. Seguro que estaba ansiosa, pero el beso fue tan inocente que no creo que tenga mucha experiencia. Así que he tenido que resistirme a hacer más movimientos con ella hasta ahora. Pero, tan pronto como volvamos de esa maldita recaudación de fondos esta noche, continuaremos donde lo dejamos.

—Marlene te ha reservado una cita para alguna cosa de belleza —digo—. Vamos a ir allí a continuación.

—¿Belleza?

—Corte de pelo. Embadurnar la cara. Depilación de cejas. Ese tipo de mierdas.

Angelina resopla y sacude la cabeza. Me gusta cómo me mira, no recuerdo la última vez que alguien que no fuera Felix me miró como si fuera un tipo normal. No esta persona jodida en la cabeza que todo el mundo siente la necesidad de caminar alrededor con pies de plomo.



—Entonces, llévame a la peluquería. —Coge la bolsa con el vestido—. No puedo esperar a ser desplumada y embadurnada.

Salimos de la tienda y, queriendo evitar la multitud, tomo un atajo hacia el aparcamiento y giro en un callejón lateral. Un repartidor aparca su moto a cierta distancia delante de nosotros, coge una caja de la parte trasera y se apresura en nuestra dirección. Al pasar por delante de nosotros, tropieza con un adoquín y choca con Angelina.

Fue un accidente, lo sé. Apenas la ha tocado, pero mi cerebro descarta por completo ese hecho y, como si se tratara de una decisión propia, mi mano se lanza hacia delante y lo agarra por la mandíbula. La caja que sostenía cae al suelo. El tipo jadea, sus ojos desorbitados. Sus manos arañan mis dedos, intentando liberarse de mi agarre.

—Sergei ...

Escucho mi nombre, pero me resulta como si viniera de algún lugar lejano. Lo ignoro y agacho la cabeza hasta estar frente a frente con el bastardo que hirió a mi chica. Debe morir. Bajo la mano hasta que mis dedos rodean su cuello y empiezo a apretar.

—Sergei ... —Una pequeña mano se posa sobre la mía y roza ligeramente mis dedos—. Déjalo ir.

No. Le ha hecho daño. Exhalo por la nariz y aprieto más fuerte, disfrutando de la forma en que los ojos del tipo se abren mientras lucha por respirar. Podría sencillamente haberle roto el cuello, pero eso habría sido demasiado fácil. Añado un poco más de presión. El tipo empieza a ahogarse.

La mano de Angelina desaparece de la mía y, en mi visión periférica, la veo correr hacia la caja que el tipo dejó caer y empujarla hacia mí. Quiero preguntarle qué coño está haciendo con esa cosa, pero no me atrevo a soltar el cuello del tipo. La necesidad de acabar con la amenaza que representa es demasiado fuerte, así que aprieto un poco más. Angelina empuja la caja hacia algún lugar detrás de mí y desaparece de mi vista. Pongo la otra mano en el cuello del tipo, con la intención de romperlo, cuando algo grande aterriza en mi espalda. Jadeo en busca de aire. Unos brazos me rodean el cuello por detrás y las piernas alrededor de mi cintura, apretándome.

—Sergei —susurra Angelina a mi oído, su aliento abanica mi piel—. Mírame. Por favor.

Respiro profundamente. Luego de nuevo. Angelina aprieta más sus brazos y piernas en torno a mí.

—Por favor, mírame, grandullón.

El calor de su cuerpo se filtra en mi espalda, su aliento roza mi oreja y luego un beso se posa en el lateral de mi cuello. Intento concentrarme en el chico que tengo en brazos, pero su cercanía me distrae.

—No puedo aguantar así mucho más tiempo, Sergei —dice mientras su agarre alrededor de mi cuello se afloja un poco.

Suelto al hijo de puta y la agarro por debajo de los muslos, evitando que se caiga.

—¿Cómo coño has acabado ahí? —pregunto, sin dejar de mirar al repartidor arrodillado en el suelo frente a mí, tosiendo.

—Subí a la caja —dice junto a mi oído—. Luego salté sobre tu espalda.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

Giro la cabeza hacia un lado, golpeando su nariz con mi mejilla.

—¿Por qué no? —Repito y me río—. Bueno, supongo que es tan buena razón como cualquier otra.

—Voy a llegar tarde a mi cita con la pringue —dice y aprieta sus piernas alrededor de mi cintura—. ¿Podemos ir ya al salón de belleza?

Miro al tipo, que sigue jadeando—. Mira por dónde vas la próxima vez.

Asiente rápidamente, mirándome fijamente. Lo rodeo y me dirijo al callejón.

—¿Vas a bajar? —pregunto mientras camino.

—No. Me gusta estar aquí arriba.

—Bien. —Me agacho y recojo la bolsa con su vestido que se me cayó antes.

* * *

Cojo mi teléfono y me pongo a mirar las noticias. No puedo concentrarme, así que tiro el móvil en el salpicadero y miro la entrada del salón. Tres horas y media. ¿Qué demonios le han hecho durante tres horas y media?

La chica que vino a acompañar a Angelina al interior me dijo que tardaría un rato y que debía ir a dar un paseo y volver más tarde. Salir no era posible, por supuesto, así que me senté en la sala de espera junto a una mujer mayor con restos de papel de aluminio en el pelo y jugué con mi teléfono. Poco después, otra mujer entró bamboleándose desde una de las habitaciones, caminando sobre sus tacones con una mierda rosa espumosa pegada entre los dedos de los pies. Parecía doloroso. Vino a sentarse al otro costado mío, me miró y comenzó una conversación con la mujer de mi derecha. Cuando la discusión pasó de los productos para el cabello a las recetas caseras

para el estreñimiento, decidí que ya era suficiente y me fui a esperar al coche. Eso fue hace tres horas.

¿Y si Angelina cambiara de opinión y decidiera largarse? No puedo decir que la culpe. Cualquiera en su sano juicio huiría de un lunático, así que tal vez decidió que estaría más segura lejos.

He vigilado la entrada todo el tiempo, aunque quizá tengan una salida trasera. Mierda. Salgo del coche y me apresuro a entrar en el salón justo cuando Angelina sale del pasillo del lado izquierdo, y el pánico que ha ido creciendo se disipa.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —Ella mueve la cadera y levanta las cejas.

La miro de arriba abajo. Excepto su cabello, que está un poco más corto y liso, se ve igual, para mí. Incluso cubierta de barro estaría hermosa, así que no sé qué espera que le diga. Supongo que después de aguantar tres horas y media de tormento, necesita la confirmación de un trabajo bien hecho o algo así.

—¿Me gusta mi cabello?

Angelina suspira y sacude la cabeza.

—Eres una causa perdida.

—¿Qué querías que te dijera? —pregunto mientras le pago a la asistenta del salón.

—¿Cómo de increíble estoy?

—Te veías increíble antes de venir aquí. ¿Qué has estado haciendo ahí durante casi cuatro horas? ¿Viendo Netflix?

Inclina la cabeza hacia un lado y hace un mohín.

—Tienes una forma interesante de hacer cumplidos.

—Solo estaba haciendo una observación. —Me encojo de hombros, tomo su mano y me dirijo al coche—. Deberíamos darnos prisa. A esos hijos de puta tan elegantes no les gusta que la gente llegue tarde a sus eventos.

—¿Y cuál es el objetivo de este evento?

—Roman está sobornando a los funcionarios de la ciudad.

—¿Públicamente? —Se queda boquiabierta.

—También da dinero por debajo de la mesa, pero también le gusta hacer donaciones públicamente. Es snob en ese sentido.

—¿Por qué no va él mismo?

—Una venganza, probablemente. Dijo que no tiene tiempo para eso, pero creo que sigue enfadado conmigo por... digamos, romper nuestras conexiones con los ucranianos.

—¿Qué hiciste?

La miro y me pregunto si debo decirle la verdad. Me mira fijamente con esos ojos de chocolate, esperando mi respuesta, y no puedo obligarme a decírselo. Angelina no es una mujer de pocas luces. Debe saber cómo se llevan los negocios en nuestro mundo, pero no quiero que me tema.

—Solo, terminé el contrato —digo finalmente, abriendo la puerta del coche.

Capítulo 12

Angelina

Normalmente lo veo con vaqueros y camiseta, pero ahora lleva una camisa de vestir gris y un traje negro hecho a medida que le sienta como un guante. Está devastadoramente apuesto.

—Dejemos el dinero y perdámonos —murmura.

Caminamos hacia la mesa cubierta con un mantel de seda blanco y arreglos florales. Dos hombres con trajes caros están de pie junto a ella, hablando con un grupo de mujeres risueñas con vestidos elegantes. Cuando nos acercamos, decido quedarme unos pasos atrás y observar a Sergei mientras estrecha la mano de los hombres. Intercambian algunas palabras y luego Sergei saca un sobre, supongo que, con un cheque, y lo coloca en la mesa delante de una mujer que recoge los donativos. El hombre de su izquierda, un calvo de baja estatura con un traje demasiado ceñido a la cintura, sonríe y toca a Sergei en el hombro. Sergei asiente, agacha la cabeza y le susurra algo al oído, y el tipo sonríe.

—¿Qué le has dicho? —pregunto cuando Sergei vuelve.

—La cantidad escrita en el cheque

—Basado en su sonrisa, asumo que fue una muy agradable.

—Un millón.

Mis ojos se abren de par en par.

—Guau.

—Sí. Jugar limpio con las autoridades suele salir caro. —Asiente hacia la salida—. Vamos. Los políticos siempre me dan escalofríos. Cuando lleguemos a casa, podemos coger la moto y dar un paseo.

Según cruzamos el vestíbulo, mis ojos se posan en un hombre hablando con una mujer en un rincón. Me resulta vagamente familiar, pero no consigo situarlo. No debería conocer a nadie aquí. En su mayoría son funcionarios de alto nivel, no son personas con las que yo habría entrado en contacto. Sacudo la cabeza. Tal vez me recuerda a alguien. Estamos en la puerta cuando me doy cuenta y me detengo en seco.

—Mierda —murmuro.

—¿Qué pasa?

—¿Estaba Angelo Scardoni en la habitación?

—Sí. ¿Por qué?

—Visitó a mi padre unos días antes que llegara Diego. Era algo relacionado con los negocios. Estaba en el complejo y me vio de pasada. ¿Qué está haciendo aquí?

Sergei me coge del antebrazo y me hace girar hacia él—. ¿Te ha reconocido?

—No lo creo. Estaba hablando con alguien.

Me observa durante unos segundos, luego saca las llaves del coche de su bolsillo y me las entrega—. Espérame en el coche.

—¿Por qué?

—Necesito tener una pequeña charla con Scardoni.

Por la mirada asesina que tiene, no creo que piense limitarse a hablar.

—No es necesario. Si me hubiera visto, probablemente habría dicho algo.

—No voy a arriesgarme.

—¿Vas a hablar con él?

—Sí.

—Bien. —Asiento y lo observo mientras vuelve a entrar en el vestíbulo, y luego me dirijo al exterior.

Dentro del coche, paso unos veinte minutos configurando el teléfono que me dio Sergei antes de ir a la fiesta. Me lo puso en la mano y me dijo que había programado sus números y los de Felix. Me sorprendió muchísimo. Supongo que ya no cree que haya riesgo de fuga.

Estoy respondiendo al correo electrónico de Regina, el undécimo consecutivo, para asegurarle que estoy bien, cuando la puerta del conductor se abre y Sergei entra.

—Scardoni no te ha visto —dice y arranca el coche.

—¿Estás seguro?

—Ahora sí. —Sergei sonríe.

Al dar marcha atrás, observo que una figura masculina se tambalea por la salida de servicio, sujetando su brazo por el centro, y se dirige a uno de los coches aparcados. Se sostiene de la puerta del coche y luego mira en nuestra dirección.

—Jesús, Sergei —suelto—. Dijiste que solo ibas a hablar con él.

—Hemos hablado. Dijo que le resultabas familiar. —Se encoge de hombros—. Lo convencí que estaba equivocado. Ahora está absolutamente seguro que nunca te vio.

—¿Es este tu modus operandi habitual?

Gira la cabeza para mirarme, se acerca a mí con la mano y me traza una línea a lo largo de la barbilla—. No. Si fuera cualquier otro, me habría deshecho de él. La única razón por la que aún respira es porque es el cuñado de Mikhail.

—¿No crees que es un poco extremo?

Sergei detiene el coche frente a un lavadero cerrado, luego me agarra por la nuca y se inclina hacia mi—. Eliminaré a cualquiera que pueda suponer la más mínima amenaza para ti, Angelina. Si, aunque sea por un segundo, sospechara que te ha reconocido, estaría muerto.

—Sergei ...

—Nadie. Amenaza. Tu. Seguridad —muerde—. ¿Entendido, Angelina?

Parpadeo, luego asiento.

—Bien —dice, apretándome el cuello y pegando su boca a la mía.

Respiro. Vuelve a llevar esa fragancia, la que perturba mi cabeza. Agarrándome a sus hombros, me subo a su regazo y aprieto mi núcleo contra la protuberancia de sus pantalones. En el momento en que siento su dura polla contra mi coño, que ya cosquillea, un escalofrío recorre mi cuerpo.



Sergei

Mi polla está tan dura que siento que va a explotar, y el hecho que Angelina la roce con su coño lo hace cien veces peor. Deslizo las manos por su cuerpo, recojo la tela de su vestido en ambas manos y se lo subo hasta la cintura. Agarrando su nuca con una mano, deslizo la otra entre nosotros y presiono con mis dedos sus bragas, encontrándolas completamente empapadas.

—Tan jodidamente húmeda para mí. —Muevo sus bragas a un lado e introduzco mi dedo en su interior.

—Nos van a arrestar. —Angelina jadea y gime cuando añado otro dedo. Entonces, empieza a mover sus caderas, montando mi mano.

—Mi zorrita codiciosa... —susurro en su oído, mordiendo el lóbulo de su oreja—. ¿Es suficiente mi dedo, o quieres más?

—Más. —Respira y luego gime cuando le pellizco el clítoris.

—No tengo un condón aquí, nena. Pero, me hago la prueba regularmente. Estoy limpio.

—Estoy tomando anticonceptivos. Me puse la inyección el mes pasado. —Angelina me asegura, y luego vuelve a gemir.

Entierro mi cara en su cuello, inhalando su aroma, y busco el botón de mis pantalones justo cuando mi teléfono empieza a vibrar en el salpicadero. Luego suena. Es la melodía de 'Gangsta's Paradise' de Coolio, el tono de llamada específico para las llamadas de Roman.

Joder. Levanto la cabeza del cuello de Angelina y busco el teléfono, manteniendo mi mano ocupada con su coño.

—Ahora no, Roman —digo y corto la llamada. Empieza a sonar de nuevo.

Empujo mis dedos más profundamente dentro de Angelina y tomo la llamada.

—Es la primera y la última vez que me cuelgas —ladra Roman—. ¿Lo has entendido?

—¿Qué pasa? —Coloco el teléfono entre mi hombro y mi barbilla, y procedo a masajear el clítoris de Angelina con el pulgar, mientras deslizo los dedos de la otra mano hacia dentro y hacia fuera.

—O'Neil acaba de llamar —dice Roman.



—Interesante. —Pellizco ligeramente el clítoris de Angelina y sonrío cuando gime—. ¿Qué quería el irlandés?

—Quiere reunirse. Esta noche. Tienen un acuerdo con los rumanos para un cargamento de armas que ha acabado siendo mayor de lo esperado, y querían ver si estamos interesados en participar en el trato.

Las manos de Angelina encuentran la cremallera de mis pantalones. Se da cuenta que no llevo bóxers esta noche y libera fácilmente mi polla. Cuando la presiona, apenas consigo no correrme. Me inclino hacia delante y lamo el arco de su hombro desnudo.

—Sabe que les quitamos las armas a los albaneses —digo y deslizo mi dedo fuera del coño de Angelina, cambio la llamada a altavoz y tiro el cacharro al asiento del copiloto. Agarrando sus bragas, rasgo el material y tiro el encaje negro en el asiento trasero. La agarro por debajo del culo, la levanto y me sitúo en su entrada. Angelina se inclina, aplasta sus labios contra los míos y baja lentamente sobre mi polla, gimiendo mientras me toma por completo. Sus jadeos son cada vez más fuertes a medida que empieza a cabalgar sobre mí, así que introduzco en su boca el dedo que hace un momento estaba enterrado con dos nudillos en su coño. Sus perfectos labios se cierran en torno a él y empieza a chupar. Mi polla salta dentro de ella. Tengo que dejar el puto teléfono. Pronto.

Escucho a Roman decir algo más, pero ignoro sus divagaciones. Retiro la mano de la boca de Angelina y coloco un dedo sobre mis labios en señal de silencio. Cuando ella asiente, la tomo por la cintura, la levanto y la hago caer sobre mi polla. Grita un poco y mueve las caderas, con las manos enredadas en mi cabello.

—¡Sergei! —Los gritos de Roman provienen del teléfono. Reposiciono ligeramente a Angelina y vuelvo a embestirla, jadeando.

—¿Qué? —ladro y vuelvo a penetrarla, disfrutando de sus pequeños gemidos.

—¿Dónde coño estás?

—En mi coche. Con Angelina. —Deslizo mi mano entre nuestros cuerpos y pellizco su clítoris, y ella gime con fuerza.

Hay unos segundos de silencio, y entonces la voz gruesa de Roman llena el coche.

—¿Estás teniendo sexo mientras hablas por teléfono conmigo?

—Tal vez. —Sonrío, agarro a Angelina por la nuca y aplasto mi boca contra la suya, sin dejar de embestirla.

—Jesús, Sergei —suelta Roman y cuelga.

El cuerpo de Angelina empieza a estremecerse y sus paredes aprietan mi polla. Está tan seductora con su cabello enredado y cayendo sobre su rostro azorado. Agarro un puñado de los mechones negros y empujo dentro de ella, con fuerza. Un ligero sonido, como el ronroneo de un gatito, sale de sus labios. Oírlo, junto con la forma en que su apretado coño se aferra a mi polla cuando se corre, me lleva al límite. Me abalanzo sobre ella como un loco hasta que mi semilla explota en su interior.

Murmura algo incoherente, suspira y se deja caer sobre mí, enterrando su cara en el hueco de mi cuello.

—¿Estás bien, nena? —pregunto.

—Sí —susurra y acaricia mi cuello.

Sonrío, le doy un beso en la cabeza y marco a Roman.

—¿Ya has acabado?

—Que te den, Roman. —Me inclino hacia atrás y acaricio con mi mano la espalda de Angelina—. ¿Por qué los irlandeses nos ofrecerían una participación en ese envío?

—Así que, ¿también crees que esto apesta?

No tenemos buenas relaciones con los irlandeses. Ellos no vienen a nuestro territorio, nosotros no pisamos el suyo. Se podría decir que aguantamos la presencia del otro, pero cada uno estaría muy feliz si el otro dejara de existir. Que O'Neil llame a Roman solo dos semanas después que prácticamente declarara que intentarían meter las manos en nuestros negocios es alarmante.

—Sí. A lo grande. ¿Llamaste a Dushku para hacérselo saber?

—Sí. He quedado con él esta noche —dice Roman—. Le dije a O'Neil que tengo otro compromiso, y que tú irás en mi lugar.

—¿Cuándo?

—En cuatro horas. Eligió un lugar en el distrito industrial. Te enviaré la ubicación.

—Bien.

—Ten cuidado, y llámame en el momento en que hayas terminado. No me gusta esto.

—De acuerdo. —Corto la comunicación y miro a Angelina, que sigue pegada a mi pecho, con la respiración agitada. Sus piernas siguen temblando. Mi teléfono suena. Debe ser el mensaje de Roman. Lo miro brevemente y se lo reenvío a Felix.

—Tengo que llamar a Albert. Nos iremos a casa justo después.

—Bien —susurra en mi pecho.



Sigo acariciando su espalda mientras aprieto en marcación rápida a Felix. Me encanta esto, cómo se siente en mis brazos.

—¿Qué? —ladra Felix en el momento en que la línea se conecta.

—Estás de buen humor.

—Me he peleado con Marlene.

¿Otra vez? Esos dos necesitan terapia de pareja.

—He quedado con Liam O'Neil dentro de cuatro horas —digo mientras sigo acariciando la parte superior de la cabeza de Angelina—. Necesito que accedas a las cámaras que rodean el lugar de la reunión y compruebes si hay algo sospechoso. Te he remitido la ubicación que envió Roman.

—¿Qué estoy buscando?

—No estoy seguro. Dijeron que querían hablar de negocios, pero la historia no se sostiene. ¿Tienes a alguien en la vecindad que pueda hacer un recorrido antes de la hora de la reunión?

—Déjame ver primero la ubicación. —Pasan unos segundos de silencio—. Hmm. Creo que la panadería de Little Sam está en la siguiente manzana. Podría echar un vistazo.

—Bien. Pronto estaremos en casa.

Angelina

El trayecto hasta la casa de Sergei dura media hora, pero todavía siento que me tiemblan las piernas durante todo el camino de vuelta. No puedo creer que hayamos tenido sexo en el coche. Que yo haya tenido sexo en un coche. Solo he tenido un novio, y las dos veces que nos acostamos, fue en una cama, con las luces apagadas, en la posición del misionero. No fue exactamente una experiencia alucinante, pero me pareció bien. Impulsiva es la palabra más lejana para describirme, pero cuando sentí las manos de Sergei en mi coño, me encendí. No pude pensar en ninguna otra cosa que no fuera tenerlo dentro de mí, de inmediato.

La locura se intensificó cuando le oí hablar con su Pakhan por teléfono. Me pareció algo prohibida, pero también seductora, que yo lo cabalgara en su coche, donde cualquiera pudiera vernos. Pero cuando me puso el dedo en la boca para silenciarme y que Petrov no nos oyera, me llevó al límite.

Le robo una mirada a Sergei. Ha dicho que tiene que ir a una reunión esta noche, pero sigo sintiendo ese cosquilleo de deseo entre las piernas. ¿Se opondría a la segunda ronda?

Sergei aparca en la entrada, pero no hace ningún movimiento para dejar el coche.

—¿Te arrepientes? —pregunta, apretando el volante—. No pasa nada si lo haces. Dímelo y no volveré a tocarte.

Me quedo mirándolo fijamente. ¿De qué coño está hablando?

—No has dicho una palabra en todo el viaje, Angelina.

—Estaba... procesando. —No soy muy buena con las relaciones, o con la gente en general. Suelo tardar un tiempo en acercarme a una persona. El hecho que me atraiga tanto alguien que apenas conozco me asusta.

—¿Procesando? —Suspira y entierra las manos en su cabello—. Solo dime honestamente si no quieres tener nada con una persona mentalmente inestable y...

Me abalanzo sobre él. No hay una palabra mejor para describir la forma en que salto de mi asiento, me pongo a horcajadas sobre él y rodeo el cuello con mis brazos.

—¿Angelina?

—Solo cállate —muerde y pega mis labios a los suyos.

Mi vestido termina de nuevo alrededor de mis caderas, de modo que mi núcleo desnudo presiona directamente sobre su entrepierna, con la tela de sus pantalones como única barrera entre mi coño y su endurecida polla. Sin retirar mi boca de la suya, dejo que mis manos se deslicen por su cuerpo, llego a la cintura de sus pantalones y libero su polla a toda prisa. Sergei sonríe en mi boca y, metiendo sus manos entre nuestros cuerpos, entierra su dedo dentro de mí. Pero con la misma rapidez con la que estaba ahí, desaparece.

—Tendremos que ser rápidos. —Me agarra por la cintura, me levanta y me lanza contra su dura polla.

En el momento en que lo siento dentro, mis paredes empiezan a apretarse y lo cabalgo como una loca, agarrando la tela de su camisa entre mis dedos. Sergei gime y se echa un poco hacia atrás, lo que hace que su polla penetre aún más en mi coño y me llene por completo.

—¿Llegarás tarde a la reunión?

—Que le den a la reunión. —Sus manos suben por mi cuerpo hasta llegar a mi cabello, ya enmarañado, agarrando mechones entre sus dedos. Agacho la cabeza y muerdo un lado de su cuello fuerte y siento su polla hinchándose dentro de mí. La presión entre mis piernas se acentúa, y cuando su empuje

ascendente se intensifica a un ritmo brutal, siento que mi orgasmo me golpea más fuerte que nunca, justo cuando Sergei termina conmigo.

* * *

Intento arreglarme el cabello y el vestido en el coche para estar más presentable, pero sigo sintiendo que cualquiera que me mire sabrá lo que acabamos de hacer. Mientras subimos los escalones de la puerta principal, miro mi mano entrelazada con la de Sergei.

—Necesito ducharme y cambiarme antes de la reunión con los irlandeses —dice mientras entramos.

—Bien. —Asiento.

Sergei se inclina y me levanta la cabeza con su dedo bajo la barbilla—. ¿Procesando de nuevo?

—Más o menos.

—Haz lo tuyo, entonces. —Asiente—. Y, cuando vuelva, podemos discutir el tema un poco más. Darte más material para procesar.

Lo miro fijamente.

—Dudo que mi coño sea capaz de soportar otra discusión hoy.

—Ya veremos. —Me da un rápido beso en los labios y se dirige hacia arriba.

Cuando entro en la cocina, Felix está sentado en la mesa del comedor con un portátil de aspecto imponente frente a él. Me aliso rápidamente la parte delantera del vestido y me paso una mano por mi cabello una vez más. Me siento como si llevara tatuado en la frente 'acabo de tener sexo en el coche dos veces'. El hecho de no llevar bragas tampoco ayuda.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche, con cara de culpable? —pregunta Felix sin levantar la vista del portátil.

Inclino la barbilla hacia arriba y me dirijo a la nevera para coger algo de beber.

—No tengo idea de lo que estás hablando.

—Ambos deberían haber estado aquí hace media hora.

—Hubo un atasco.

—¿Oh? —Me mira por encima del borde de sus gafas—. ¿Así es como lo llamáis los chicos de hoy en día?

—¿Qué quieres decir?

Pone los ojos en blanco. —No estoy ciego, y aún no estoy senil.

Ignoro su comentario y me acerco para situarme detrás de él. La pantalla de su portátil muestra una cámara con diferentes ángulos de una calle.

—¿Esas son... cámaras de tráfico?

Asiente.

—Cuatro cámaras de tráfico y una cámara de cajero automático.

—¿Cómo has accedido a ellas?

—Es lo que hago, o hacía cuando Sergei y yo trabajábamos juntos. Él iba al trabajo de campo, y yo le daba apoyo desde la base.

—¿Y las otras personas del equipo? ¿Cuál era su trabajo?

Felix me mira.

—Nunca hubo otras personas. Siempre era un operativo y un controlador

—¿Se le enviaba a las misiones solo? ¿Y los refuerzos? ¿Y si pasaba algo y necesitaba ayuda?

—Sergei rara vez necesitaba ayuda, Angelina. —Sonríe y mira la pantalla—. Me he perdido esto.

Oigo los pasos detrás de mí y me giro para encontrar a Sergei entrando. Lleva otro traje, esta vez con una camisa de vestir negra.

—¿Alguna cosa? —pregunta, coge las pistolas del mostrador y las coloca en una funda de hombro escondida bajo su chaqueta. Antes no las tenía.

—Nada hasta ahora. —Felix hace un gesto hacia el portátil—. El pequeño Sam hará una pasada en media hora.

—Bien. —Sergei asiente, toma una gran caja rectangular de la silla y la pone sobre la mesa.

Cuando abre la tapa para comprobar el contenido, me muevo a un lado para echar un vistazo y vacilo. Es un rifle de francotirador—. ¿Pensé que ibas a una reunión de negocios?

—Algo de esta reunión no me gusta. —Coge el auricular que le pasa Felix y se lo pone—. Voy a hacer un barrido cuando llegue. Avísame apenas veas llegar a los irlandeses

Cierra la caja con el rifle, la recoge y me mira—. Volveré en un par de horas. —Sonríe, y al momento siguiente se va.

Espero a que se cierre la puerta principal y me siento en la silla junto a Felix.

—¿Cómo es que Petrov deja que Sergei maneje los negocios? Teniendo en cuenta su estado mental.

—Porque incluso el mentalmente inestable Sergei hace un gran trabajo. Y de todos modos, ninguna de las personas con las que se asocian está totalmente cuerda.

—¿Nunca se desconecta mientras está en una reunión?

—No. No en una reunión. Y nunca en el terreno —dice—. Aunque de vez en cuando se pasa de la raya.

—Sí, lo he oído. Casi mata a cuatro hombres de mi padre cuando se reunieron para hablar de la asociación el año pasado.

—Lo recuerdo. Probablemente estaba de buen humor ese día.

—¿Buen humor?

Felix baja sus gafas y me mira fijamente.

—Eran cinco, cuatro guardaespaldas y tu padre. Todos armados. Sergei estaba solo. Intentaron desarmarlo. Fue muy descortés por su parte. Me sorprendió gratamente que no los matara a todos, incluido tu padre.

—¿Cómo logró dominar a los cuatro si todos estaban armados?

—Con una facilidad aterradora. Los hombres de tu padre eran solo unos matones contratados sin entrenamiento real.

Sube sus gafas y vuelve a mirar la pantalla.

—Esto va a llevar un rato. Duerme.

Desde luego, no pienso dormir hasta que vuelva Sergei. Subo las escaleras para ducharme y cambiarme, y vuelvo a sentarme junto a Felix.

Capítulo 13

Sergei

Enciendo el micrófono.

—¿Felix?

—¿Qué, ya no es Albert?

—Albert es el tipo que lava los platos —digo—. Eres Felix cuando realizas la vigilancia.

—Eres divertidísimo. ¿Cuál es la situación?

—Llegan temprano. Veo a cuatro de ellos. Un vehículo.

—Atrapé otro vehículo un poco más abajo, detrás de un contenedor de basura, y a dos tipos de aspecto sospechoso en el callejón lateral de la esquina. Marqué los lugares y envié el mapa a tu teléfono. El pequeño Sam dijo que había visto otro vehículo dando vueltas a la manzana.

—¿Cuántas personas hay dentro? —pregunto.

—No tengo idea. Cristales tintados.

—Bien. Fuera.

Compruebo en mi teléfono los marcadores de localización que ha enviado Felix y luego llamo a Roman.

—¿Dónde estás?

—En casa. Nina no se siente bien. Ha cogido un virus. Estamos esperando al médico.

—¿Qué hay de la reunión con Dushku?

—Envié a Kostya.

—A Dushku no le gusta el chico, lo sabes.

—Sí, bueno, tendrá que arreglárselas. La maldita DEA irrumpió en Ural hace una hora. Están peinando el lugar. Envié a Maxim a ayudar a Pavel. Dimitri e Iván fueron a Baykal por si la DEA decide visitarlo también. No había nadie más disponible.

Qué coincidencia tan inusual. Miro al irlandés. —¿Qué coche ha cogido Kostya?

—El mío. Volvió a estrellar el suyo, hace dos días.

—Necesito que llames a Kostya —digo, observando a los hombres de abajo—. Dile que dé la vuelta y vuelva a la mansión. Ahora mismo. Y dobla la seguridad.

—¿Por qué?

—O'Neil está aquí con tres hombres más, esperándome. Pero Fitzgerald no está. O'Neil nunca hace negocios sin él. También hay otros dos vehículos fuera de la vista, y algunos hombres escondidos en el callejón trasero.

—¿Emboscada?

—Sí. Esta es para mí. Probablemente tiene a alguien siguiendo el vehículo de Kostya, también, pensando que estás tú dentro. Llámalo de inmediato, o lo matarán.

—¡Joder!

La línea se corta. Sigo observando a los hombres. En un momento, O'Neil coge su teléfono y habla brevemente con alguien. Cinco minutos después, mi teléfono vibra.

—Dos vehículos interceptaron a Kostya en el paso subterráneo —Dice Roman—. El vehículo está abandonado allí, con los neumáticos disparados.

Respiro profundamente y aprieto los dientes.

—Llama a Felix. Ya está conectado a las cámaras de tráfico. Necesito saber dónde lo llevaron. Limpiaré todo aquí y volveré a equiparme.

—No vas a ir solo. ¿Me oyes?

—Llama a Felix —ladro, corto la llamada y vuelvo a poner el ojo en el visor.

Primero le doy a O'Neil. Un disparo, justo en el pecho. El hombre a su derecha es el siguiente. Ambos están en el suelo antes que los otros dos se den cuenta de lo que está sucediendo. Los dos últimos corren hacia el vehículo. Mato a uno, pero el último hombre consigue escabullirse fuera de la vista

Me levanto con mi rifle, camino hacia el otro lado del tejado y vuelvo a colocarme en posición, esperando a que el último hombre trate de entrar al coche. Y eso es lo que hace. Cuando está dentro, envío la última bala a través de la ventana abierta, justo a su cabeza. Cuatro muertos. Quedan seis.

Vuelvo a guardar el rifle en el estuche y miro el reloj. Veinte minutos es lo máximo que puedo permitirme estar aquí. Pongo en marcha el temporizador, saco mi arma y vuelvo a entrar en el edificio.

Los dos tipos del callejón lateral son fáciles de despachar, ni siquiera me ven venir, pero los cuatro últimos van a ser más difíciles de tratar porque están sentados dentro de un vehículo cerrado, y probablemente blindado, detrás del contenedor. No hay tiempo suficiente como para molestarse con la pistola. Miro mi reloj. Quedan cinco minutos. Joder. Cruzo la calle hasta mi coche, guardo el rifle en el maletero y saco un pequeño lanzagranadas del compartimento oculto. Luca dice que su precisión es impecable. Suerte que los irlandeses eligieron un lugar desierto para la reunión.

Corro hacia la esquina, apunto y disparo. Unos segundos después, el coche con los irlandeses explota, enviando un magnífico estruendo a la noche.

Angelina

—Los tengo —murmura Felix a mi lado.

Lleva cuarenta minutos revisando las grabaciones de las cámaras de tráfico, buscando el vehículo que salió del paso subterráneo con Kostya dentro. Intenté seguir lo que Felix veía en la pantalla, pero es demasiado rápido. Apenas conseguí vislumbrar los dos todoterrenos negros aquí y allá mientras cambiaba de canal de vídeo.

La puerta principal se abre de golpe y Sergei corre por el salón, dirigiéndose a las escaleras que llevan al sótano.

—¿Los tienes? —grita.

—Sí. Una casa abandonada al sur de la ciudad. Te enviaré la ubicación del GPS.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Sergei va a por Kostya.

—¿Ahora?

—Los irlandeses tratarán de sacarle toda la información que puedan y luego lo matarán. Tiene que ser en la próxima hora más o menos —dice Felix y asiente.

—¿Quién va con él?

—Recogerá a Dimitri por el camino, pero se quedará con el coche. Sergei irá solo.

—¿Qué? —Abro los ojos ante él—. ¡No sabe cuánta gente hay allí! Pueden matarlo.

—No puede haber más de seis o siete personas en esos coches. Probablemente no tengan a nadie en el lugar. Esto no fue planeado. Esperaban a Roman, y lo habrían matado si hubiera estado en ese coche.

—¡Siguen siendo siete contra uno!

—No podemos arriesgarnos a enviar a nadie más, Angelina. Si los irlandeses los ven venir, matarán a Kostya en el acto.

El sonido de unos pasos rápidos llega hasta mí, y Sergei entra corriendo en la cocina un momento después. Lo miro, mis ojos escudriñan el chaleco antibalas sobre una camiseta negra de manga larga, los pantalones tácticos negros con fundas en las piernas conteniendo cuchillos, cargadores adicionales y una pistola, así como dos pistolas más en fundas para el hombro. Parece que va a la guerra.

—¿Estamos bien?

—Sí. —Felix lo mira—. No mueras.

Sergei asiente y se vuelve hacia mí. No dice nada, se limita a observarme durante unos segundos y luego levanta la mano y traza una línea en mi mejilla con su dedo. Abro la boca para decir algo, pero se da la vuelta y se dirige a la puerta principal. Lo único que puedo hacer es mirar su espalda mientras se va.

* * *

—Un hombre en el coche aparcado al final de la calle. Dos junto a la puerta —la voz grave de Sergei llega a través de los auriculares que me dio Felix—. Tres más dentro de la casa. Con Kostya.

—¿Está vivo? —pregunta Felix.

—Sí. Pero está muy maltrecho. Dile a Roman que el médico nos espere en la mansión.

—Doc ya está allí.

—Bien. Voy a entrar.

Durante unos minutos, lo único que puedo oír es la respiración de Sergei. Luego, de repente, hay un sonido asfixiante que dura unos segundos. Agudizo el oído, tratando de captar algo más, pero el único sonido que llega de nuevo es una respiración apenas audible.

Crujidos. Algo golpea el suelo. Un breve silencio, luego alguien empieza a jadear y vuelve a oírse un sonido asfixiante.

Me aferro al borde de la mesa frente a mí, tratando de controlar mi propia respiración errática.

Voces lejanas. Tres disparos en rápida sucesión. Alguien chilla. Gritos. Varios disparos. Sergei maldiciendo. Un ruido sordo. Disparos de nuevo, seguidos de gritos. Pies corriendo. Un solo disparo. Un sonido de algo rompiéndose. Dos disparos más. Luego, el silencio, solo roto por el sonido de una pesada respiración.

—¡Kostya! —La voz de Sergei—. Davay. Poshli[7].

Gruñidos. Algunas maldiciones rusas.

—Lo tengo —dice Sergei por el micrófono——. Dile a Dimitri que traiga el coche por la parte delantera. El chico pesa una tonelada y apenas está consciente.

Suelto un suspiro y cierro los ojos, escuchando a Felix mientras llama a Dimitri, y luego a otra persona. No presto atención a lo que se dice porque estoy absorta en el sonido de la respiración ligeramente agitada de Sergei. ¿Está bien? No parece estar bien. ¿Le han disparado? Miro a Felix, que sigue al teléfono, pero no parece preocupado.

Desactivo el altavoz de mis auriculares.

—¿Sergei? ¿Estás bien? —pregunto.

No dice nada. Se oye el sonido de un coche acercándose, y luego, el chirrido de neumáticos.

—¿Sergei? —Lo intento de nuevo.

Tras unos instantes de silencio, recibo una respuesta seca:

—Estoy bien. Dimitri está aquí, tengo que irme.

Oigo cómo se abre la puerta del coche, un crujido y unas cuantas maldiciones más, y luego la puerta se cierra de golpe. La señal de audio se desconecta.

[7] Davay Poshli: Vamos, vamos en ruso.

Sergei

Treinta minutos antes

Hay una especie de cobertizo a cien metros de la casa donde tienen a Kostya. Preferiría algo más cercano, por si tengo que sacar al niño a toda prisa, pero servirá. Tras aparcar el coche detrás del cobertizo, saco el gorro negro del bolsillo y me lo pongo. Ir a una misión nocturna con el cabello tan claro como el mío descubierto, es solo pedir una bala en la cabeza.

—Voy contigo —dice Dimitri desde el asiento del copiloto y saca su pistola.

—Si te atreves a salir de este coche —digo mientras me pongo los guantes—, te voy a noquear y te voy a meter en el maletero.

—Maldita sea, Sergei.

Levanto la vista y lo miro a los ojos.

—Quédate. Aquí.

Dimitri me mira fijamente y luego arroja el arma sobre el tablero. Bien.

Tras dejar el coche, atravieso la amplia parcela de césped hasta el patio trasero. Tardo más de lo que me gustaría en llegar a la valla porque tengo que asegurarme de no pisar los trastos esparcidos por el suelo y alertar a los irlandeses. Hago un amplio círculo alrededor de la casa y el patio para ver dónde se encuentran los hombres, y luego me acerco para echar un vistazo a la habitación donde tienen a Kostya.

Hay tres matones dentro con Kostya. Lo tienen atado a una silla en una esquina. Dos de los tipos están de pie a un lado, y el tercero está reorganizando los órganos internos de Kostya con sus puños. El lado de la cara de Kostya está hinchado y ensangrentado, y uno de sus brazos cuelga en un ángulo antinatural. El chico tiene un aspecto horrible.

Vuelvo sobre mis pasos hasta la parte delantera de la casa, me agacho detrás de un arbusto y pongo a Felix al corriente de la situación en el lugar. Una vez hecho esto, me dirijo a la puerta principal, abrazando el lateral de la casa para no ser visto, concentrándome en el hombre que está dentro del coche aparcado. El tipo está tan absorto en la película porno en su teléfono que ni siquiera se da cuenta que me deslizo en el asiento trasero y rodeo su cuello con mi brazo. Estoy seguro que el tipo está muerto, pero le rompo el cuello antes de salir del coche. Más vale prevenir que curar.

Manteniéndome en las sombras, me acerco y me arrastro por la pared hacia los dos tipos de la puerta principal. Están fumando y charlando, y sus armas están aseguradas dentro de las fundas como si no tuvieran ninguna preocupación en el mundo. Uno de ellos está de espaldas a mí, así que me centro en el otro y saco uno de mis cuchillos arrojadizos. Puede que no sean una buena opción si quieres despachar a alguien, pero desde luego son una gran distracción. Después de medir la distancia, lanzo el cuchillo, haciéndolo volar. Encuentra su objetivo, golpeando al tipo en el centro de su cuello.

Tardo exactamente tres segundos en alcanzarlos. Usando mi cuchillo de caza, mato primero al tipo que está de espaldas a mí. El idiota está tan concentrado en la hoja que sobresale del cuello de su amigo que ni siquiera ha alcanzado su arma. Dejando caer el cuerpo, doy un tajo en el cuello del otro hombre, rematando el trabajo.

Ahora, la parte más difícil.

Si la situación fuera diferente, habría eliminado a los seis irlandeses, uno por uno, con mi rifle de francotirador, pero el que la vida de Kostya esté en juego cambia las cosas. No puedo permitirme alertar a ninguno de ellos de mi presencia, o matarán al chico antes que llegue a él. Es o sigilo o armas de fuego. Los tres últimos tipos están en la habitación con Kostya, así que no hay forma de colarse y neutralizarlos individualmente. Tendré que irrumpir y matarlos a todos de un solo golpe.

Saco mi arma, entro en la casa y atravieso el estrecho pasillo. La puerta del fondo está entreabierta, las voces de los captores me llegan cuando me acerco. Cuando llego a ella, levanto mi arma y pateo la puerta. Mando tres balas al primer hombre que veo, y luego me dirijo al que está apuntando con su arma a Kostya. Disparo, apuntando a su cabeza. El imbécil se mueve justo en ese momento y mi bala da en la pared. Disparo dos veces más, dando en el blanco, pero jadeo y tropiezo al recibir un impacto en el pecho. Probablemente era un calibre bajo, así que consigo recuperarme una fracción de segundo después. Tomo aire, ignoro el dolor y disparo al único tipo que queda. Mi bala da en el centro de su cabeza, y su cuerpo cae hacia atrás, estrellándose contra una mesa de café.

Entro en la habitación, meto una bala en la cabeza de cada cuerpo sin vida por si acaso, y luego me precipito hacia Kostya y corto sus ataduras.

—¡Kostya! —paso mi brazo por su espalda—. Davay. Poshli.

Incluso semiinconsciente, consigue ponerse en pie, gruñendo en el proceso. Me paso su brazo bueno por el cuello y empiezo a arrastrarlo.

Estamos en la entrada de la casa, esperando a Dimitri, cuando escucho la voz en mi auricular y se me hiela la sangre.

—¿Sergei? ¿Estás bien?

Cierro los ojos, queriendo golpear algo. Ella ha estado escuchando todo el tiempo.

Angelina

Sergei llega una hora más tarde. Apenas veo abrirse la puerta principal, me levanto de un salto del sofá donde he estado esperando. En lugar de acercarse, se limita a mirar en mi dirección y se dirige a las escaleras. Me quedo de pie en medio del salón, mirando su forma de retirarse, preguntándome qué demonios está pasando. Entonces tomo una decisión. Si quiere quedarse solo, tendrá que ser en otro momento, porque necesito saber que está bien.

Llego al final de la escalera justo a tiempo para verlo entrar en su habitación. Cuando llego al interior, no se le ve por ninguna parte, pero el agua está corriendo en el baño.

—¿Sergei? —Llamo, y al no recibir respuesta, me acerco y abro la puerta.

Sergei está de pie frente al lavabo, su cabeza agachada y sus manos agarrando el borde de la encimera con tanta fuerza que sus nudillos se han vuelto blancos.

—Felix no debería haberte dejado escuchar el audio —dice sin levantar la cabeza.

Avanzo un par de pasos y pongo mi mano sobre la suya.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta la idea que escuches mientras estoy matando gente, Angelina.

Sigue sin mirarme. En cambio, se concentra en el lavabo, con su mandíbula apretada. Cierro el grifo y, apoyo mi mano en su mejilla, girando lentamente su cabeza hacia mí.

—Oír o ver cómo matan a la gente no es nada nuevo para mí, Sergei. —Rozo con el dorso de la mano el costado de su cara—. Estás cubierto de sangre.

—No es mía.

—Bien. —Asiento y empiezo a desatar su chaleco.

Cuando se pasa el chaleco por la cabeza, un siseo se le escapa de la boca.

—Mierda —murmura, agarra su camisa y se la quita, revelando una marca roja de aspecto diabólico situada entre las líneas negras de sus tatuajes.

—¡Sergei! —jadeo y me inclino para inspeccionarla—. ¿Esto es de un disparo?

—Es solo un moretón. El chaleco detuvo la bala.

Extiendo la mano y rozo ligeramente la piel herida con la punta del dedo. Podría haber muerto. ¿Cómo pudieron dejarlo entrar ahí solo?

Toca suavemente mi barbilla cuando la sostiene entre sus dedos inclinando mi rostro hacia arriba.

—Es solo un traumatismo en el tejido blando. Es algo que ocurre.

Lo dice como si el hecho de recibir un disparo no fuera gran cosa. ¿Y si no hubiera llevado el chaleco antibalas? ¿Y si hubiera sido una bala capaz de atravesar el chaleco? Miro sus ojos, que me observan, sujeto su rostro entre mis manos y presiono mis labios contra los suyos. No responde durante uno o dos segundos, pero entonces me abraza por la cintura, presionándome contra él mientras sus labios comienzan a atacar los míos.

El brazo que me rodea por la cintura se tensa y me levanta sobre la encimera junto al lavabo. Los labios de Sergei desaparecen de los míos, y yo abro los ojos para encontrarlo mirándome con la cabeza ladeada.

—¿Sabes en lo que te estás metiendo, Angelina? —pregunta, y observo con los ojos muy abiertos cómo se lleva la mano al cuchillo que lleva atado al muslo.

Sigo la enorme hoja mientras la mueve hacia mi pecho y coloca la punta ligeramente curvada bajo el primer botón de mi camisa. Hay unas cuantas manchas oscuras en su elegante superficie metálica, aparentemente de sangre seca. ¿Está intentando asustarme?

—Sí. —Inclinando mi cabeza hacia arriba, miro directamente a sus ojos claros. Puedo parecer tímida, pero no me asusto fácilmente. La gente que está dispuesta a matar para proteger no me asusta. Solo me asustan los que hacen daño a otros simplemente para disfrutar de su dolor.

Alargo la mano y envuelvo la mano que sostiene el cuchillo. El botón sale volando y cae al suelo.

Mueve la hoja más abajo, enganchando la punta bajo el siguiente objetivo—. ¿Estás segura de eso?

Asiento y el segundo botón cae al suelo. El tercero le sigue poco después, y me siento, inmóvil, mientras él sigue cortándolos hasta que todos desaparecen. Respirando hondo, me quito la camisa y la dejo caer. Los labios de Sergei se curvan hacia arriba, e inspiro cuando la fría hoja me presiona ligeramente en el centro del pecho.

—Me gusta este sujetador —exhalo.

—A mí también —dice, enganchando el dedo bajo la tela que sujeta las copas, y mueve la punta del cuchillo hacia arriba—. Pero lo prefiero fuera.

Corta el fino trozo de tela, y mi coño se aprieta, empapando mis bragas.

Sin apartar los ojos de los suyos, me deshago del trozo de encaje estropeado, dejándolo caer hasta unirse a mi camisa, y me inclino hacia atrás. Sergei deja caer el cuchillo en el lavabo, luego desliza sus dedos en la cintura de mis vaqueros, e inclina la cabeza hasta tener su cara justo delante de la mía.

—No habrá vuelta atrás después de esto, nena —dice.

Sí, supongo que no habrá. Apoyándome con las manos en la encimera, levanto el culo mientras él me baja los pantalones por las piernas. Esperaba que me quitara las bragas, pero en lugar de eso, vuelve a coger el cuchillo y lo coloca entre mis piernas, presionando el lado plano de la hoja sobre mis bragas. Jadeo. El lado de su boca se curva hacia arriba, y gimo al sentir que el líquido acumulado entre mis piernas. Salvo por la presión de la hoja sobre mi cuerpo, apenas me ha tocado, y ya estoy al borde del orgasmo.

Mueve el cuchillo hacia arriba y hacia un lado hasta llegar a mi cadera, engancha la punta bajo la tira y la corta.

—¿Disfrutas arruinando mi ropa interior?

—Inmensamente. —Sonríe y repite la acción en el otro lado. El último trozo de tela que me cubre cae, dejándome completamente desnuda, expuesta bajo la brillante luz fluorescente para él. Si fuera cualquier otro hombre, estaría nerviosa. Pero no con Sergei. Ya me ha visto en mi peor momento, así que no siento la necesidad de esconderme de él.

Manteniendo sus ojos pegados a los míos, empieza a desatar las fundas de sus muslos, dejando que las armas caigan al suelo una tras otra. Una pistola. Varios cargadores extra. Otra navaja. Finalmente, se quita los pantalones y los calzoncillos y se queda desnudo ante mí. Mientras observo todo ese músculo duro y apretado, crudo e impecablemente definido, me doy cuenta. Su cuerpo es hermoso, pero no es solo un espectáculo. Al igual que las pistolas y los cuchillos que ha desechado, el cuerpo de Sergei es un arma, perfeccionada y capaz de acabar con la vida de una persona con el mínimo esfuerzo, como he presenciado esta noche.

Se acerca y atrae mi nuca con su mano izquierda, deslizando la derecha por mi columna y tirando de mí hasta que la punta de su dura polla presiona mi centro. Debería preocuparme por el hecho que acaba de poner fin a varias vidas con las mismas manos que me sostienen ahora. Hay salpicaduras de sangre seca por todos sus brazos y su rostro. Pero no lo hago. En lugar de eso, rodeo su cintura con mis piernas y me deleito con la sensación de su polla

deslizándose dentro de mí. Es demasiado grande y jadeo cuando mis paredes se tensan para adaptarse a su tamaño. Todavía estoy un poco dolorida de antes, pero no me importa. Ninguno de los dos se mueve durante unos instantes, mientras nos miramos fijamente a los ojos.

Hasta esta noche, no había entendido bien quién es Sergei Belov. Escuché como mataba a seis hombres armados, rápida y eficientemente, sin vacilar. Ahora, lo sé. Me estoy enamorando de un asesino a sangre fría.

Sergei

Hipnotizado. Siento que mi polla va a explotar, pero no me muevo. Los ojos de Angelina, sin pestañear, que miran directamente a los míos, me tienen totalmente hipnotizado. No hay miedo en ellos. No hay reticencia. La gente rara vez me mira a los ojos. Si lo hacen, la mayoría gira rápidamente la cabeza, como si tuvieran miedo de lo que pueden ver si miran demasiado atentamente. Su mano se posa en mi hombro, las uñas me atraviesan la piel cuando aprieta y, al mismo tiempo, aprieta sus piernas alrededor de mi cintura y me acerca aún más.

Dejo que mis dedos recorran su espalda y agarro un puñado de su cabello, inclinando su cabeza hacia arriba. Se estremece, se muerde el labio inferior y cierra los ojos.

Me salgo de ella, casi por completo, tirando ligeramente de su cabello—. Ojos en mí, nena.

Necesito que me mire. En el momento en que abre los ojos, la penetro con todas mis fuerzas. Angelina gime, agarrándose a mis hombros, mientras me entierro en ella hasta el fondo.

—Más rápido —murmura.

—No. —Sonrío y me deslizo hacia fuera, para volver a empujar dentro, esta vez más despacio. El sonido de sus jadeos es música para mis oídos. La expresión de su cara no tiene precio, algo entre euforia y frustración. Suelto su cabello y sujeto su barbilla, sin dejar de entrar y salir tan lentamente como puedo, y devoro sus labios. Sabe a miel y a pecado, y mi control desaparece. Agarro su culo con la mano izquierda y me abalanzo sobre ella, juntando nuestras bocas mientras nuestras respiraciones se mezclan. Las manos de Angelina se enredan en la parte superior de mis brazos, apretando como si su

vida dependiera de ello, y la penetro una y otra vez. Ella gime y cierra los ojos. No.

—Ojos, Angelina —ladro y sujeto su barbilla de nuevo—. Necesito que me mires.

Sus manos suben hasta posarse a ambos lados de mi cara, y me mira como siempre lo hace, como si me viera a mí, no a alguien a quien envían cuando hay que destruir cosas o eliminar gente. No el hombre desquiciado que todo el mundo teme que pueda matarlos si lo miran de forma equivocada. Solo... a mí.

—Me quedo contigo, lisichka —digo contra sus labios y vuelvo a clavarme en ella—. Eres mía.

Angelina gime mientras los temblores sacuden su cuerpo, y sigo golpeando dentro de ella hasta que encuentro mi propia liberación. Ni por un segundo, aparta sus ojos de los míos.

Angelina

—Necesito una ducha —dice Sergei contra mi boca, luego se muerde el labio—. Tengo sangre por todas partes.

Suspiro, todavía bajando del subidón.

—¿Te importaría tener compañía?

—No.

Sus manos se posan en mis brazos y se deslizan hacia abajo, luego se mueven hacia mi cintura. Me baja de la encimera y entrelaza sus dedos con los míos. Sus ojos están entornados por la persistente excitación mientras su agarre en mi mano sigue siendo firme. Me lleva a la ducha y gira el grifo. El agua cae en cascada sobre él, con regueros recorriendo su rostro y su cuerpo, lavando la sangre. El agua a sus pies es de color rosa, y me quedo hipnotizada mientras se arremolina antes de desaparecer por el desagüe. Cuando levanto la vista, los ojos de Sergei me miran. Espera. Doy un paso adelante y me uno a él bajo el agua, mis pies junto a los suyos en una combinación de sangre y agua.

Levanta una ceja.

—Podrías haber esperado a que la sangre desapareciera.

—Podría haberlo hecho —digo mirándolo a los ojos.

—¿No te molesta?

—¿Bañarse en la sangre de sus enemigos? —Miro el agua alrededor de mis pies. Todavía tiene un tinte rosa pálido—. No, no especialmente.

Alarga la mano y mueve unos mechones de cabello que están pegados a mis mejillas.

—Eres una raza extraña.

—No lo soy —digo y cojo el gel de baño—. Probablemente soy la persona más aburrida que conozco.

Veo cómo sujeta mi barbilla entre sus dedos e me inclina mi cabeza hacia arriba.

—Eres lo más alejado del aburrimiento, nena.

—Tu hermano dijo que parezco una bibliotecaria.

—No tengo idea de cómo se supone que debe ser una bibliotecaria, pero si es así... —Su mano libre se posa en mi hombro y desciende por mi pecho, apretándolo, luego por mi estómago y finalmente se detiene entre mis piernas—. Entonces, las bibliotecarias son unas cositas alucinantemente sexys.

Agacha la cabeza y presiona sus labios contra los míos mientras su mano rodea mi trasero.

—Con los culitos más dulces y respingones —dice en mi boca, dando unas ligeras palmadas en mi trasero.

—Si tú lo dices. —Sonrío y grito cuando me muerde el labio.

—Sí.

Sonrío y extiendo un poco de jabón en mi mano.

Sergei gime.

De fresa no.

Miro mi mano y veo que he cogido uno de los mías. Sonriendo tortuosamente, aprieto un poco más. Mientras le lavo el pecho, con delicadeza en el lugar donde le impactó la bala, observo de cerca los tatuajes que cubren su piel. La mayoría son escenas macabras, realizadas con gran detalle. Sin embargo, aquí y allá, entre numerosas calaveras, criaturas mitológicas y atisbos de paisajes apocalípticos, hay palabras escritas en ruso.

Trazo mi dedo a lo largo de la cola de una serpiente alada en su esternón y la sigo hasta su hombro. Sergei se da la vuelta, dándome la espalda, y yo continúo a lo largo del cuerpo de la criatura que termina sobre su omóplato en una gigantesca cabeza de mandíbulas abiertas. Solo observo una cicatriz en la parte delantera del cuerpo de Sergei, una corta línea horizontal a un

lado del cuello, pero hay varias en su espalda. Una marca redonda cerca de la cabeza de la serpiente en su hombro, y otra más en su cadera. Rozo cada una de ellas con los dedos, luego me inclino hacia delante y le doy un beso en la parte superior del brazo. Se produce una aguda inhalación y, al momento siguiente, estoy pegada a la pared con la boca de Sergei devorando la mía y su dura polla palpitando contra mi estómago.

—Eso no ha tardado mucho. —Le paso la mano por la longitud de su cuerpo—. ¿Estamos tratando de romper algún récord? Porque no estoy segura de poder mantener este ritmo.

—No te preocupes. La resistencia viene con la práctica. —Cierra el grifo, coge una toalla de la estantería y me la coloca alrededor de los hombros. Después de envolverme, me levanta en brazos y me saca del baño para llevarme a la cama.

—Esto me resulta familiar —digo y entierro mi cara en el pliegue de su cuello—. Pero esta vez hueles diferente.

—¿Y de quién es la culpa?

Sonriendo, lamo el cuello y muerdo ligeramente la piel.

—No me estaba quejando.

Acostándome en la cama, se sube encima de mí.

—Ahora me toca saborear a mí.

En lugar de inclinarse para saborear mi cuello como esperaba, desciende por mi cuerpo, me coge las piernas y las coloca sobre sus hombros, y veo cómo baja la cabeza y lame mi coño.

—Perfecto —murmura, y luego lame un par de veces más, haciéndome jadear. Succiona mi clítoris y los temblores se apoderan de mi cuerpo. Quiero que siga, pero al mismo tiempo siento que voy a implosionar si no vuelve a entrar en mí. Cuando añade un dedo, jadeo y agarro su cabello, mientras mi núcleo se estremece. Sergei retira su boca de mi coño, y gimo de frustración, pero al instante siguiente, su polla me llena por completo. El peso de su cuerpo se acomoda encima de mí y su corazón late contra el mío. Me rodea con un brazo y me acaricia la mejilla con la otra. Jadeo, sosteniendo su mirada mientras me penetra.

Mi coño está en carne viva, pero no me importa. Cada embestida, cada dolor, cada vez que su polla estira mis paredes se siente como una prueba de vida. Tuve tanto miedo por él esta noche. Nunca olvidaré esos veinte minutos. Estoy tan harta de ver morir a todos los que me importan.

Con una mano aferrada a él con todas mis fuerzas, subo la otra para cubrir la suya en mi mejilla. Mis ojos se estremecen. Está aquí. Está vivo. Sergei me embiste de nuevo, enterrando su polla hasta la empuñadura. Sus latidos se aceleran. Otro empujón. Vivo. Vivo. Vivo.

Capítulo 14

Angelina

—¿Sergei?

Sus ojos se abren al mismo tiempo que su mano se dispara y rodea mi garganta. Jadeo, agarro su muñeca con las dos manos y tiro, pero no consigo nada.

—¡Dasha! —se burla Sergei, su rostro es una imagen de odio.

No hay tiempo para pensar en quién es Dasha, porque incluso con la escasa luz, puedo ver que sus ojos están vacíos. Respiro y obligo a mi cuerpo a quedarse quieto. No me hace daño, pero mentiría si dijera que tener su enorme mano alrededor de mi cuello no es ligeramente alarmante.

—Sergei, soy yo. Soy Angelina —digo con voz tranquila.

Suelto su muñeca, vuelvo a poner la palma de la mano en su mejilla y, muy lentamente, empiezo a mover la mano hacia el centro de su cara.

—Sergei. Por favor, vuelve, grandullón. —Paso un dedo por su nariz—. Me fascina tu nariz, ¿lo sabías?

Parpadea.

—Eso está bien —digo, y vuelvo a deslizar la punta de mi dedo por su nariz—. Vuelve, Sergei.

—¿Lisichka? —susurra.

—Sí. Tu secuestradora de camas.

Observo cómo respira profundamente, traslada su mirada a la mano que sigue sujetando mi cuello y se tensa.

—Jesús, joder. —Suelta mi cuello como si se hubiera quemado y salta de la cama. Se tambalea hacia atrás hasta chocar con la pared, y luego se desliza hasta el suelo, mirándome todo el tiempo.

—Me quedé dormido. —Por la forma en que lo dice, parece que es lo más atroz que pudo haber hecho—. No puedo creer que me haya quedado dormido a tu lado.

—Sergei ...

—Podría haberte matado. —Entierra sus manos en su cabello, cierra los ojos y se golpea la nuca contra la pared—. Lo siento mucho, nena.

Me envuelvo en la manta, salgo de la cama y me arrodillo en el suelo frente a él.

—¡No! —Acaricio su rostro con mis manos—. Es culpa mía. Felix me advirtió que no te tocara cuando estuvieras dormido. Lo olvidé.

—No es tu culpa que yo esté jodido —dice—. Te voy a llevar a un hotel hoy. No estás segura conmigo cerca.

—No voy a ir a un hotel.

—Bien. Entonces, me iré yo.

Aprieto los labios.

—Tú tampoco vas a ir a ninguna parte.

—Angelina...

—No. Los dos nos quedamos aquí. Y encontraremos una manera de solucionar esto.

Levanta la cabeza y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Estás loca? Casi te ahogo, por el amor de Dios.

—Solo me estabas alejando de ti. La próxima vez, esperaré a que estés despierto antes de tocarte.

—No habrá una próxima vez, Angelina. No voy a cometer el mismo error y ponerte en peligro nunca más.

—Te desperté en medio de una pesadilla, Sergei. Pensaste que era una amenaza. Y aun así, no me hiciste daño.

—Podría haberlo hecho. —Sacude la cabeza—. Tienes que alejarte de mí.

Me inclino hacia delante hasta que mi nariz toca la suya.

—No pasa nada. Volvamos a la cama.

—No. Me voy a la otra habitación. No hay manera que pueda dormir después de lo que pasó, por si acaso.

—Bien. —Asiento—. Me llevo la almohada y me voy contigo. Y para que lo sepas, odio dormir en el suelo. Una vez me fui de campamento cuando estaba en tercer grado. Una de las peores experiencias de mi vida, y esa es una lista muy concurrida.

—No vas a dormir en el suelo, Angelina.

—La cama será, entonces. Me alegro que estemos de acuerdo. —Tomo su mano y me levanto—. Ven. Por favor.

Deja que lo levante y me sigue con desgana por la habitación. Me meto en la cama, me muevo para hacerle sitio y doy una palmadita a la almohada junto a mi cabeza. Sergei me observa, con el rostro sombrío, y luego se sienta en la cama de espaldas a mí e inclina la cabeza, mirando el suelo entre sus pies. Es evidente que no piensa acostarse. Me muevo para sentarme detrás de él con las piernas a ambos lados de sus caderas, rodeando su pecho con los brazos. Apoyando la mano izquierda sobre su corazón, pongo mi mejilla en su espalda.

Sergei respira profundamente y cubre mi mano con la suya.

—Estoy jodido, Angelina. Muy jodido.

—Está bien. Me gustas tal y como eres. —Cierro los ojos y acaricio su espalda con la nariz.

—¿Quién es Dasha?

Su cuerpo se queda quieto, pero los latidos del corazón bajo mi mano se aceleran. Durante mucho tiempo, no dice nada. No mueve ni un músculo, y estoy segura que mi pregunta quedará sin respuesta.

Pero entonces, empieza a hablar.

—Dasha era mi esposa —susurra, y mis ojos se abren de golpe.

—Nos conocimos por accidente —continúa—, o eso es lo que yo creí en ese momento. Hace seis años. Ella era unos años mayor que yo, camarera en una cafetería que frecuentaba. Tímida. Un poco insegura de sí misma. Era rusa. Vino con un visado de trabajo, intentando conseguir sus papeles. —Se burla—. Era joven. Estúpido. Me creí la farsa. Y, me gustaba ella. Felix comprobó sus antecedentes, por supuesto. Parecía sólido. Cuando le dije que me casaría con ella para que pudiera obtener su tarjeta de residencia, se puso furioso. Al menos al principio, pero luego dijo que podría ser bueno para mí tener a alguien. Entonces no me encontraba en un buen momento.

—Entonces, ¿te casaste con ella?

—Sí. Se mudó conmigo. Fue agradable durante los primeros meses. —Me aprieta los dedos—. Luego, comenzó a preguntarme por el trabajo. Pequeñas cosas, al principio. Dónde estaba. Qué hacía exactamente. Le dije que trabajaba para el gobierno y que no podía compartir ninguna información relacionada con el trabajo. Empezó a presionar más y más, y se frustró cuando no dije nada.

Respira profundamente.

—Una noche, llegué a casa después de una larga misión. Estaba cansado y sin dormir. Llevábamos seis meses juntos en ese momento, pero había dejado de dormir en nuestra cama dos semanas antes, y pensaba pedirle que se mudara. Me quedé dormido en el sofá. Algo me despertó después. No fue un ruido ni nada similar. Dasha estaba demasiado bien entrenada para dejarse notar. Tal vez fue por instinto. En un segundo, estaba profundamente dormido, y al siguiente, mis ojos se abrieron bruscamente para encontrarla cerniéndose sobre mí con uno de mis cuchillos en la garganta.

Levanta la mano y la coloca en el lado derecho del cuello, sobre la cicatriz horizontal que noté mientras nos duchábamos.

—Dudé solo un momento, lo suficiente para que ella empezara a rebanar mi piel, en ese momento mi entrenamiento entró en acción. La agarré y le rompí el cuello. —Sacude la cabeza—. A la mañana siguiente, Felix movió algunos hilos y consiguió buscar sus huellas en la base de datos internacional. Era una agente del gobierno ruso. Encontramos una cuenta de correo electrónico secreta en su teléfono donde recibía sus órdenes. El último hilo de comunicación la mostraba informando que yo no quería hablar y pidiendo permiso para retirarse. La respuesta decía que me matara para no descubrir su tapadera.

Querido Dios—. ¿La amaste?

—No lo sé. Tal vez. —Mira hacia la puerta. No me ha mirado ni una sola vez desde que empezó a hablarme de su mujer—. ¿Entiendes lo que podría haber pasado antes?

Le beso la espalda.

—Sí.

—Bien.

Asiente y empieza a levantarse, pero aprieto mis brazos y cierro las piernas en torno a él—. No significa que vayas a la otra habitación.

—Cariño...

—Te vas a quedar —beso su hombro izquierdo—, aquí —otro beso en su brazo—, conmigo.

Dejo que mis manos se desplacen hacia arriba, enganchándolo por debajo de los brazos, y luego desplazo todo mi peso hacia un lado. Él se inclina conmigo hasta que ambos estamos tumbados en la cama.

—Tus demonios no me asustan —susurro en su oído—. Te olvidas que me he criado en la guarida de una hiena, Sergei. Puede que sea culta. Mi padre se aseguró que recibiera la mejor educación, pero aun así pasé la mayor parte de mi vida rodeada de hombres malvados o locos.

Tomo su mano y coloco su palma en el costado de mi muslo, sobre la cicatriz por la que una vez me preguntó.

—No me caí de un árbol. Me secuestraron cuando tenía siete años. Una bala me alcanzó cuando uno de los hombres de mi padre me sacaba de un cobertizo donde mi secuestrador me retenía para pedir un rescate.

Aspira y le doy un beso en la nuca. Luego, levanto la mano derecha y extiendo los dedos frente a su cara para mostrarle la larga cicatriz descolorida que cruza mi palma—. Uno de los hombres del complejo intentó violarme cuando tenía trece años. Me corté la mano cuando intentaba quitarle el cuchillo.

—¿Lo hizo? —pregunta Sergei, su voz apenas audible—. ¿Te violó?

—No. Estaba demasiado borracho. Cogí su arma, que dejó en la mesita de noche, y le disparé en su asqueroso pene. Gritó como un cerdo siendo sacrificado.

Sergei se da la vuelta para quedar frente a mí, y entierra su mano en mi cabello, con el asombro evidente en sus ojos.

—¿Sabes disparar un arma?

Me río.

—Todo el mundo en el complejo sabe cómo usar un arma.

—Está usted llena de sorpresas, señorita Sandoval.

—Es supervivencia, supongo. —Me encojo de hombros—. Hasta mi Nana sabe disparar.

Sonrío, pero me entristece. Me duele pensar en ella, preguntarme si sigue viva—. ¿Puedes recordarle a tu Pakhan su promesa?

—¿Qué promesa?

—Dijo que trataría de conseguir información sobre ella. No estoy seguro si Diego la hirió cuando descubrió que me ayudó a escapar.

—Lo haré, cariño. —Se inclina hacia delante y me da un beso en la frente—. Vuelve a dormir.

—¿Te quedarás?

Siento que su pecho se levanta bajo mi mano mientras respira profundamente.

—Me quedaré.

Sonriendo, entierro la cara en su cuello e, inhalando su aroma salvaje, familiar y reconfortante, cierro los ojos y me deleito con la sensación de sus brazos envolviéndome, y su aliento en mi cabello. Tiene miedo de hacerme daño sin querer, pero lo cierto es que no recuerdo la última vez que me sentí tan protegida como con el abrazo de Sergei.

—No te atrevas a dejar esta cama —murmuro y me dejo llevar por el sueño.

Sergei

Espero a que Angelina se duerma, me levanto, me dirijo al armario para ponerme algo de ropa y rebusco en los cajones hasta encontrar mi alijo de cigarrillos. Tomando el paquete medio lleno y recogiendo mi teléfono por el camino, salgo de la habitación y llamo con un silbido a Mimi, que sube corriendo las escaleras un par de segundos después. Señalo la puerta de la habitación y le doy la orden de vigilar, luego bajo las escaleras y salgo. Pesco el cenicero escondido bajo el primer escalón, tomo asiento en el porche y llamo a Roman.

—¿Cómo está el chico? —pregunto.

—¡Cristo, Sergei! —susurra—grita al teléfono—. Son las cinco de la mañana.

Se escuchan algunos ruidos, probablemente él dirigiéndose a otra habitación, y luego una puerta, cerrándose—. Se pondrá bien. Olga y Valentina han estado ocupadas siendo sus niñeras toda la noche.

—¿Saben que se ha acostado con las dos?

—Bueno, a tenor de la escena a la que me enfrenté cuando fui a verle antes, lo cierto es que sí. Lo encontré tumbado en la cama, con Valentina a su derecha y Olga a su izquierda. Los tres estaban acurrucados.

—Bien.

—Sabes, a veces me pregunto si hay alguien que no esté loco bajo este techo. —Resopla—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. —Enciendo un cigarrillo y doy una gran calada—. ¿Qué vamos a hacer con los irlandeses?

—Hice que Yuri y Dimitri quemaran ese bar suyo. Y, envié un mensaje a Patrick, ya que asumo que es él quien se hará cargo ahora.

—¿Oh? ¿Cuál era el mensaje?

—Tienen dos días para abandonar Chicago. Todos los que se queden acabarán muertos.

—¿Crees que lo hará?

—Fitzgerald es un cobarde. Se irán.

—Bien. —Apoyo mi espalda en la barandilla y doy otra calada—. ¿Roman?

—¿Si?

—Gracias —digo—. Por aguantarme.

Hay unos instantes de silencio desde el otro lado antes que responda.

—No tienes que agradecerme nada, Sergei. Eres bueno en lo que haces para la Bratva.

—Sí. Cuando no vuelo cosas o mato a gente que no debería. —Resoplo.

—Bueno, ahí está eso. —Bosteza—. Varya siempre pone demasiada sal en la sopa. Kostya destroza coches todos los meses. Supongo que nadie es perfecto.

Me echo a reír. Deja que Roman haga un paralelismo entre mi caso y la cocina de Varya—. Llámame mañana para contarme cómo te fue con los irlandeses.

Corto la llamada y dejo caer la cabeza sobre el poste que tengo detrás, cerrando los ojos. Esperaba que llamar a Roman me distrajera de lo sucedido antes con Angelina. No lo hizo. Y no tengo idea qué hacer con ella. Aunque sé que sería lo mejor, el mero hecho de pensar en mandarla lejos, hace que quiera montar en cólera.

—¿Sergei?

Abro los ojos y encuentro a Angelina de pie en la puerta principal, envuelta en una manta, y observándome con preocupación. Tiene los pies descalzos, el cabello enmarañado y en todas direcciones, y tiene marcas del sueño en la mejilla izquierda. Mimi está a dos metros detrás de ella, pero cuando se da cuenta de mi presencia, ladra y se da la vuelta, probablemente dirigiéndose a la sala de estar para dormir.

—Te vas a resfriar —digo yo.

Angelina se encoge de hombros, cubre la distancia que nos separa en unos pasos rápidos y se sienta entre mis piernas, apoyándose en mi pecho.

—Es un hábito horrible. —Señala con la cabeza mi mano que sostiene un cigarrillo.

—¿Te molesta?

—No. Solo lo digo.

Apago el cigarrillo y alejo el cenicero.

—¿Está todo bien?

—Sí. —La rodeo con mis brazos y entierro mi nariz en su cabello, inhalando su aroma floral—. ¿Y tú?

—Echo de menos a mi padre —susurra, mirando el cielo del amanecer—. Es extraño. Nunca pasamos mucho tiempo juntos, especialmente en los últimos dos años. Solo iba a México durante las vacaciones de verano, y normalmente era solo por una o dos semanas. Traté de alejarme de esa locura lo más posible. Aun así, lo echo de menos.

—¿No estabais unidos?

—No diría que no estábamos unidos. —Se encoge de hombros—. No nos veíamos a menudo, pero me llamaba todos los domingos por la noche como un reloj. Estaba muy orgulloso que fuera a la universidad. Nadie en mi familia tenía estudios superiores.

—¿Fue tu padre quien insistió en que te mudaras a Estados Unidos?

—Sí. Su principal objetivo era alejarme del cártel, y no quería que volviera a México cada verano, pero necesitaba verlos a él y a mi Nana al menos una vez al año. Eran mi única familia.

Muevo la cabeza hacia el lado de su cuello y la acaricio con la nariz, amando la forma en que se inclina para darme más acceso—. ¿Y tu madre?

—Murió cuando yo era pequeña. Cáncer. Ni siquiera la recuerdo. Siempre fueron solo mi papá y Nana Guadalupe.

—La sacaremos —digo y aprieto mi brazo alrededor de su cintura—. Te lo prometo.

Angelina exhala y apoya su cabeza en mi hombro. No creo que me crea, pero me juro a mí mismo que traeré a su Nana aquí, sin importar las consecuencias.

—¿Sergei? —susurra—. ¿A dónde vas cuando te desconectas?

Me quedo quieto un momento, sorprendido por su pregunta, y luego apoyo la barbilla en su hombro y miro el horizonte.

—No sé cómo explicarlo —digo—. Es como si estuviera aquí, pero solo parcialmente. Puedo oír y ver lo que ocurre a mi alrededor, pero no puedo

controlar mis acciones. Deberías alejarte de mí cuando estoy en ese estado. No quiero hacerte daño, ni siquiera sin querer.

Angelina se gira para mirarme, sus ojos encuentran los míos y me sostienen la mirada mientras pone su mano en un lado de mi cara.

—No creo que puedas hacerme daño, Sergei. Intencionadamente o no. —Inclina su cabeza hacia arriba hasta que sus labios presionan suavemente contra los míos—. No te tengo miedo, grandullón.

—Deberías tenerlo, Angelina —respondo en su boca—. Nunca me viste perderla por completo, nena. Si lo hubieras hecho, habrías salido corriendo y no habrías mirado atrás.

—¿Es eso lo que hace la gente cuando la pierdes? ¿Huir?

—Si son inteligentes, sí.

Angelina sonríe y coloca la punta de su dedo en mi nariz, trazando la línea por la cresta hasta llegar a mi boca.

—Bueno, no pienso huir, Sergei. De hecho, pienso acercarme aún más y abrazarte hasta que vuelvas de donde sea que vayas. —Su boca encuentra la mía, y mientras sus labios exploran, me olvido por un momento tanto de la sangre como asesinatos. La rabia con la que he vivido constantemente durante tanto tiempo retrocede.

Capítulo 15

Angelina

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras caminamos hacia la moto.

—Ya verás. —Sergei sonríe.

Entrecierro los ojos y cojo la bolsa que lleva.

—¿Qué hay dentro?

Mueve la bolsa fuera de mi alcance.

—No espíes.

—¿Nos vamos de picnic? ¿Metiste ketchup?

—No vamos a un puto picnic. —Ata la bolsa a la parte trasera de su moto y me pasa el casco—. ¿Por qué te llevaría de picnic?

—¿Porque a las chicas les gusta eso?

—Mierda. Ninguna chica quiere sentarse en la hierba y comer en un plato de plástico mientras intenta espantar a hormigas y moscas.

—Bueno, si lo pones así. —Me encojo de hombros y me subo a la moto detrás de él.

Sergei pone en marcha el motor y rápidamente rodeo su cintura con mis brazos, agarrándolo con locura. Ese primer tirón cuando despega es el peor. Incluso después de las numerosas veces que me ha llevado a dar un paseo, todavía necesito un par de minutos para adaptarme a la idea de estar a lomos de una moto. No puedo evitarlo. La idea que los vehículos de dos ruedas no deberían existir no me abandona. Pero entonces, recuerdo que es Sergei quien conduce, así que me relajo y me permito disfrutar la subida de adrenalina.

Le he visto ir solo en la moto. Es una maldita locura. Sigo pensando que se estrellará contra algo. Cuando lo vi hacer esa estupidez sobre una rueda la

semana pasada, casi me da un infarto. Aunque nunca lo intenta cuando estoy con él, gracias a Dios.

Conducimos por la autopista durante unos cuarenta minutos antes de desviarse por una carretera secundaria, y luego por un estrecho camino de tierra entre los campos. Estoy convencida que estamos perdidos cuando frena y aparca. No hay nada más que hierba en kilómetros a la redonda.

—¿Estamos perdidos? —pregunto cuando me quito el casco.

—No. —Sonríe, me coge por la cintura y me levanta de la moto—. Vamos.

Desata la bolsa de la parte trasera, toma mi mano con la que le queda libre y me lleva a través del campo que tenemos a la derecha. A unos cien metros, llegamos a una mesa de madera tosca, situada en medio de la nada. Un poco más lejos, observo varios soportes metálicos con palas a cada lado, colocados a distintas distancias de la mesa. Dianas para practicar.

—No sabía lo que te gustaba —dice Sergei y coloca la bolsa sobre la mesa.

Observo con ojos muy abiertos cómo empieza a sacar diferentes armas y a alinearlas en la superficie de madera. Dos Glocks. Una Sig Sauer, modelo más pequeño. Una Beretta. Y dos pistolas más; no reconozco el fabricante, pero parecen de uso militar.

—Elige lo que quieras. —Señala con la cabeza el surtido de armas.

Levanto una ceja.

—¿Me has traído a una práctica de tiro?

—Es mejor que un picnic. —Sonríe—. Y quiero verte disparar.

Entorno los ojos hacia él.

—¿No me creíste cuando dije que sabía usar un arma?

—Por supuesto, te creí. —Se inclina y presiona sus labios contra los míos—. Pero quiero ver si realmente puedes darle a algo.

Sonrío en sus labios.

—Bien.

Me hace girar de cara a la mesa y se coloca detrás de mí.

—¿Qué tal la Sig? Esa sería la más fácil de usar para ti. ¿Sabes cómo quitar el seguro?

Es tan dulce.

—No me gustan las Sigs. —Extiendo la mano y tomo la Glock 19. Es relativamente ligera y tiene un sistema de doble retroceso. Compruebo el cargador—. Haré una ronda de seis. Y luego tú. Veremos quién acaba con más aciertos.

Sergei se echa a reír.

—Trato hecho.

El primer objetivo está bastante cerca, así que decido ir a por el segundo. Dando la vuelta a la mesa, levanto el arma y apunto a la paleta superior izquierda. Mi primer disparo es un éxito. Los tres siguientes también son correctos, pero el quinto falla. Una mierda. El sexto acierta. Pongo el seguro, bajo el arma y me doy la vuelta para encontrar a Sergei mirándome fijamente.

—Bueno, parece que he conseguido dar con algo, ¿eh? —Sonrío.

Me mira fijamente durante unos cuantos latidos y luego me agarra por la cintura de forma tan repentina que el arma se cae de mi mano. Me levanta, me pega a su cuerpo y nuestras bocas chocan.

Besos violentos y desesperados.

—No hay nada más sexy que una chica que sabe manejar un arma. —Toma mi labio inferior entre sus dientes, mordiéndolo ligeramente—. ¿Cuándo aprendiste a disparar?

—Mi padre empezó a enseñarme cuando tenía once años. —Envuelvo su cuello con mis brazos y entierro mis manos en sus mechones rubios. Tiene el cabello más bonito que he visto nunca—. Ahora tú.

Sergei se ríe y me deja en el suelo. Busca una de las armas que no he reconocido. Mientras la revisa, lo rodeo para colocarme a su espalda. Espero a que levante el arma para apuntar, y entonces coloco mis manos en sus caderas. Despacio, deslizo mis manos por la cintura de sus vaqueros hasta la parte delantera, y luego bajo hasta que mis manos descansan sobre su entrepierna.

—¿Angelina? —Me mira por encima del hombro—. ¿Qué estás haciendo?

—¿No te entrenaron para trabajar bajo presión? —Sonrío y masajeo su polla a través de los vaqueros.

Una esquina de su boca se levanta. Vuelve a mirar al objetivo y hace volar la bala. Es un acierto. Tengo que mejorar mi juego. Aprieto mis pechos contra su espalda, desabrocho el botón de los vaqueros y le bajo la cremallera. Vuelve a disparar. Otro acierto. Maldita sea. Deslizo mi mano dentro.

—Creo que nunca he tenido sexo en el campo —digo y saco su polla, acariciándola, disfrutando de cómo se pone dura al instante. Suena un disparo. Miro hacia el objetivo—. Parece que has fallado esa, cariño. ¿Te estoy distrayendo?

—No —responde cortantemente.

—No pasa nada. Le puede pasar a cualquiera. —Me agacho bajo su brazo levantado y me pongo delante de él. Suena otro disparo, pero no me giro para

comprobar dónde ha caído. En cambio, me arrodillo y lamo la punta de su polla.

Sergei gime.

—No te preocupes por mí. Por favor, sigue. —Agarro su polla, ahora totalmente erecta, con mi mano derecha, acariciándola mientras mi mano izquierda se desliza bajo su camisa.

Gruñidos ahogados. Otro disparo, seguido de un torrente de maldiciones rusas. Sonrío y vuelvo a lamerle la polla. Hay un golpe en la hierba a mi lado, donde Sergei lanza su arma, y al momento siguiente me encuentro tumbada en el suelo con su cuerpo sobre el mío.

—Pequeña embaucadora. —Muerde mi barbilla mientras sus manos tantean mis bermudas—. Tres fallos de cinco. No te atrevas a decírselo a nadie.

—Tu secreto está a salvo conmigo —digo, y luego jadeo cuando su dedo se desliza dentro de mí.

Rodea mi clítoris con el pulgar mientras su dedo penetra aún más, y siento cómo mi humedad se derrama por toda su mano. Mi espalda se arquea cuando introduce otro dedo, estirando mis paredes, lo que hace que casi me corra, pero el demonio retira bruscamente su mano.

—Tengo una idea increíble que me gustaría discutir —susurra junto a mi oreja, y luego me muerde el lóbulo.

—¿Ahora? —Me chasqueo y agarro su polla—. La única discusión que va a haber en este momento es entre tu polla y mi coño.

El brazo de Sergei me rodea por la cintura y nos hace rodar hasta que queda debajo de mí, con mi cuerpo extendido sobre su pecho. Me coloco a horcajadas sobre él, colocándome por encima de su dura longitud, y bajo lentamente mi cuerpo hasta que lo absorbo por completo.

—¿Qué te parece hacerte un tatuaje? —pregunta, agarrando mis nalgas.

—No lo haré —exclamo mientras lo cabalgo.

—Puede ser uno pequeño. —Me aprieta el culo y me levanta, sujetándome por encima de su polla—. Te enseñaré a disparar un rifle de francotirador a cambio.

Sus ojos azul pálido me observan con un brillo travieso. Alargo la mano y le acaricio la mandíbula con el dedo—. ¿Y qué quieres que me tatúe, maníaco?

Los labios de Sergei se ensanchan en una sonrisa, y al instante siguiente me hace caer sobre su polla. Jadeo y me muerdo el labio inferior cuando empieza a penetrarme.

—Nada especial —dice acelerando el ritmo—, solo un par de palabras.

Echo la cabeza hacia atrás y disfruto de la sensación de su embestida desde abajo. Las manos de Sergei se deslizan bajo mi camiseta y suben para estrujar mis pechos. Lo miro y recorro con mis manos sus brazos, sintiendo cómo sus músculos se tensan bajo las yemas de mis dedos—. ¿Qué palabras?

Sergei sonríe. Dios mío, es tan hermoso. Espero no volver a ver esa mirada vacía en sus ojos. Vuelve a penetrarme, y grito al correrme, pero sigo moviendo las caderas, disfrutando del orgasmo hasta que me desplomo sobre su pecho. Lleva sus manos a mis caderas para sujetarme mientras sigue penetrándome a un ritmo endiablado. Tras unas cuantas embestidas más, se libera.

Cruzo los brazos sobre su pecho y apoyo la barbilla en las manos, observándolo. Tiene los ojos cerrados y la respiración agitada. No ha respondido a mi pregunta, pero adoro la absoluta felicidad que veo en su rostro.

—¿Qué palabras quieres que me tatúe, Sergei?

Abre un ojo.

—¿Importa?

—Claro que importa. —Frunzo la nariz ante él y sacudo la cabeza.

—Estaba pensando en algo parecido a Prinadlezhit Sergeyu Belovu. —Vuelve a cerrar el ojo—. En la parte baja de la espalda. ¿Qué te parece?

Me quedo boquiabierta, pero una vez superado el shock, suelto.

—No me vas a marcar como tu posesión.

—¿Por qué?

¿Por qué? —Resoplo—. ¿Tintarías a Prinadlezhit Angeline Sandoval en tu cuerpo?

—Seguro, por qué no. —Se encoge de hombros y abre los ojos para mirarme.

Lo miro fijamente. Está serio. Un sentimiento cálido explota dentro de mi pecho, extendiéndose hasta llenar todo mi cuerpo. Me levanto para que mi cabeza esté justo encima de la suya y me inclino para susurrarle al oído.

—Está bien —digo—, pero tú lo harás primero.

—Trato —gruñe, me agarra por la nuca y reclama mi boca.

Capítulo 16

Angelina

—¿Por qué no me has despertado? —pregunta Sergei y apoya su barbilla en mi hombro, observando cómo vierto comida para perros en el cuenco.

—Apenas eres capaz de dormir. —Lo miro de reojo—. ¿Cuándo piensas empezar a dormir en la cama?

Hace casi un mes que dormimos juntos por primera vez. Desde entonces, cada noche nos acurrucamos juntos en la cama, pero cuando me despierto, Sergei está dormitando en el suelo. Intenté convencerlo que se quedara conmigo, pero se limitó a negar con la cabeza, esperar a que me durmiera y trasladarse a su saco de dormir en el suelo, junto a la cama.

—¿Está Felix por aquí? —Siempre cambia de tema cuando empiezo a hablar de esto.

—No lo he visto —respondo.

—Seguramente está en casa de Marlene. Vamos a pasear a Mimi antes del desayuno.

Sergei silba y Mimi viene corriendo por la esquina. Levanta la cabeza para que Sergei le rasque el cuello, luego se vuelve hacia mí y me lame la palma de la mano. Todavía me cuesta creer que un perro de aspecto tan temible tenga una personalidad tan suave. Felix dijo una vez que Mimi puede matar a un hombre en menos de un minuto, pero al mirarla mientras corre alrededor de nosotros, primero dando un empujoncito a Sergei y luego a mí con su hocico, me pregunto si solo me estaba tomando el pelo.

* * *

—Sé lo que hacíais Felix y tú antes de uniros a la Bratva —digo mientras caminamos por la acera, haciendo que Sergei se detenga en seco.

—¿Te lo ha dicho? —pregunta entre dientes—. ¿Cuándo?

—Hace tiempo. —No menciono que la mayor parte la obtuve del Pakhan, y Felix solo rellenó los huecos.

—Voy a matarlo.

Aprieto su mano.

—¿Cómo fue? El entrenamiento, quiero decir. Sé que no puedes hablar de las misiones.

Sergei respira hondo, me rodea con el brazo por la cintura y nos encamina hacia el parque.

—Lo creas o no, me gustó —dice—. No estaba en una buena situación cuando me introdujeron, y me ofrecieron un objetivo. Un sentido de pertenencia, en cierto modo. Me sentí bien. Al menos al principio.

—Cómo eran los otros chicos del grupo. ¿Erais amigos?

—No puedo decir que fuéramos amigos, exactamente. —Se encoge de hombros—. Pero estábamos juntos en esto, por lo que se creó una sensación de camaradería.

—¿Sabes dónde están ahora?

—Uno murió en una misión al principio. David. Era un buen chico. El otro, Ben, lo maté yo —dice y me mira, esperando mi reacción. Seguramente fue el chico que mencionó Felix, el que lo atacó mientras Sergei estaba desconectado. Lo miro fijamente a los ojos sin parpadear.

—¿Y los demás? —pregunto.

Sergei me observa durante unos segundos, luego desvía la mirada y continúa caminando.

—Kai y Az. Kai era un tipo extremadamente trastornado. Violento. Agresivo. Cuando se obsesionaba con algo, nadie era capaz de sacarle lo que fuera de la cabeza. Tuvieron que sujetarlo un par de veces. Az era todo lo contrario. Reservado. Un retraído. En todos los años que pasamos juntos, creo que habló menos de veinte frases con el resto. —Sonríe—. Sin embargo, jugaba muy bien al póker. Ni siquiera Felix, con todas sus trampas, podía ganarle.

—¿Az? —pregunto—. Ese es un nombre inusual.

—Es un apodo. Nadie sabía cuál era su verdadero nombre. Él no lo dijo. Kruger, el tipo que dirigía la unidad, intentó sacárselo a golpes. Lo recogió de

la calle sin documentos, y cuando buscaron las huellas de Az, no consiguieron nada. Incluso cuando Kruger le rompió el brazo, Az no quiso decir su nombre ni nada. Así que acabó siendo solo Az. —Se ríe—. Loco hijo de puta.

—¿Qué pasó con ellos?

—Supongo que Kai sigue trabajando para el gobierno. Az desapareció seis meses antes que Felix y yo nos fuéramos.

—¿Como perdido en una misión?

—No. Solo desapareció. —Sergei mira hacia Mimi, quien está corriendo entre unos árboles, y silba—. Hubo un accidente de tráfico. La mujer de Az murió a manos de un conductor borracho. Al día siguiente, encontraron su casa reducida a cenizas. Ni rastro de Az.

—Jesús. ¿Alguien quemó su casa?

—La incendió él mismo.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Todos en la unidad tenían una especialidad. Normalmente me enviaban cuando había que limpiar un lugar de múltiples hostiles. Az se encargaba de las misiones encubiertas, y cuando necesitaban a alguien muerto sin levantar sospechas era un éxito. Su técnica favorita era quemar las cosas tan a fondo que el equipo forense no pudiera encontrar una mierda.

—¿Crees que sigue vivo?

Sergei sonríe.

—Az es extremadamente difícil de matar. Sigue vivo.

Estamos entrando en la casa cuando suena el teléfono de Sergei. En el momento en que mira la pantalla y ve el número de la persona que llama, su postura cambia de relajada a rígida. Me rodea la cintura con el brazo y me aprieta contra su costado mientras se lleva el teléfono al oído.

—Diego —dice, y me pongo rígida—. ¿Qué puedo hacer por ti?

No puedo oír la respuesta de Diego, pero por la forma en que el brazo de Sergei alrededor de mi cintura se relaja, no es algo malo. Exhalo. Por un momento, temo que haya descubierto de algún modo dónde estoy.

—De acuerdo. Esta noche, a las diez. Te enviaré las coordenadas. —Sergei corta la llamada—. Esta noche me reuniré con los hombres de Diego. Lástima que no venga.

—Nunca se arriesgaría a venir a los Estados Unidos personalmente —digo—. ¿Crees que sabe que estoy aquí?

—Lo dudo. Habría insinuado algo si lo supiera. —Baja la cabeza y deposita un beso en mi mejilla—. No te preocupes, acabaré con ese hijo de puta tan pronto se presente la oportunidad.

—Sergei, no. —Agarro su mano y lo hago girar hacia mí—. Tiene demasiados aliados. Si le haces algo a Diego, uno de ellos te matará.

—Pueden intentarlo. —Sonríe, pero no es una sonrisa a la que esté acostumbrada a ver en él. Es calculada y escalofriante. La sonrisa de un depredador quien tiene a su presa en la mira.

* * *

Cada vez que veo a Sergei con un traje, me sorprende la transformación. Ya no es el tipo de aspecto aterrador, con el cabello revuelto y cubierto de tinta. En su lugar, se encuentra un hombre de negocios, alguien que podría pasar por director general de una empresa o por político.

Cepillo la inexistente mota de polvo de su chaqueta.

—¿Dónde has quedado con los hombres de Diego?

—En uno de los almacenes. Pasha ya no me deja usar los clubs.

—¿Por qué no?

—La última vez hice un poco de lío.

—¿Qué? ¿Te has emborrachado o algo así?

Se ríe.

—Nunca bebo, cariño. Ya estoy loco de por sí.

—No. —Presiono la punta de mi dedo sobre sus labios—. No estás loco. Y quiero que dejes de decir eso —reprendo, y las comisuras de sus labios se levantan como si hubiera dicho algo gracioso—. Despiértame cuando vuelvas, ¿de acuerdo?

—No volveré antes de las dos o las tres. A los hombres de Diego les gusta hablar.

—No importa. —Me pongo de puntillas para besar ligeramente sus labios, pero él me rodea la espalda con una mano y me aprieta contra su cuerpo, y luego ataca mi boca.

Detrás de mí, Felix se aclara la garganta.

—Sergei. Vas a llegar tarde —dice.

—Que te den, Albert —murmura Sergei en mi boca, y luego vuelve a devorar mis labios durante cinco minutos más. Roza mi mejilla con el dorso de la mano antes de irse.

—¿Hubo más episodios? —pregunta Felix en el momento en que Sergei cierra la puerta tras de sí.

—No. No durante el último par de semanas.

—Bien. —Se dirige al armario que hay junto a la nevera y saca su portátil. Lo lleva a la mesa del comedor y empieza a conectar los cables.

—¿Piensas ver la reunión?

—Sí. —Asiente con la cabeza—. Hay dos cámaras en el almacén norte.

—¿Siempre haces eso?

—No. Pero tengo un mal presentimiento sobre esta reunión.

—¿Por qué?

—No lo sé. Simplemente lo sé. —Enciende el portátil—. ¿Puedes llevar a Mimi a hacer sus necesidades? Tengo que establecer la conexión.

—Seguro.

En el momento en que saco la correa de la percha de la pared, Mimi se precipita a mi lado y empieza a darme codazos en la mano. Agarro la correa a su collar, sabiendo que no serviría de mucho si decidiera salir corriendo. Pesa más que yo, por lo menos veinte kilos. Menos mal que se comporta bien, a no ser que haya flores. Tendré que asegurarme de mantenerme alejada del jardín de la anciana Meggie.

Inicialmente había planeado dar un pequeño paseo, pero es una noche hermosa. En lugar de quedarme cerca de casa, llevo a Mimi hacia un matorral de árboles a unas pocas manzanas de distancia. Estamos casi en el límite cuando veo a una mujer que camina por la acera y mirando hacia nosotros. Me resulta vagamente familiar, probablemente una vecina con la que nos hayamos cruzado antes. Levanto la mano para saludarla. La mujer me observa un segundo, mira a Mimi, luego me devuelve el saludo y continúa por el camino.

Doy un paso hacia los árboles, pero Mimi se queda clavada en el sitio, observando los alrededores y soltando un extraño gruñido en voz baja. No se mueve, ni siquiera cuando tiro de la correa, hasta que la mujer desaparece al doblar la esquina.

—No te gustan las pelirrojas, ¿eh? —murmuro.

* * *

Paso casi una hora paseando por el barrio con Mimi. Cuando subo los escalones hasta la puerta de la casa de Sergei, ya estoy lista para dormir. Sin embargo, en el momento en que abro la puerta, la voz elevada de Felix me despeja de inmediato. Está sentado frente a su portátil, hablando con alguien por teléfono, pero cuando me ve, levanta la cabeza.

—¡Ven aquí! —Hace un gesto con la mano y sigue hablando por teléfono—. Intenta acercarte a él por detrás y ponle el teléfono en la oreja. Ten cuidado, Yuri. Puede que no te reconozca.

Me apresuro a entrar en la cocina, rodeando la mesa para situarme junto a Felix. Abro la boca para preguntar qué está pasando, pero cuando mis ojos se posan en la pantalla del portátil, las palabras mueren en mis labios. El vídeo muestra a Sergei de pie junto a un hombre tirado en el capó de un coche. La mano derecha de Sergei rodea la garganta del hombre mientras golpea su cabeza contra el vehículo. A su derecha, hay otros dos hombres tendidos en el suelo, ninguno de los cuales se mueve. El más cercano a Sergei tiene la cabeza girada en un ángulo antinatural, mientras que el otro está boca abajo, y un charco de sangre a ambos lados. Mientras observo, un hombre de cabello oscuro con camisa blanca se acerca a Sergei por detrás, con un teléfono en la mano extendida.

—Habla con él. —Felix me pone el teléfono en la mano.

Me acerco el móvil a la oreja, pero tardo unos instantes en recomponerme lo suficiente para formar las palabras.

—¿Sergei? —exclamo, sin apartar los ojos de la pantalla. Él no reacciona—. ¡Sergei! —grito al teléfono.

La cabeza de Sergei se inclina hacia un lado. Se queda mirando el teléfono que sostiene Yuri durante uno o dos latidos, y luego lo acerca a su oído.

—¿Lisichka? —pregunta, con la voz perfectamente calmada, como si le hubiera pillado mientras se tomaba el café de la mañana—. ¿Pasa algo?

Miro a Felix, que asiente y me hace un gesto para que continúe. Lo miro fijamente. ¿De qué espera que hable?

—Yo . . . Estaba paseando a Mimi y ella comió algo. No vi qué. Empezó a toser y luego vomitó.

Felix cierra los ojos y asiente.

—Tal vez deberíamos llevarla al veterinario —continúo—. ¿Puedes venir a casa?

—¿Sigue vomitando?

Miro a Mimi, que está tumbada en el sofá del salón, roncando, y luego vuelvo a mirar la pantalla. Sergei todavía tiene la mano izquierda rodeando la garganta del tipo—. Sí. ¿Puedes venir, por favor?

—Estaré allí en media hora. —Suelta al hombre y comienza a caminar hacia el otro extremo del almacén, donde está aparcado su coche—. Ve a buscar a Albert para que pueda ayudar hasta que yo llegue, por si acaso. El viejo murciélago debe estar dormido, despiértalo.

Le lanza el teléfono a Yuri, se sube a su coche y unos instantes después sale del almacén. Bajo el teléfono a la mesa y me vuelvo hacia Felix, que está desplomado en su asiento, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —pregunto y me dejo caer en la silla frente a él.

—Diego Rivera envió a sus hombres a entregar el mensaje que subirá los precios un veinte por ciento.

—¿Sergei se puso furioso por eso?

—No. Simplemente les informó que ya no íbamos a adquirir más producto de ellos. —Suspira—. Pero cuando le dijeron que Diego tiene ahora una importante cuota de mercado tras matar a Manny Sandoval y llevarse a su hija, Sergei estalló.

—Jesús. —Pongo los codos sobre la mesa y presiono mis manos sobre mis ojos—. ¿Sucede esto a menudo?

—No. Creo que la mención de Rivera reteniéndote lo desencadenó. ¿Cuánto duerme?

—No lo sé. Cuatro horas, quizá cinco. —Me encojo de hombros—. Normalmente se va a dormir después de mí, así que no puedo estar segura.

—¿Duermen en la misma cama?

—Espera a que me duerma, coge su saco de dormir y pasa la noche en el suelo.

—Bien. Mantenlo así.

—Claro que no lo mantendré así —digo—. Llevo semanas intentando convencerlo que duerma en la cama conmigo.

—¿Qué? ¿Estás loca?

Cruzo los brazos delante de mí y clavo la mirada en Felix.

—¿No se te ha ocurrido que, tal vez, si todo el mundo dejara de tratarlo como si fuera un animal salvaje, podría mejorar?

—¿Has visto lo que ha pasado ahí, Angelina? —Señala la pantalla del portátil—. ¿Sabes cuánto tiempo necesitó para dominar a tres hombres armados? ¡Quince segundos! —ladra—. Creo que Roman y yo nos equivocamos al echarte todo esto encima. Una chica tan protegida como tú no puede entender de lo que son capaces algunas personas.

Inclino la cabeza hacia un lado y lo fulmino con la mirada.

—¿Sabes cómo tratan a los soplones en el cártel, Felix? ¿O a los ladrones?

—No.

—Entonces deja que te explique lo protegida que he estado. —Me recuesto en la silla y miro por la ventana hacia el jardín—. Había un gran árbol no muy lejos de nuestra casa, justo detrás del parterre en el que me gustaba jugar. No sé qué tipo de árbol era, pero tenía ramas muy largas y gruesas. Resistente —digo—. Cuando pillaban a alguien dando información a las autoridades o a otros cárteles, lo colgaban de una de las ramas más bajas. Colgar a la gente era la forma de castigo favorita de mi padre. Normalmente me aconsejaban que no fuera a esa parte del jardín cuando el árbol estaba ocupado.

—Jesús, joder. —Felix me mira fijamente, con los ojos muy abiertos—. ¿Hacían eso con niños alrededor? ¿Y si algunos de ellos veían los cuerpos?

—Oh, seguro que vimos los cuerpos. Todo el mundo estaba presente cuando se ahorcaba a alguien. Era obligatorio. Una especie de advertencia. Mi Nana no quería que fuera allí por el olor.

—¿El olor?

—Sí, a veces dejaban los cuerpos durante uno o dos días. El hedor era tan fuerte, que incluso después que retiraran los cadáveres, el olor permanecía en mi nariz durante días. —Me encojo de hombros—. Luego, estaba la caza. Eso se usaba para los ladrones, sobre todo.

Me resulta bastante divertido ver cómo Felix se queda boquiabierto, como si me viera por primera vez. Estoy bastante segura que sabe qué tipo de caza era, pero continúo de todos modos.

—La gente de mi padre ataba las manos de los ladrones a la espalda y los enviaba descalzos al bosque. Normalmente les daban veinte minutos de ventaja. Luego, cogían las armas y salían a cazar. A veces, cuando se cazaba a varios ladrones, la caza duraba toda la noche. Me tumbaba en mi cama y escuchaba algún disparo ocasional, preguntándome si era un acierto o un error. —Pongo las manos sobre la mesa y me inclino hacia delante—. Así que no te atrevas a sacar conclusiones sobre lo que puedo o no puedo afrontar, Felix.

Me levanto y voy a la nevera, cojo una lata de Coca-Cola y me dirijo al salón para esperar a Sergei.

—Cuando venga Sergei, haremos como si no hubiera pasado nada —digo de pasada.

—¿Angelina?

Me detengo y miro a Felix por encima del hombro.

—¿Sí?

—¿Significa esto que te vas a quedar?

—Sí, así es.

Capítulo 17

Angelina

—¿Qué hora es? —murmuro y entierro la cara en la almohada.

—Las cinco y media —Sergei susurra en mi oído y me da un beso en la nuca—. Necesito que me ayudes con algo.

—¿Qué?

—Esto.

Siento su cuerpo presionando mi costado, su dura polla rozando mi cadera, y sonrío—. Abrimos a las siete. Si quieres que te sirvan, tendrás que esperar.

—Oh, qué pena. —Sus labios se mueven hacia el lado de mi cuello—. Tendré que servirme yo entonces.

Inclino la cabeza y abro los ojos, observando cómo busca el cajón de la mesita de noche y saca el cuchillo para carne de mi escondite.

—Sabía que tu obsesión por los utensilios de cocina afilados me sería útil. —Dice, mientras el frío metal presiona la parte baja de mi espalda donde mi camiseta se ha subido—. Espero que no estés demasiado apegada a esta camiseta, nena.

—¿Qué estás haciendo?

—Ayudándome —dice y, deslizando el cuchillo por debajo de mi top, corta la tela desde el dobladillo hasta el cuello.

Empiezo a darme la vuelta, pero él me presiona con la mano en el centro de mi espalda, manteniéndome inmóvil. Su otra mano se desliza por debajo de mi cuerpo y luego se desliza por mi vientre hasta llegar entre mis piernas.

—¿Sergei?

—Shhh... Has dicho que no estás disponible en este momento —me dice junto al oído y cubre mi coño con su mano—. Por lo tanto, no puedes moverte. O hablar.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al oír sus palabras, y luego otro cuando siento el frío metal en mi cadera. Un rápido tirón y la banda de mis bragas se rompe. Pasa el cuchillo a la otra cadera y corta la banda de ese lado. Me agacho para quitarme las bragas estropeadas, pero la mano de Sergei rodea mi muñeca.

—Dije que... no te movieras, cariño. —Me suelta la mano y presiona su palma sobre la base de mi columna, manteniendo mi pelvis pegada a la cama—. Ni siquiera un centímetro.

Levanta la otra mano de mi coño y pasa las yemas de los dedos por el hueso de la cadera, luego por las nalgas y entre las piernas. Las bragas, que siguen atrapadas entre mi cuerpo y la cama, empiezan a deslizarse mientras él tira de ellas hacia atrás y hacia arriba, y el material de encaje se burla de mi coño. Un pequeño gemido sale de mis labios por la inesperada sensación. Luego, cambia el ángulo antes de sacarlas por completo. Aprieto la almohada y entierro mi cara en ella, gimiendo.

—Ni un ruido, Angelina —susurra Serguéi y me introduce un dedo.

La almohada amortigua mi gemido, pero cuando añade otro dedo, se me escapa un pequeño grito.

—¿He oído algo, cariño? —Me acaricia la columna con la palma de la mano mientras desliza sus dedos hacia el interior—. Creo que sí.

Un segundo después, siento sus dientes en la nalga, mordiendo. Gimo con fuerza contra la almohada por el dolor producido. Introduce sus dedos en mi dolorido coño y siento las señales de estar a punto de correrme. Sergei hace un movimiento de 'ven aquí' con sus dedos dentro de mí y todo mi cuerpo estalla. Me corro sobre su mano. Los temblores siguen sacudiendo mi cuerpo cuando el brazo de Sergei rodea mi cintura y me levanta, poniéndome a cuatro patas sobre la cama.

—Abre las piernas, cariño —dice y se mueve detrás de mí. El brazo que rodea mi cintura se tensa—. Un poco más. Sí, así está perfecto.

Retira sus dedos de mi coño y desliza su polla dentro, estirando lentamente mis paredes. Jadeo. No hay mejor sensación en el mundo que esa primera y lenta embestida, cuando siento que mi cuerpo se adapta a él. Cuando está completamente dentro, rodea mi cintura con sus dos brazos y se

inclina para darme un beso en el centro de la espalda. Dice algo en ruso, pero no puedo distinguir las palabras. De todos modos, un escalofrío sacude mi cuerpo. Lentamente, se retira y vuelve a penetrarme, y la presión en mi interior se intensifica. Me agarro a la almohada y la aprieto. Otra embestida, estirándome aún más mientras se entierra hasta la empuñadura.

—Respira, cariño.

Sí, supongo que me olvidé de eso. Tomo una bocanada de aire mientras él sigue penetrando en mí. Con el ritmo de sus embestidas, vuelvo a tener un orgasmo. Estrellas blancas y ardientes explotan frente a mis ojos.

Espero que siga avanzando, pero en lugar de eso, se retira y me rodea con su brazo por la cintura, luego me coloca de espaldas.

—Quiero que me mires mientras me corro dentro de ti —susurra y cubre mi cuerpo con el suyo, entrando de nuevo en mí.

Lo rodeo con mis piernas y lo aprieto—. ¿Por qué?

Su polla se desliza y luego se introduce en mí.

—Porque, cuando me miras, recuerdo que aún estoy vivo.

Comienza a mecerse dentro de mí. Con fuerza. Con crudeza. Sin dejar nada atrás. Luego más rápido, hasta que apenas puedo respirar entre las embestidas. Me corro por tercera vez mientras él termina dentro de mí.

Sergei

Ya es de día. Debería levantarme y empezar a prepararme para el trabajo, pero no me atrevo a moverme.

—Albert lleva una semana buscando su tenedor de trinchar —digo mientras acaricio la espalda de Angelina—. Lo vi en el armario, detrás de tus camisas.

—¿No puede comprar otro? —murmura en mi pecho.

—¿Por qué? ¿Te has encariñado con él por alguna razón?

—Tal vez. —Sube por mi cuerpo y hunde su nariz en el pliegue de mi cuello—. Tiene un mango muy largo. Tiene un alcance increíble.

—Así que, ¿piensas quedártelo?

—Definitivamente. Tomé el cuchillo santoku también, ya que lo ofreciste. Está detrás de tu colección de libros de Stephen King en la estantería.

Qué apropiado.

—¿Por qué sigues coleccionando armas? —pregunto—. ¿Crees que alguien de aquí puede desearte algún mal?

—Claro que no. Es una compulsión. —Se encoge de hombros—. Me hace sentir más segura saber que tengo un arma al alcance de la mano en cualquier momento. Empecé a hacerlo cuando tenía siete años, después que me secuestraran la primera vez.

Mi mano se detiene en la mitad de su espalda.

—¿La primera vez?

—Sí. Tenía catorce años la segunda vez. Me liberaron después que mi padre pagara el rescate. Después de eso, me envió a los Estados Unidos.

—Debió ser duro. Sola. En un nuevo país.

—No fue tan malo. —Pone la mano en mi pecho y suspira—. Fue más extraño que nada. Pero una extrañeza buena. No tener que vigilar por encima del hombro todo el tiempo. Gente viviendo vidas ordinarias.

—¿Hiciste amigos?

—Unos cuantos. Aunque eran más bien conocidos. Me resultaba muy difícil conectar con chicas cuyas principales preocupaciones eran lo que iban a llevar ese día, o qué chico se fijaba en ellas. —Resopla—. Me parecía una tontería. Y supongo que estaba un poco celosa de ellas. Acabé prefiriendo los libros a las personas.

—Eso me recuerda. Albert me pidió que te dijera que ayer llegó un paquete para ti. Lo puso en el salón. —Bajo la cabeza para susurrarle al oído—. Dijo que miró dentro y encontró un montón de libros de bolsillo con hombres desnudos en las portadas, y ahora, cree que lees porno.

—Es porno mental —dice ella sin más.

Me echo a reír—. ¿Debería preocuparme?

—No lo sé. ¿Deberías? —Inclina la cabeza, mete la mano en mi bóxer y rodea mi polla con sus dedos—. Algunos de esos libros ponen el listón muy alto.

—¿No me digas? —La agarro por la cintura y nos hago rodar hasta que me tumbo encima de ella—. Deberías saber una cosa, nena. Soy una persona extremadamente competitiva.

—Suerte la mía. —Sonríe y se quita las bragas.

Capítulo 18

Sergei

—¿Angelina?

—¿Sí? —murmura en mi pecho.

—Tienes que volver a la cama, cariño.

—No. Vuelve a dormir.

Cierro los ojos. Lleva semanas insistiendo en que compartamos cama, intentando colarse en mitad de la noche para acostarse a mi lado. Me mata decirle que no una y otra vez, pero no puedo arriesgarme. Ella no entiende lo jodidamente asustado que estoy porque pueda herirla de alguna manera. Así que, como cada noche, deslizo mi mano por su cuerpo y le quito las bragas.

—Esta vez no funcionará, Sergei —susurra y me besa el hombro.

—¿Qué?

—Tu estrategia de follarme sin sentido, dejándome casi comatosa para poder meterme en la cama una vez que me duerma.

—Soy un cabrón intrigante. —Rodeo su cintura con mi brazo y nos giramos de forma que me cierro sobre ella, luego me inclino y la beso.

—Sí, lo eres —dice y jadea cuando mi dedo empieza a burlarse de su clítoris.

Le doy besos en el lateral del cuello, mordiéndole cuando llego al punto sensible bajo su oreja que encontré unos días antes. Luego, desciendo hasta llegar a su pecho derecho. Angelina gime mientras lamo lentamente su pezón, manteniendo el mismo ritmo que con mi dedo en su clítoris, antes de cambiar

al otro. Su espalda se arquea cuando recorro con la lengua su estómago hasta llegar a su coño. Dos lentos lametones por su hendidura antes de llegar a su clítoris y chuparlo en mi boca. Los sonidos que hace, como un gatito, me vuelven loco.

Entierra las manos en mi cabello, tirando mientras le lamo el coño un par de veces más antes de dejar que mi lengua vuelva a subir hasta sus labios.

—Mi zorrita —susurro en su boca y tomo su cara entre mis manos, mirando sus ojos oscuros. Tan intrépida. Y obstinados. Me mira sin ningún rastro de aprensión o reticencia. Me pregunto si sabe lo locamente enamorado que estoy de ella. Me dirijo a un lado de su cuello y mordisqueo su delicada piel—. Eres lo único que mantiene mis demonios a raya, Lisichka. —Beso su hombro—. Si un día decides que estás harta de mi mierda, vete y no mires atrás. Y asegúrate de esconderte muy bien.

—¿Por qué? —pregunta y rodea mi cintura con sus piernas.

—Porque, te seguiré y te arrastraré de vuelta. Y no hay ningún lugar donde puedas esconderte si decido perseguirte, Angelina.

Me mira a los ojos mientras una sonrisa traviesa se forma en sus labios.

—Entonces, es bueno que me quede.

Tiro de los dedos en su cabello, tirando de las suaves hebras. Nuestras miradas se cruzan e introduzco mi polla en su interior. Sin soltarla, la saco lentamente antes de volver a introducirla. Mi mano izquierda rodea el cuello de Angelina, sintiendo los latidos de su corazón bajo mi mano. Nunca me había dado cuenta de lo muerto que me sentía por dentro hasta que esta zorrita se cruzó en mi camino y me sacó del abismo.

Ella jadea cuando la embisto, una y otra vez, mientras se aferra a mis hombros. Seguramente mañana tendré arañazos por toda la espalda. Esa constatación casi me lleva al límite. Mis bolas se tensan, así que aprieto los dientes. Conteniéndome, cambio el ritmo hasta que entro y salgo tan lentamente que siento que mi polla va a explotar. Angelina suelta un pequeño gemido, sus músculos se agitan alrededor de mi polla, y finalmente me corro.

Angelina

Unas palabras en voz baja me despiertan del sueño y, por un momento, creo que Sergei está hablando por teléfono con alguien. Pero cuando abro los ojos, lo encuentro tumbado de espaldas a mí, con los ojos cerrados. Debió

quedarse dormido después de haber tenido sexo antes, y se ha olvidado de subirme a la cama. La mano de Sergei en mi estómago se estremece y una maldición rusa sale de sus labios. Ha vuelto a tener una pesadilla.

Sé que probablemente debería alejarme, como me dijo que hiciera cuando esto ocurriera, pero si obedezco ciegamente, nunca superaremos esto. Así que, en lugar de eso, me tumbo sobre su pecho y rodeo su cuello con mis brazos, colocando mi mejilla junto a la suya. Su cuerpo se detiene por un segundo y luego comienza a moverse de izquierda a derecha, tratando de sacudirme. Muevo mi cabeza hacia su hombro y lo aprieto más fuerte.

—Está bien, grandullón —susurro en su oído, y luego le doy un beso en la mejilla—. No pasa nada.

Su respiración es rápida, agitada, pero deja de agitarse y gira la cabeza hacia un lado, nuestras narices se tocan. Le empujo la punta de la suya con la mía y le doy un beso en sus apretados labios.

Sus ojos siguen cerrados, su boca inmóvil, pero sigo besándole.

—Quiero que mañana me lleves de nuevo a dar un paseo en tu moto. —Otro beso—. Quizá podrías dejarme conducir un rato, ¿eh? Apuesto a que es como montar en bicicleta. No puede ser tan difícil.

Su respiración se ralentiza, pero su mano en la parte baja de mi espalda sigue temblando.

—Solo intenté montar en bicicleta una vez, sin embargo, al final acabé en un arbusto de ortigas a un lado de la carretera —continúo balbuceando—. Nana Guadalupe se enfadó mucho cuando llegué a casa cubierta de ampollas y con cortes sanguinolentos por todas las piernas.

Lentamente, los ojos de Sergei se abren y me parpadea.

—Haría cualquier cosa por ti, cariño. —Murmura—. Pero, no vas a tocar mi moto.

—Está bien —me río, y luego apoyo mi mejilla en su pecho—. Volvamos a dormir.

Capítulo 19

Angelina

Alcanzo la etiqueta para mirar el precio y mis ojos se abren de par en par—. Podemos conseguirlo cuando tenga acceso a mi cuenta bancaria.

—Roman dijo que su chico necesitaría al menos dos semanas más para tener tu nueva identificación. Una buena falsificación requiere tiempo. —Saca la chaqueta del maniquí y me la ofrece—. Pruébatela.

—Puede esperar. Has estado comprando todo para mí. No me parece bien cuando tengo un montón de dinero en mi cuenta.

—Me gusta comprarte cosas. —Inclina la cabeza y me da un beso en los labios—. Excepto las cosas de baño. Hay tanta mierda diferente que me entra ansiedad cada vez que entro en una de esas tiendas de perfumes de lujo.

—¿Es por eso que compraste toda la tienda la última vez? Tengo suficiente champú para dos años.

Sergei coge un mechón de mi cabello entre los dedos, se lo lleva a la nariz e inhala—. Me gusta este. Vamos a comprar más.

—No hasta que acabe con al menos la mitad del alijo que ya tengo. —Me río.

—Bien. —Deja caer mi cabello, luego me rodea la cintura con un brazo y me atrae contra su cuerpo—. Vamos a pagar la chaqueta y volver a casa.

—¿Oh? ¿Tienes algo específico en mente?

—Sí. —Sus labios se pegan a los míos—. Le dije a Albert que estaríamos ocupados toda la tarde, y que no quiero verlo hasta mañana. Se llevó a Mimi con él.

—¿Y en qué nos ocuparemos?

Sus labios se ensanchan en una sonrisa de satisfacción y se inclina para susurrarme al oído.

—Quiero follarte en cada parte de mi casa, en cada mueble. Así, cuando vuelva a perder el conocimiento, tendré al menos uno de esos lugares a la vista. Eso hará que sea mucho más fácil volver, ¿no crees?

—Me gusta esa idea. —Le muerdo el labio inferior—. Soy una gran partidaria de las técnicas terapéuticas alternativas.

Gruñe.

—Caja. Coche. Cocina. Vamos.

—Necesito ir al baño después de la parada en la caja, pero no tengo ninguna queja del resto del itinerario.

Tan pronto terminamos de pagar mi chaqueta, Sergei me acompaña a un baño del centro comercial que encontramos en uno de los pasillos, y se sienta en el banco de enfrente a esperarme. Me estoy lavando las manos cuando se abre la puerta detrás de mí. Levanto la cabeza, miro al espejo y veo a la mujer pelirroja que vi mientras paseaba a Mimi el otro día. Nuestras miradas se encuentran en un reflejo y sus labios se ensanchan en una sonrisa.

—Angelina Sofía Sandoval —dice con voz acentuada, y un frío pavor recorre mi columna vertebral—. Alguien quiere hablar contigo.

Da unos pasos hacia mí y coloca un teléfono en la encimera junto al lavabo. Miro fijamente el nombre que aparece en pantalla, intentando controlar mi errática respiración, y luego cojo el móvil y me lo pongo en la oreja.

—Diego —digo, intentando que mi voz suene tranquila—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿De verdad creías que podías huir de mí, pequeña zorra?

—Sí. Eso esperaba.

Se ríe como un loco.

—Voy a disfrutar rompiendo tu espíritu, palomita. Nadie se escapa de Diego Rivera.

—No voy a volver a México, Diego. Nunca. En lo que a mí respecta, soy ciudadana estadounidense. Así que mientras esté aquí, no puedes hacerme nada.

—Podría matarte —dice—. O mejor aún, podría matar a ese ruso con el que te has estado acostando. Las autoridades no parpadearán si uno de los hombres de la Bratva acaba destripado en la calle. O con su coche reventado. Probablemente me lo agradecerán.

Aspiro un poco y enderezo mi columna.

—No te atreverás a matarlo. Significaría el fin de tu colaboración con los rusos, y ellos son tu mayor comprador.

—Eso es cierto. Preferiría mantener una buena relación con ellos, aunque tu loco amante haya matado a mis hombres la última vez. Los rusos traen buen dinero a la mesa, lo que significa que vas a volver de buena gana —se burla—. Tengo gente que te vigila desde hace semanas, y por lo que dicen, pareces estar muy unida a ese demente ruso. Dime, palomita, ¿estás enamorada de Belov?

—Claro que no —miento—. Solo lo estoy utilizando para conseguir lo que necesito.

—Entonces no te importará que uno de mis hombres que está aguardando al otro lado del pasillo le dispare en el acto?

Me agarro al borde de la encimera que tengo delante.

—Por favor, no lo hagas.

Una risa loca llega desde el otro lado de la línea.

—La pequeña perra fugitiva se ha enamorado. Qué conveniente. —Resopla—. Entonces, ¿qué será? ¿Vas a volver? ¿O voy a matar a tu amante?

—No vas a tocar a Sergei. —Cierro los ojos, tratando de evitar que las lágrimas caigan—. Voy a volver.

—Perfecto. Ahora escúchame con atención. Le enviarás un mensaje a Juana a la hora en que estarás sola en la casa mañana y podrás salir sin que nadie se dé cuenta. Un coche te estará esperando.

—¿Mañana? —Me atraganto.

—Sí. Tienes un día para pensar cómo explicar la situación a tu ruso. Pero ten en cuenta una cosa. Si viene por ti, lo matarán en el instante en que ponga un pie en México. ¿Lo entiendes?

—Sí.

Se ríe de nuevo.

—Estoy deseando tenerte aquí, palomita. Últimamente me estoy aburriendo bastante con Maria, y estoy seguro que tu coño está mucho más apretado que el suyo.

Tiro el teléfono sobre la encimera y me quedo mirando mi reflejo. Se acabó. Me trago la bilis, me vuelvo hacia la zorra pelirroja, que ha estado a mi lado todo el tiempo, y le digo mi número. Ella lo guarda, asiente y sale del baño con una sonrisa de satisfacción. Unos segundos después, mi teléfono recibe un mensaje. Miro el breve texto -el número de Juana- y aprieto el teléfono con todas mis fuerzas.

Respiro profundamente. Luego vuelvo a respirar. Abro el grifo y me echo un poco de agua en la cara. Ayuda un poco, pero todavía estoy a punto de derrumbarme. Me echo más agua, luego miro mi rostro fantasmagóricamente pálido, preguntándome qué voy a hacer. ¿Debo correr? En ese caso, Diego matará a Sergei con toda seguridad. Podría decirle a Sergei la verdad. Es más que capaz de defenderse. Pero, ¿y si esos bastardos ponen una bomba en su coche? ¿O en su casa? No puedes defenderte de una bomba.

No, debe haber otra manera. Mierda. Piensa, maldita sea. ¿Policía? Sí, claro.

¿Tal vez podría volver a México y luego intentar huir de nuevo? Podría funcionar, pero me llevaría semanas o meses hasta convencer a Rivera que soy lo suficientemente dócil para que afloje la seguridad. No importa. Soportaré lo que sea si eso significa estar libre de ese hijo de puta. Pero también significaría no volver a ver a Sergei.

Me abrazo a mí misma, aplastando en el proceso la chaqueta de cuero roja que Sergei acaba de comprarme, y aprieto los labios para embotellar el grito que se ha ido acumulando en mi interior desde que vi el nombre de Diego en ese teléfono. No. No me voy a derrumbar. Respirando hondo, hago que mis piernas se muevan.

Los veo nada más salir del baño. Dos hombres trajeados, de pie en el otro extremo del pasillo, con los ojos fijos en Sergei. Diego no mentía.

—¿Todo bien? —pregunta Sergei cuando me acerco a él—. Estás pálida.

—Sí, todo bien. —Asiento y consigo una sonrisa falsa—. Solo me duele la cabeza.

Me pone la mano en la nuca y me levanta la cabeza—. ¿Quieres que vayamos a un médico?

—Claro que no. Es solo un dolor de cabeza. Ya se me pasará. Y, de todos modos, tenemos planes, ¿no?

Me cuesta un inmenso mantener la calma cuando se inclina hacia mí y me besa. Solo el hecho de saber que Sergei podría morir si se entera de lo que está pasando me impide romper a llorar. Tomo su mano y dejo que me lleve fuera del centro comercial en dirección a su moto. Al mismo tiempo, me derrumbo por dentro.

El viaje de vuelta a casa de Sergei dura menos de treinta minutos. Pensaba utilizar ese tiempo para pensar en cómo voy a escabullirme mañana, pero en lugar de eso, me paso todo el trayecto apretando su cintura, empapándome de la sensación de tenerlo cerca, e intentando guardarla en una de mis bóvedas mentales para conservarla.

—¿Seguro que estás bien, cariño? —pregunta Sergei cuando nos bajamos de la moto frente a su casa.

Cuelgo el casco en el manillar y me vuelvo hacia él, observando la forma en que su pálido cabello refleja la luz del sol poniente, los mechones más largos fluyendo con la brisa. Extiendo la mano y trazo la línea de su barbilla con el dedo, y coloco la otra mano en el centro de su pecho.

—Quiero que me hagas el amor tan fuerte —digo—, que me olvide de todo lo demás.

Sergei me agarra por debajo del culo, me levanta y me lleva hacia la puerta principal. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura y acojo su rostro entre mis manos, repartiendo besos por todo él. Empiezo por su nariz perfectamente imperfecta, luego paso a su frente y sus cejas, sellando cada detalle en la memoria.

—Empezaremos por la cocina y seguiremos desde allí —me dice al oído mientras me acomoda en la mesa del comedor—. Hoy pienso recorrer toda la planta baja.

—Es mucho espacio. —Sonrío y me quito la chaqueta—. ¿Seguro que estás a la altura?

Lo siguiente son mis vaqueros y mi camiseta, pero cuando me quito el sujetador y busco mis bragas, Sergei me agarra la mano y la aparta—. Ya veremos. —Sonríe—. Acuéstate.

Me inclino hacia atrás, apoyando la espalda en la superficie de la mesa, y veo cómo se inclina y me da un beso entre los pechos. Lentamente, sigue una línea de besos por mi pecho y mi estómago hasta llegar a mis bragas. Me mira con una sonrisa de suficiencia, coge la cintura entre los dientes y me las baja. Cuando me ha quitado las bragas, me coge la pierna y me besa el tobillo, sube por el interior del muslo y luego entierra su cara entre mis piernas. Inhalo con fuerza y me agarro a su cabellera, jadeando mientras me lame el clítoris -una, dos veces- y luego lo chupa.

—Podría pasar todo el día solo jugando con tu coño —murmura y me penetra con su lengua. Continúa lamiendo y chupando mi coño, apretando mis nalgas en el proceso, moviéndose cada vez más rápido hasta que siento que voy a explotar. Entonces, me muerde ligeramente el clítoris y mi orgasmo me consume.

Todavía estoy jadeando cuando me pone la mano en la nuca y tira de mí para devorar mis labios. Me saboreo a mí misma en él, con un sabor agridulce. Su otra mano se acerca a la parte baja de mi espalda para mantener mi cuerpo en su sitio mientras coloca su polla en mi entrada.

Se retira para mirarme a los ojos.

—Estoy tan enamorado de ti —susurra mientras se desliza dentro de mí, poco a poco. Quiero decirle lo mismo, tanto que me desgarra por dentro. En lugar de eso, me limito a apretar los labios y a agarrarme a sus hombros, sin

apartar los ojos de él. Gimo cuando se hunde más en mí y aprieto mi rostro en el pliegue de su cuello. Su aliento cálido me abanica la piel del hombro y disfruto de la sensación que produce al hundirse en mí una y otra vez. Es casi suficiente para hacerme olvidar el día de mañana. Nos corremos juntos en una mezcla de jadeos y gemidos.

—¿El sofá, el dormitorio o la ducha? —pregunta Sergei cuando recupera la respiración.

—Ducha —murmuro y envuelvo mis piernas con fuerza alrededor de su cintura. De ninguna manera voy a dejarle fuera de mi alcance ni un segundo más de lo necesario.

—Bien. —Se ríe y me lleva por las escaleras hasta su baño.

—Hoy te pido prestado el gel de ducha —le digo mientras me coloca bajo el caudal de agua.

—Pensé que te gustaban los aromas azucarados.

Me encojo de hombros, cojo un frasco azul oscuro de la estantería, exprimo un poco en la palma de la mano y empiezo a enjabonarme el cuerpo.

Sergei entra en la cabina de ducha y, colocando su dedo bajo mi barbilla, me levanta la cabeza.

—¿Qué pasa?

El agua de la ducha salpica a mi lado mientras miro fijamente sus ojos claros.

—Nada. ¿Por qué?

Dios mío, hasta mirarlo me duele porque sé que me iré mañana.

—No sabes mentir, Angelina. —Da un paso adelante y se inclina para que estemos cara a cara—. ¿Qué está pasando?

—No tengo idea de lo que estás hablando.

Sergei apoya las manos en las baldosas a ambos lados de mi cabeza y me observa con los labios apretados en una fina línea.

Respiro profundamente.

—¿Vamos a terminar esta ducha, o piensas seguir asomándote por encima de mí como una gárgola?

—No puedes mentirme. Nunca —dice—. Si no quieres hablar de algo está bien. Si necesitas espacio, tampoco pasa nada. Sé que estar conmigo puede ser abrumador. Pero no me vas a mentir. ¿Trato?

Miro hacia abajo y asiento con la cabeza.

—No quiero hablar de ello.



—Está bien. ¿Necesitas espacio?

—No. —Sacudo la cabeza.

—Si quieres, esta noche dormiré en la otra habitación.

Todavía. No. Esta es nuestra última noche juntos, y que me aspen si lo dejo dormir en cualquier sitio que no sean mis brazos. Colocando mi mano en su pecho, la deslizo lentamente hacia abajo hasta llegar a su polla y la rodeo con mi mano.

—Definitivamente no estás durmiendo en la otra habitación —digo y aprieto su longitud ya endurecida.

Sergei inspira mientras rodea mi cintura con el brazo, estrechándome contra su cuerpo.

—Esta discusión no ha terminado, Angelina.

—Podemos continuar mañana. —Le doy un beso en medio del pecho—. Me prometiste un tour sexual por tu casa. Espero que lo cumplas. ¿O es demasiado para ti? —Levanto la vista y enarco una ceja.

Un gruñido sale de sus labios antes de agacharse y lanzarme por encima del hombro—. La encimera de la cocina es nuestra próxima parada —dice y golpea mi culo desnudo con su mano.

* * *

—¿Tienes planes para mañana? —pregunto mientras deslizo mis manos por la espalda de Sergei.

Está acostado sobre la cama, boca abajo, y yo sentada en la parte baja de su espalda. Me ha costado quince minutos, pero he conseguido convencerlo que me deje darle un masaje con uno de mis aceites perfumados de rosas.

—Tengo una reunión hacia el mediodía —murmura en la almohada—. Podemos ir a dar un paseo después.

—Sí —me ahogo, luego me inclino hacia delante y le doy un beso entre los omóplatos—. Un paseo suena muy bien, cariño.

Con cada minuto que pasa, me resulta más difícil fingir. Es como ver un reloj de arena al que solo le queda un poco de arena en el bulbo superior, y los granos caen cada vez más rápido. Desplazo mis manos hacia los hombros de Sergei y luego la deslizo por sus brazos, los mismos brazos que me sacaron del camión medio muerta y salvaron mi vida. Cuando termino con sus brazos, vuelvo a su espalda, mis caricias se vuelven más suaves, más que un masaje, hasta que siento que su cuerpo se relaja y su respiración se hace más profunda. Sergei tiene un sueño ligero, así que continúo durante cinco minutos más antes

de bajarme con cuidado de la cama. Tomo mi teléfono de la mesita de noche, envío el mensaje a la perra pelirroja diciendo que estaré lista para salir mañana al mediodía, y me dirijo al baño.

Una vez hecho esto, cierro la puerta con llave, me quito la ropa, abro el grifo de agua caliente y me meto en la ducha. En el momento en que el caudal de agua me golpea, apoyo la espalda en los azulejos. Todo mi cuerpo se siente pesado por el peso de lo que debo hacer. Primero mi cabeza se inclina hacia delante, luego mis piernas ceden y me hundo en el suelo. Envuelvo mis brazos con fuerza alrededor de mis rodillas y las acerco a mi pecho. No me queda nada a lo que aferrarme, así que esto tiene que servir. Tal vez, si aprieto lo suficiente, pueda mantener unidos los pedazos de mi persona que se están rompiendo.

Con la puerta cerrada y el agua ahogando todos los demás sonidos, finalmente me permito derrumbarme. Mis lágrimas, mezcladas con el flujo de la ducha, se desvanecen por el desagüe.

¿Qué voy a hacer mañana? No puedo desaparecer sin más. No, tendré que dejar una nota con una explicación. Será un montón de mentiras, algo que convenza a Sergei que decidí irme por mi cuenta y que no quiero volver a verlo nunca más. Tendré que hacerle daño. Y tendrá que ser realmente fuerte si quiero que lo crea. No puedo arriesgarme a que Sergei me persiga porque Diego hará que lo maten. De eso, estoy cien por cien segura. Tal vez, un día, cuando logre escapar de Diego, pueda volver a buscarlo. Probablemente, para entonces, Sergei me odiará.

Me siento en el suelo de la cabina de ducha hasta que el agua se enfría, luego me pongo ese estúpido pijama que me compró Sergei y me escabullo bajo el cubrecama a su lado. Ya es más de media noche, pero no me atrevo a cerrar los ojos y arriesgarme a perder mis últimos momentos con él por el sueño. Me tumbo y lo observo hasta que la luz del sol de la mañana se filtra en la habitación.

Sergei

—No debería tardar mucho —digo mientras me abrocho la camisa—. Dos horas como máximo. Podemos comer algo cuando vuelva y luego ir a dar una vuelta.

Los brazos de Angelina rodean mi cintura.

—Suena bien.

Me doy la vuelta y, sujetando su rostro entre mis manos, le doy un beso en los labios.

—Te he comprado esa porquería de comida basura que te gusta. Está en el armario junto a la nevera.

—¿Las patatas fritas con sabor a ketchup?

—Sí. No sé cómo puedes comer esa mierda. —Busco mi teléfono en la mesita de noche y me dirijo a la puerta—. Albert volverá pronto con Mimi. Por favor, recuérdale que la alimente.

—Bien, cariño. —Asiente con la cabeza y me mira. Hay una mirada extraña en sus ojos, pero desaparece en un parpadeo.

Estoy a medio camino de mi coche cuando oigo a Angelina llamarme. Me doy la vuelta y la encuentro de pie en el porche. Me observa un momento y luego baja corriendo los escalones y cruza el camino de entrada. En lugar de detenerse al llegar a mí, salta a mis brazos, envuelve sus piernas alrededor de mi cintura y choca su boca con la mía.

—Te echaré de menos, Sergei —susurra contra mis labios.

—¿Nena? —murmuro en su boca—. Vuelvo en dos horas.

—Lo sé. —Inclina la cabeza hacia atrás y pasa la punta de su dedo por mi nariz—. Cuídate, grandullón.

—Voy a reunirme con alguien que nos suministra coches. —Me río—. Tiene casi ochenta años. Creo que puedo enfrentarme a él si se vuelve hostil por alguna razón.

Angelina sonríe, me besa de nuevo y mueve el culo, así que la bajo, apretando sus nalgas en el proceso.

—Voy a por esas patatas fritas ahora —dice y se apresura a entrar en la casa.

Mientras la observo subir los escalones, una extraña sensación premonitoria se instala en la boca de mi estómago. No me abandona incluso después de llegar al punto de encuentro. De hecho, se hace más fuerte. A los veinte minutos de la reunión, decido interrumpirla y volver a casa.

Media hora más tarde, aparco el coche en el camino de entrada cuando Felix sale de casa, mirándome fijamente, con un gesto sombrío. Me dirijo al porche, donde se encuentra, al tiempo que una sensación de inquietud me invade.

—¿Qué pasa? —pregunto, subiendo los escalones.

—Angelina se fue.

—¿Sola? —Me detengo en la escalera superior—. ¿Dónde fue? Le dije que volvería en dos horas. Si necesitaba algo, podría haber esperado.

A Angelina le gusta ir a la pequeña tienda de comestibles que hay al final de la calle, pero prefiero que no deambule sola.

—Te dejó una nota en la cama. La vi cuando fui a buscaros —dice Felix y mira hacia otro lado—. Ella no va a volver, Sergei.

Miro fijamente a Félix, procesando lo que acaba de decir, y luego me apresuro a entrar en la casa. Subo tres escaleras a la vez y corro hasta mi dormitorio. Allí, sobre una cama ordenada, yace un solitario trozo de papel. Durante unos instantes, me limito a mirarlo mientras el pánico se despliega en mi interior. Respiro profundamente, me acerco a la cama y leo la nota pulcramente escrita a mano.

Sergei,

Desde hace un tiempo, he estado pensando en mi vida y en todo lo que ha sucedido. He decidido que necesito un nuevo comienzo. Me puse en contacto con uno de los amigos de mi padre a principios de esta semana, y él se encargó de conseguirme un documento de identidad para poder acceder a mi dinero y salir de los Estados Unidos. Aunque he disfrutado mucho del tiempo que he pasado contigo, me he dado cuenta que, si quiero poner orden en mi vida, tengo que cortar las conexiones con todo lo que me ata a mi pasado.

Tuvimos algunos momentos agradables juntos, pero a veces me asustas y creo que es hora de separarnos. Creí que podría lidiar con tus problemas, pero lo cierto es que me resulta abrumador, y lo mejor es que me vaya. He reservado un vuelo de ida a Europa y no pienso volver.

Gracias por todo y cuídate.

Angelina.

Miro fijamente el papel que tengo en la mano, luego lo arrugo y lo tiro por la habitación. La rabia, más fuerte que ninguna otra que haya sentido, me consume. La voz de Felix me llega por detrás, pero se va debilitando a cada segundo que pasa hasta que lo único que oigo es un zumbido en mis oídos, y luego nada.

Angelina

Llegan tarde. Me giro mirando arriba y abajo por la calle, preguntándome si, por algún golpe de suerte, Diego ha cambiado de opinión. Aunque hace bastante calor, me quedo con la chaqueta de cuero roja puesta. Aparte de algunos artículos de aseo y una muda de ropa, es lo único que me llevé cuando me marché a escondidas de la casa de Sergei. Pensaba dejar también la chaqueta, era muy cara, pero no pude convencerme de hacerlo.

También hay uno de sus pequeños cuchillos escondido en el fondo de mi mochila. No puedo ir a Diego desarmada. Un arma habría sido una opción mucho mejor, pero resultaba más difícil de ocultar.

Rodeo mi cintura con los brazos y me debato entre llamar a la zorra pelirroja, Juana, para preguntarle qué pasa cuando noto que se acerca un vehículo negro. Una sensación de desplome me invade. Parece que, después de todo, no tengo tanta suerte. El vehículo se detiene frente a mí y un hombre bajito sentado en el asiento del conductor baja la ventanilla. Tiene unos cuarenta años y es americano. El vehículo tiene quizá diez años y está muy usado. No hay nada mínimamente sospechoso en él. Al parecer, Diego no quiere arriesgarse a que las autoridades fronterizas miren demasiado a los pasajeros.

—¿Tienes mis documentos? —pregunto.

—Sí.

Respiro hondo, tiro el teléfono que Sergei ha comprado para mí entre los arbustos y rodeo el coche para meterme por la puerta del pasajero—. Vamos entonces.

Sergei

—¿Sergei? —La voz de Roman me llega desde algún lugar a mi derecha.

Abro los ojos y, durante un par de segundos, no consigo comprender dónde estoy hasta que me fijo en detalles familiares. Las estanterías de la izquierda siguen en su sitio, probablemente porque están ancladas a la pared. Son las únicas cosas, salvo la cama donde estoy sentado, que siguen intactas. Los dos sillones reclinables yacen volcados cerca de la pared opuesta de donde deberían estar, faltando algunas de sus partes. La cómoda, con la ropa desbordada, está volcada sobre una de las sillas. Hay trozos de madera, telas y libros esparcidos por toda la habitación, lo que hace parecer que ha sufrido un terremoto o un tornado.

—¿Sergei? ¿Estás con nosotros?

Miro hacia arriba.

Roman está de pie en la puerta con Felix acechando detrás de él. Mimi, con la cabeza sobre las patas y los ojos mirándome, está tumbada en el suelo frente a ellos.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto.

—Cuatro horas. —Roman da unos pasos, pero se detiene al llegar al centro de la habitación—. Felix me llamó en el momento en que empezaste a destrozar cosas, pero cuando llegué ya habías terminado con este piso.

—Mierda. —Sacudo la cabeza—. ¿Cómo se ve el piso de abajo?

Roman examina la habitación a su alrededor y se encoge de hombros—. Más o menos lo mismo. Suerte que Félix pensó en cerrar la armería antes que llegaras a ella.

Gracias a Dios. No recuerdo nada después de leer la nota de Angelina. Cerrando los ojos, respiro profundamente. Necesito salir de aquí.

—Albert, ¿dónde están las llaves de mi moto? —pregunto mientras me levanto de la cama.

—Tú te quedas donde estás —suelta Román y me apunta con su bastón—. Vuelve a sentarte.

—Roman, no —murmura Felix detrás de él.

—No voy a dejar que vaya a ninguna parte en este estado. Se estrellará o matará a alguien.

Inclino la cabeza y miro a mi hermano. Estamos bastante igualados en cuanto a fuerza, y nada me gustaría más que descargar parte de la frustración y la rabia bullendo en mi interior con una buena pelea. Pero Roman no puede enfrentarse a mí, al menos ya no, su rodilla está demasiado jodida. Y si lo pierdo durante el combate, puede que vaya a matar. No quiero aniquilar a mi hermano, por muy molesto que sea.

—Atrás, Roman. —Me dirijo a la puerta, pero al pasar junto a él, su mano sale disparada y rodea mi cuello.

—Ella no vale la pena, Sergei.

Agarro su camisa y me inclino hacia delante, mirándolo fijamente.

—No te atrevas a decir ni una palabra sobre ella —muerdo—. No dejaré que nadie hable mal de Angelina. Aunque me mata admitirlo, ella tomó la decisión correcta de salvarse. Nadie debería cargar con alguien tan jodido como yo—. Ni una palabra. ¿Me oyes, Roman?

Nos miramos fijamente durante unos instantes, luego Roman sacude la cabeza y retira su mano de mi cuello.

—Por favor, no hagas que te maten.

Suelto su camisa y me dirijo a la puerta, pero me detengo.

—Le prometiste a Angelina que investigarías sobre su Nana. ¿Tienes alguna información?

—Todavía no. Mi contacto en México ha llamado esta mañana y ha dicho que podrá comprobar el complejo Sandoval este fin de semana. Al parecer, Diego está organizando una fiesta.

—Bien. Avísame cuando llame.

—¿Por qué?

—Planeo sacar a la Nana de Angelina de allí si está viva.

—¡Maldita sea, Sergei! No vas a ir a México.

Ignoro sus gritos y salgo de la habitación.

—Quizá quieras llamar a Mendoza y ver si puede duplicar la cantidad el mes que viene —lanzo por encima del hombro—. O buscar otro proveedor porque voy a matar a Diego mientras estoy allí.

Capítulo 20

Angelina

Aprieto las manos en un puño y observo los alrededores mientras el vehículo se dirige a la enorme mansión de una sola planta que hay al final del camino. Cada segundo que pasa, el miedo sigue creciendo en mi estómago. Creí que no volvería a ver este lugar, o al menos esperaba no hacerlo. Es extraño. Nunca pensé que pudiera amar y odiar al mismo tiempo el lugar donde viví mi infancia.

El conductor aparca el vehículo junto a las amplias escaleras de piedra que conducen a la ornamentada puerta principal. Dos hombres, con sus rifles a la espalda, montan guardia a ambos lados. Nada ha cambiado. Tomo mi mochila, salgo del coche y subo las escaleras, tratando de mantener mi rostro inexpresivo.

No pienso mostrar lo aterrorizada que estoy. La gente dice que el miedo a lo desconocido es el más fuerte. Pues bien, no tienen ni idea, porque sé exactamente lo que me espera aquí, y cambiaría cualquier cosa por la ignorancia. Justo antes de llegar al umbral, la puerta se abre. Nana Guadalupe sale corriendo y me abraza.

—Mi niña[8]. —Ella lloriquea—. ¿Por qué demonios has vuelto aquí? Cuando Diego lo dijo, no le creí.

[8] En español original.

—Una larga historia, Nana —susurro en su cabello y aprieto su frágil cuerpo contra el mío. Verla sana y salva hace que todo esto sea un poco más fácil—. Tenía tanto miedo que Diego te hiciera daño.

Se inclina hacia atrás y toma mi cara entre sus manos.

—¿En qué estabas pensando Angelina? —Sacude la cabeza—. Deberías haberte quedado en Estados Unidos.

Abro la boca para contestar, pero una carcajada masculina viniendo del otro lado del pasillo me hace vacilar.

—Bueno, pero si es nuestra pequeña fugitiva... —grita Diego, y mis latidos se aceleran. Alzo la vista para verlo acercarse a nosotros tambaleándose. Es aún más repugnante de lo que recordaba, cabello grasiento y una camiseta manchada, cubriendo su enorme barriga.

—Diego. —Asiento y rodeo a Nana para situarme frente a ella, ocultándola con mi cuerpo. Todavía tengo miedo que pueda hacerle daño.

—Espero que hayas disfrutado de tu pequeño viaje, porque no volverás a salir del complejo. —Llega a situarse frente a mí, sus labios se estiran en una sonrisa maligna—. Bienvenida a casa, palomita. —Me golpea tan fuerte que me derrumbo en el suelo.

* * *

Siento algo húmedo en el costado de mi rostro. Por un momento, pienso que debe ser Mimi lamiéndome la mejilla. Abro los ojos y al girar la cabeza, un dolor intenso se apodera de mi lado izquierdo.

—Bebe esto. —Nana Guadalupe me mete una pastilla en la boca y me acerca un vaso a los labios. Me trago el analgésico y engullo un poco de agua, intentando mover la mandíbula lo menos posible.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—El bastardo te golpeó. Te desmayaste. Hice que uno de los chicos te trajera aquí.

Me siento en la cama y miro alrededor de mi antigua habitación. De alguna manera, se siente como si nunca me hubiera ido.

—¿Sabes lo que Diego está planeando para mí?

—Va a dar una fiesta mañana por la noche —dice ella—. Va a anunciar que os vais a casar.

—¿Cuándo?

—El miércoles. —Coge mi mano y aprieta mis dedos—. ¿Por qué Angelinita? ¿Por qué volver cuando sabías lo que iba a pasar?

La miro, sintiendo que las lágrimas se acumulan en las esquinas de mis ojos. Entonces, le explico todo. Cuando termino, estoy llorando tanto que apenas puedo ver su cara entre tantas lágrimas.

—¿Estás enamorada de tu ruso?

—Sí —susurro y cubro mi boca con la mano. Es difícil hablar de Sergei.

—Dame su número, intentaré llamarlo. Debe venir a sacarte de aquí.

—No. Diego simplemente lo matará.

—Angelina...

—No, Nana. Lo hecho, hecho está. No me arriesgaré a que muera por mi culpa.

La puerta de mi habitación se abre y entra Maria, una pequeña sonrisa estirando de sus labios—. Diego te está esperando en su habitación —dice y su sonrisa se amplía—. No dejes que se inquiete.

Se da la vuelta y cierra la puerta tras ella mientras el pánico y el terror se apoderan de mis entrañas.

—¿Dónde está mi mochila? —susurro.

Nana lo coge de la mesa y me la pasa con una expresión de horror escrita en su cara. Sabe muy bien lo que viene a continuación. Cojo la mochila y meto la mano dentro, rebuscando en su contenido hasta que mis dedos rodean la elegante hoja del cuchillo arrojadizo de Sergei. Lo saco.

—No puedes matar a Diego con eso.

—Lo sé —digo, levantándome de la cama, y dirigiéndome al baño.

Colocando el cuchillo en la encimera junto al fregadero, me quito los vaqueros y las bragas, y empiezo a subir mi manga izquierda.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Nana Guadalupe desde la puerta.

—Escuché a Diego decir que no quiere follar con putas cuando tienen la regla —digo y saco el cuchillo—. Dijo que le resulta asqueroso.

Coloco la punta de la hoja en la parte superior de mi brazo izquierdo. Apretando los dientes, la presiono ligeramente hasta que atraviesa la piel. Oigo a Nana jadear cuando la sangre empieza a brotar del pequeño corte. Cojo las bragas de la encimera y presiono la tela beige sobre la herida, asegurándome de embadurnarla de sangre para que parezca lo más auténtica posible. Cuando hay suficiente sangre en las bragas, me las vuelvo a poner y cojo una toalla del estante, presionándola con fuerza contra la incisión.

—Busca algo para envolverme el brazo —digo y empiezo a abrir los armarios, esperando encontrar un botiquín. El corte no es tan grande, debería dejar de sangrar pronto, pero sería más seguro que me pusiera algo encima para sujetar la piel. No hay botiquín, pero aún me queda un poco de suerte, porque encuentro una caja con tiritas.

Nana Guadalupe vuelve corriendo al baño. Sostiene una funda de almohada y rasga una cinta ancha de ella. Cuando termina, coloca dos tiritas sobre el corte y me envuelve el brazo con la tira de algodón.

—Ponme otra encima —digo. Las mangas de mi camisa son anchas, así que el vendaje improvisado no debería ser visible por debajo. No puedo arriesgarme a que la sangre se filtre. Diego podría notarlo.

Después que me envuelve el brazo con otra banda de tela, me bajo la manga, me pongo los vaqueros y me dirijo a la puerta.

—¿Crees que esto lo detendrá? —pregunta Nana desde la puerta del baño.

—No impedirá que me viole finalmente —digo—, pero espero que me conceda unos días al menos.

* * *

El imbécil se quedó con el dormitorio de mi padre.

Miro fijamente la gran puerta blanca al final del pasillo durante un largo rato antes de respirar profundamente y girar el pomo para entrar.

Diego está tumbado en la cama, completamente desnudo, sosteniendo su pequeña polla en su carnosa mano, acariciándola. Cuando me ve, me hace un gesto para que me acerque. Me dirijo hacia la cama, tragando la bilis. Solo con mirarlo me pongo enferma.

—Tenía muchas ganas de esto, palomita. —Sonríe—. Quítate la ropa y ven aquí. Me he estado preparando para ti.

Me detengo al borde de la cama y empiezo a desabrocharme los vaqueros, rezando a todo lo sagrado para que tenga razón y no quiera tener nada que ver conmigo cuando vea la sangre. Es curioso que un hombre tan repulsivo y asqueroso pueda considerar impura a una mujer si tiene su periodo. Me desabrocho los vaqueros y los deslizo hacia abajo, observando su cara mientras contengo la respiración.

—¡Puta asquerosa! —grita, con los ojos clavados en mis bragas, y luego se levanta, agarrándome por el antebrazo—. ¿Lo has hecho a propósito? ¿Te pusiste con la regla?

Miro hacia abajo, fingiendo sorpresa.

—No me he dado cuenta. Probablemente acaba de empezar.

Me mira fijamente a los ojos, me suelta el brazo y me da una bofetada en la cara.

—Súbete los pantalones.

Me subo los vaqueros y me doy la vuelta para irme, pero su mano sale disparada y me agarra de la muñeca.

—¿Adónde crees que vas? No tienes la boca sucia. —Sonríe y se sienta en el borde de la cama, separa las piernas y tira de mi brazo—. Arrodíllate.

Miro hacia abajo, hacia su penosa polla, y luego hacia arriba, hasta que nuestras miradas se encuentran. Probablemente me matará si me niego. Mi muerte romperá el corazón de mi Nana, pero no me arrodillaré y chuparé la polla del hombre que mató a mi padre. Incluso si eso significa la muerte.

Bajando la cabeza hasta que nuestros ojos están a escasos centímetros, sonrío y le escupo a la cara—. Chupa tu propia polla, Diego.

Ruge, me arroja a la cama y se encarama sobre mí, rodeando mi cuello con las manos y apretando. Jadeo y lo araño, intentando quitarle los dedos mientras mis pulmones piden aire a gritos. No lo consigo. Mi visión empieza a oscurecerse y se forman manchas oscuras delante de mis ojos, pero sigo agitándome, intentando quitármelo de encima. Debería haber traído el cuchillo de Sergei conmigo. Estoy medio inconsciente cuando las manos se levantan de mi cuello y trago aire, tosiendo. Otra bofetada cae sobre mi cara, y luego una más.

—No puedo esperar al miércoles —Diego se burla de mí—. Sucia o no, te voy a follar delante de todos, palomita. Nadie le dice no a Rivera.

Me golpea de nuevo y me empuja de la cama. A duras penas consigo levantar las manos delante de mí para frenar la caída.

—Quiero que te arregles para la fiesta de mañana. Asegúrate de cubrir bien los moratones. No quiero que la gente piense que no te trato como te mereces. —Se ríe.

Aspiro una bocanada de aire, me levanto lentamente del suelo y me giro para mirar al cabrón mientras él se reclina en la cama con una gran sonrisa en su cara.

—Que te den —digo con rudeza, me paso el dorso de la mano por la boca para limpiar la sangre y me dirijo a la puerta.

La risa loca de Diego me sigue.

Sergei

Me llegan voces lejanas, pero al principio no registro las palabras. Todo suena como un murmullo apagado. Poco a poco, se vuelven más fuertes y coherentes. Cuando mi visión se aclara, Felix está de pie al otro lado de la sala de estar, con Roman y el doctor a ambos lados.

—¿Sergei? —Félix da un paso hacia mí.

—¿Qué?

—Ha vuelto. —Suspira y se vuelve hacia los otros dos hombres—. Deberíais iros. Ya os llamaré.

Espero a que Roman y el doctor se vayan y me levanto del suelo, haciendo una mueca de dolor por la sensación de pinchazos a lo largo de las piernas.

—¿Qué ha pasado?

Lo último que recuerdo es llegar a casa después de pasar dos días dando vueltas por la ciudad, solo parando para echar gasolina, o cuando necesitaba comer y no pude seguir ignorando las demandas de mi cuerpo. Y luego nada—.

—Te encontré aquí cuando he venido a mediodía. Llevas horas mirando la pared.

—¿Qué hora es?

—Siete de la tarde.

Bueno, eso explica por qué mis piernas se sienten como si estuvieran hechas de plomo—. ¿Qué estaba haciendo Roman aquí?

—Ha venido a hablar contigo. Trajo a Doc con él en caso que no salieras de ahí.

—¿De qué quería hablar?

—Su contacto en México llamó —dice y me sigue hasta la cocina mientras me dirijo a la nevera para sacar una botella de agua—. Ha encontrado a Guadalupe Pérez. Sigue en el complejo.

—Bien. Mira a ver si puedes conseguirle una identificación que sirva para el cruce rutinario de la frontera. No debería llevar mucho tiempo. Iré a buscarla tan pronto como la tengas.

—De acuerdo. —Asiente, pero sigue mirándome de forma extraña.

Conozco a Felix desde hace quince años y reconozco la mayoría de sus gestos.

—¿Qué es?

—¿Antes de irse, Angelina actuó de forma extraña?

Aprieto el borde del mostrador, mirando fijamente las baldosas blancas que tengo delante y, aprieto los dientes. Es difícil pensar en ella.

—Tal vez un poco. Cuando lo pensé, supuse que probablemente era porque ya estaba planeando irse.

—¿Se le acercó alguien?

Me giro para mirarlo.

—No. ¿Por qué?

—Porque no está en Europa. Está en México, Sergei. Con Diego Rivera.

—¿Qué? —golpeo el vaso que tengo en la mano contra la encimera y se hace añicos, volando trozos de cristal por todas partes.

—El contacto de Roman dijo que la vio hoy, en el almuerzo que organizó Diego. Rivera anunció que ambos se casarán el miércoles.

Cierro los ojos y respiro profundamente, intentando repasar la semana pasada en mi mente. Angelina se comportó de forma extraña la mañana en que desapareció, así que algo debió ocurrir antes. El centro comercial. Pasó demasiado tiempo en ese baño.

—Necesito que accedas a las cámaras interiores del centro comercial donde fuimos el día antes de marcharse —digo.

—Seguro. Iré a por mi portátil.

* * *

Miro fijamente la foto en blanco y negro de una mujer que Felix sacó de los registros policiales. Luego, muevo los ojos hacia la derecha, donde la imagen fija de la cámara muestra a la misma mujer saliendo del baño del centro comercial unos minutos antes que Angelina saliera.

—Juana Ortiz —dice Felix—. No hay pruebas, pero la nota del informe dice que es sospechosa de trabajar para Diego Rivera.

—Probablemente amenazaron a Angelina con matar a su Nana. ¿Por qué no dijo nada, maldita sea?

—No creo que amenazaran a su Nana, Sergei. Mira. —Saca otro ángulo de la grabación. Otro extremo del mismo pasillo. Juana camina hacia dos hombres junto a una máquina expendedora, asiente y se van.

—También he comprobado las otras cámaras —dice Felix mientras vuelve a sacar el vídeo de Juana saliendo del baño—. Estaban situados a unos quince metros directamente detrás de ti. El más alto ocultaba un arma bajo su chaqueta. Se puede ver desde otra cámara. Presta atención a dónde mira Angelina justo después de salir.

Reproduce el vídeo y enfoca la puerta del baño. Probablemente la cámara estaba instalada cerca, porque cuando Angelina sale, puedo ver claramente la expresión de terror en su rostro cuando mira hacia arriba y por encima de mi hombro, directamente en dirección al lugar donde estaban los hombres. Sus ojos se desvían hacia mí para volver a mirar a los matones por un momento antes de encaminarse hacia mí.

—Creo que la amenazaron con matarte —dice Felix.

Miro fijamente la grabación en pausa, mis ojos pegados a la cara asustada de Angelina, y sonrío.

—Voy a masacrarlos a todos.

* * *

Coloco la última de las armas en el compartimento oculto en el suelo de mi coche, cierro el maletero y silbo a Mimi, que baja corriendo las escaleras y salta al asiento trasero. Me pongo al volante y cierro la puerta. Estoy a punto de poner el contacto cuando la puerta del pasajero se abre y Felix entra.

—¿A dónde crees que vas? —pregunto.

—A México. —Tira su mochila en el asiento trasero junto a Mimi y se abrocha el cinturón de seguridad.

—No vas a ir. —Me inclino sobre él y abro su puerta—. Fuera.

—No.

—Esto no es una puta excursión geriátrica. Me estoy infiltrando en un complejo del cártel, custodiado por al menos treinta hombres armados.

—Exactamente —suelta—. Necesitas refuerzos. Y un conductor por si te disparan y no puedes volver.

—Eres demasiado viejo para esta mierda. No voy a dejar que arriesgues tu vida por mí, Albert. Fuera.

—¿Podrías parar con tu mierda de 'soy invencible'? ¿Tienes ganas de morir? ¿Es eso? Porque los dos sabemos que, si entras sin refuerzos de vigilancia, ¡las posibilidades que salgas vivo son nulas!

—He completado misiones con más hostiles varias veces.

—Sí, pero entonces solo tenías que preocuparte de ti mismo. ¿Cómo piensas salir de ese lugar con dos mujeres a cuestas? Te retrasarán. Sin mencionar el pequeño ejército que te perseguirá.

—Me las arreglaré.

—¡Morirás! —me grita en la cara, y luego cambia su mirada hacia el parabrisas—. Voy a ir.

Mimi ladra desde el asiento trasero.

—¿Ves? Somos dos contra uno.

Le observo mientras se arregla el cuello de la camisa, mueve sus gafas por su nariz y se reclina en su asiento.

—Jodidamente perfecto —murmuro y arranco el coche.

Felix guarda silencio durante los primeros cinco minutos, más o menos, y luego empieza a quejarse de Marlene. No le presto atención. No estoy de humor para dar consejos sobre relaciones en este momento.

—¿Qué pasó en Colombia, Sergei? —pregunta de repente.

Enciendo un cigarrillo y lo miro de reojo.

—¿Otra vez eso?

—Sí. —Se gira hacia la ventana y mira fijamente hacia afuera—. Por favor.

Suspiro.

—El político que Kruger me envió a eliminar. Se dedicaba al tráfico de personas.

—Lo sé. Eso estaba en el archivo de la misión.

—Lo maté mientras desayunaba en su jardín. Todo el mundo sabía que tenía chicas a la venta y que las guardaba en algún lugar del complejo. Planeé infiltrarme en él, para buscarlas. Kruger dijo que no. Me aseguró que la policía las encontraría y las liberaría cuando vinieran a investigar. —Me agito en mi asiento y doy una calada al cigarrillo—. La policía vino. Luego se fue. No sacaron a nadie, solo sellaron el lugar y se fueron.

—Entonces, ¿no encontraron a las chicas?

—Oh, las encontraron —digo.

—No entiendo.

—Entré cuando la policía se fue. Tardé en encontrar la puerta del sótano. —Cierro los ojos por un segundo, tratando de suprimir las imágenes de los cuerpos desperdigados—. Ya estaban muertos. Cada una de ellas con un disparo en la cabeza. La policía colombiana estaba obviamente involucrada en el tráfico. Se deshicieron de las chicas cuando las encontraron, para que no pudieran hablar.

—Jesús.

—No estoy seguro, porque todas estaban muy sucias y eran solo piel y huesos, pero no creo que ninguna tuviera más de dieciséis años. —Me giro para mirar a Felix—. Diez niñas murieron por mi culpa. Si hubiera entrado antes que la policía, hoy estarían vivas.

—No fue tu culpa —ladra—. Estabas siguiendo órdenes estrictas.

—Sí. —Asiento y enciendo otro cigarrillo—. Como se supone que debe hacer el soldadito perfecto que tiene Kruger.

Felix mira hacia otro lado. El resto del trayecto transcurre en completo silencio.

* * *

Conseguimos cruzar la frontera sin problemas. Cuando salimos de la autopista por una carretera secundaria que lleva al complejo de Sandoval, compruebo el mapa. He marcado todos los lugares donde los hombres de Sandoval suelen hacer guardia. Dudo que Diego se haya molestado en cambiar los lugares. Tomo otro camino lateral que debería llevarnos casi al complejo con un solo punto de control en el camino. Cuando nos acercamos a la ubicación de los guardias, aparco el coche detrás de un follaje y salgo para cambiarme y armarme.

—¿Qué coño es eso? —murmura Felix detrás de mí mientras saco las armas.

—Ballesta. —Abro la caja con pernos y empiezo a contarlos—. Es un nuevo modelo que me regaló Luca el mes pasado para que lo probara.

—Estás desquiciado. —hace un gesto—. ¿No puedes hacer nada de forma normal? ¿Por qué no despacharlos con un cuchillo?

—Porque normalmente hay al menos tres hombres en este puesto de control. Y no está lo suficientemente oscuro como para acercarse sigilosamente a tantos objetivos.

—¿Así que elegiste una maldita ballesta? ¿Quién te crees que eres, el maldito Van Helsing?

—Oh, cállate ya.

—¿Qué hay de un rifle de francotirador?

—No en este terreno. Necesitaría acercarme mucho para eso. —Ato un cuchillo a mi muslo y cojo la ballesta—. Volveré en una hora. Prepara las cámaras y las colocaré alrededor del complejo tan pronto oscurezca.

—¿Cuántas?

—Doce. Que Mimi haga sus necesidades, pero no andes por ahí. Nadie debería encontrarnos aquí, pero ten un arma preparada, por si acaso.

—¿Realmente crees que puedes lograr esto? Son al menos treinta guardias de seguridad, Sergei, más, los invitados, que probablemente estarán todos armados.

—Nada que un poco de C-4 no pueda solucionar —digo y me dirijo en dirección a los guardias.

—¿Hemos conducido hasta aquí con C-4 en un maletero? —me susurra—. ¿Cuánto has cargado?

Miro por encima del hombro y le guiño un ojo.

—Todo, Albert.

* * *

Hay cuatro hombres de Diego alrededor de la caseta que utilizan como puesto de control. Uno de ellos está junto a los vehículos aparcados a un lado, mientras el resto está sentado en el porche, comiendo. No me gusta matar a la gente cuando está comiendo, me parece una falta de respeto, pero tengo una agenda muy apretada.

Apunto con la ballesta al hombre solitario y, cuando me seguro que nadie mira en su dirección, dejo volar la saeta. Le atraviesa el costado de la cabeza, pero calculé mal el ángulo. En lugar de caer directamente, el impacto impulsa al tipo sobre el capó del coche antes que su cuerpo ruede hacia el suelo. Las cabezas de los demás hombres se mueven en dirección a los vehículos, pero no pueden ver lo que ha pasado desde donde están.

Cargo otra saeta en la ballesta y espero.

Dos tipos cogen sus armas y se dirigen alrededor de la caseta hacia los coches, llamando a su amigo. En el momento en que doblan la esquina, disparo al tipo que permanecía en el porche. Dejo la ballesta en el suelo y, sacando el cuchillo, corro hacia los vehículos desde el otro lado.

Si ven el cuerpo, pueden llamar a la base para denunciarlo, y eso no lo puedo permitir. La principal ventaja de mi plan para mañana es el factor sorpresa. Si no tengo eso, todo puede irse al infierno. Usar mi arma no es una

opción porque estamos demasiado cerca del complejo y alguien puede escucharlo. Ir contra dos hombres armados solo con un cuchillo no es el curso de acción más sabio, pero tendrá que servir. Me coloco de espaldas al lado de un todoterreno, justo al lado del muerto, y espero.

Uno de los hombres se vuelve para mirar hacia la caseta, y aprovecho ese momento para saltar delante del otro y rebanarle el cuello. En el momento en que su cuerpo cae al suelo, entierro el cuchillo en el costado del otro hombre y agarro su arma con mi mano libre. Dos puñaladas más y está acabado.

Escondo el cuerpo del primer tipo que he liquidado en uno de los maleteros. Tardo quince minutos en arrastrar a los otros tres hasta los coches y esconderlos también, antes de estar listo para regresar. Es hora de preparar el escenario para mañana.

Angelina

—Déjame ver. —Nana Guadalupe sujeta mi barbilla entre sus dedos, girando mi rostro hacia un lado, inspeccionando los hematomas, ahora de una repugnante tonalidad morada.

—Nana, quiero que me consigas un arma —digo y me giro para mirarla—. Tiene que ser hoy. No sé cuándo está previsto que el maquillador y el peluquero lleguen mañana por la mañana.

—¿Y qué piensas hacer con un arma, Angelinita?

—Mañana voy a matar a Diego.

—¡No! —agarra mi mano—. Aunque consigas dispararle, sus hombres te matarán en el acto.

—Me ha dicho que piensa follarme delante de todos después de la boda —digo y aprieto su mano—. Si lo intenta, necesitaré esa pistola, Nana. Porque no voy a dejar que ese hijo de puta me viole en la mesa del comedor delante de sus invitados.

He estado pensando en mis opciones y no se me ha ocurrido nada más. Si intento huir, hay tres resultados posibles. Uno, fracaso, y Diego me mata de inmediato. Dos, fracaso, Diego me atrapa, y me arrastra de vuelta. Y tres, logro huir, y él mata a Sergei. Las dos primeras son básicamente lo mismo, porque si me arrastra de vuelta, estoy como muerta. Me torturará por desafiarlo antes de matarme. La tercera está descartada porque estoy absolutamente segura

que matará a Sergei para castigarme por haberlo convertido en el hazmerreír del complejo al huir de él dos veces.

Tomo la cara de mi Nana entre mis manos y miro sus cálidos ojos.

—¿Me vas a dar esa pistola?

Aprieta los labios y asiente.

Capítulo 21

Angelina

La puerta detrás de mí se abre y Maria entra con un corto vestido rojo cubierto de lentejuelas. Tiene una sonrisa falsa en su cara y sus ojos me observan con malicia.

—Llegarás tarde. A Diego no le gustará —dice ella.

Todavía no puedo entender cómo puede dejar que ese cerdo se la folle todas las noches. Solo con mirarlo me dan ganas de vomitar.

—Por lo que he oído, está de buen humor —comento.

Hace horas que empezaron a beber y a cantar. Puedo escuchar las risas y el griterío desde aquí, aunque mi habitación está en el lado opuesto de la casa.

—Deberías maquillar más los hematomas, Angelina. El tono azulado todavía se nota.

—También, los tuyos —digo y la veo volverse hacia el espejo, inspeccionando su rostro. Así que también la golpea. Al parecer no es tan especial después de todo—. Vete. Voy a bajar en un minuto.

Después que Maria se va, despido a las maquilladoras. Cuando finalmente estoy sola, me siento en la cama y cierro los ojos, dejando que mi mente se desplace a esa última noche con Sergei. No puedo creer que me dejara restregarle aceite de rosas por todo su cuerpo. Todavía olía ligeramente a flores cuando fue a la reunión a la mañana siguiente. Mis labios se amplían en una sonrisa al recordarlo, pero una sola lágrima se desliza por mi mejilla. Dios, lo echo tanto de menos. Ojalá tuviéramos más tiempo juntos.

Otra ronda de risas bulliciosas me alcanza, devolviéndome a la realidad. Alzando la mano, aparto la lágrima perdida para luego posar mi mano en el muslo y sentir el arma oculta bajo el sedoso material. Es hora de irse. Me levanto y salgo de la habitación.

* * *

—¡Palomita! —ruge Diego desde su lugar en la cabecera de la mesa que se ha montado en el jardín—. Ven aquí.

Aprieto las manos en puños y atravieso la amplia zona de césped hasta llegar al patio empedrado donde todos se han reunido. Hay unas cuarenta personas, la mayoría hombres. A algunos de ellos los conozco porque eran socios de mi padre y compañeros de negocios que venían a nuestra casa con bastante frecuencia. Por la forma en que evitan mirarme, probablemente saben que no estoy aquí voluntariamente, pero ninguno de ellos me defiende. Los negocios son siempre lo primero, al margen de la moral. Los demás me miran pasar, lanzando chistes verdes, riéndose como cerdos y felicitando a Diego por su elección.

Al acercarme a la cabecera de la mesa, me fijo en el sacerdote sentado a la izquierda de Diego y, por un fugaz segundo, me asalta la esperanza. Lo conozco. Mi padre donaba regularmente dinero para los niños sin hogar de los que se ocupa su iglesia. Sin embargo, cuando levanta la vista hacia mí, hay una mirada de terror en sus ojos, así como una advertencia cuando echa una mirada de reojo a Diego. La esperanza se desvanece al comprender. El Padre Pedro también ha sido amenazado. Me pregunto si el repugnante que pronto será mi marido obligará al cura a quedarse y mirar cuando intente violarme delante de todos.

—¿No es hermosa? —me pregunta Diego mientras me agarra de la muñeca y tira de mí hacia la silla.

Siento que su mano carnosa llega a mi pierna, justo por encima de la rodilla, y quedarse totalmente quieta. Si mueve la mano unos pocos centímetros por encima de mi muslo, sentirá el arma, que llevo atada allí.

—No tan rellenita como me gusta, pero servirá. —ríe Diego, y exhalo cuando retira la mano para alcanzar una copa de vino.

Ya está borracho, al igual que todos los demás alrededor de la mesa. Probablemente el cura tendrá que casarnos mientras estamos sentados, porque dudo que Diego pueda mantenerse en pie. Miro hacia la casa y veo a Nana Guadalupe de pie, con la mano derecha oculta dentro de su chaqueta de punto. Me mira fijamente, pero luego sus ojos se dirigen a Diego. ¿Por qué lleva esa cosa? Hace un calor abrasador y ya me estoy derritiendo con el vestido. Me devuelve a mirada, baja la vista hacia el reloj de su muñeca izquierda y sonríe antes de dirigirse hacia nosotros. La observo, sus ojos entrecerrados mientras rodea la mesa y se coloca detrás de mi silla.

—No te levantes —susurra en mi oído, agarra el respaldo de la silla y la empuja hacia un lado conmigo todavía sobre ella. Cuando caigo al suelo, un silbido atraviesa el aire.

Aterrizo sobre mi hombro y aúllo, pero mi alarido se pierde en el épico estruendo que reverbera en algún lugar cerca de la puerta de guardia. Hay unos instantes de silencio absoluto, y luego tres explosiones más, una tras otra. La gente empieza a gritar, a saltar de sus sillas y coger sus armas. Ruedo hasta estar debajo de la mesa y miro hacia arriba para ver a Nana Guadalupe agachada a mi lado, con un arma en su mano. Sigue sonriendo.

—¿Qué está pasando? —grito al tiempo que me subo la falda y saco mi arma, pero no creo que me oiga porque las explosiones continúan a nuestro alrededor, cada una con menos de un segundo de diferencia. Esto parece el fin del maldito mundo. Me asomo a través del mantel para comprobar lo que está pasando justo a tiempo de ver cómo se derrumba el edificio auxiliar donde guardamos los vehículos. Los invitados y los guardias de seguridad corren por el césped con las armas en alto, todos con cara de confusión, y observo cómo uno de los hombres cae al suelo. Por un momento, pienso que debe haber tropezado, pero entonces mis ojos encuentran un gran punto rojo en el centro de su frente.

En el breve intervalo entre las explosiones, escucho otro silbido viendo caer a otro hombre.

—¡Es un francotirador! —grita alguien, y la gente empieza a correr para ponerse a cubierto.

Dos guardias de seguridad se dirigen hacia la casa para acabar poco después en el suelo. Los invitados corren en estampida hacia sus vehículos aparcados y, uno a uno, los coches corren hacia la puerta abierta que ahora

cuelga de sus soportes, destruida por una de las explosiones. La mayoría de las personas que quedan atrás son soldados y la seguridad de Diego.

Una mano atrapa el borde del mantel frente a mí, y la cabeza de uno de los guardias aparece bajo la mesa. Me agarra por el pelo y me arrastra hacia fuera, justo cuando Nana Guadalupe le pone su pistola en la sien y dispara. La sangre y materia cerebral estallan por todo mi vestido, pero no tengo tiempo de pensar en ello porque otro par de manos agarran mi tobillo, tirando hacia atrás. Me aferro a la pata de la mesa, girándome para ver la cara furiosa de Diego.

—¡Ven aquí, perra! —gruñe, tirando de mi pierna.

Apunto a su pecho y dejo que la bala vuele, pero le da en el hombro, lo que solo lo enfurece más. Vuelve a tirar de mi pierna y el arma se me escapa de las manos.

Mi corazón da un salto y mi respiración se detiene. Un sudor frío recorre mi frente. Mis ojos se abren de par en par cuando Diego me apunta con su pistola.

De repente, una enorme masa de algo negro se estrella contra el costado de Diego y la bala destinada a mí estalla en la silla volcada, sin alcanzarme por centímetros, pero haciendo llover escombros por todas partes. Miro fijamente a la bestia que tiene el cuello de Diego entre sus mandíbulas, escuchando los extraños gorjeos que salen de la garganta del hombre que pronto morirá.

—¿Mimi?

La perra gira la cabeza hacia mí sin soltar su presa, sacude la cabeza y los huesos de Diego se rompen con un crujido. Un largo silbido llega a mis oídos y la cabeza de Mimi se mueve inmediatamente hacia un lado. Suelta un gruñido bajo y se lanza tras un soldado que huye. Veo con ojos muy abiertos cómo salta sobre su espalda y lo tira al suelo. La sangre salpica por todas partes cuando Mimi hunde sus caninos en la nuca del hombre.

El sonido silbante sigue perforando el aire cada dos segundos. Otra explosión retumba, seguida de otra más, y el lado izquierdo de la casa donde estaba la cocina se derrumba, una nube de polvo envuelve todo alrededor.

El amartillado de un arma suena detrás de mí, y me giro para ver a Nana Guadalupe apuntando a otro soldado. Dispara, pero falla. El hombre comienza a levantar su arma de fuego, pero se detiene en mitad del movimiento y cae de rodillas, dejando ver una figura vestida de negro situada a varios metros, sosteniendo un arma. Parpadeo y luego miro fijamente, observando sus pantalones tácticos y el surtido de armas que lleva atadas a sus piernas. Dejo que mis ojos se desplacen por encima del chaleco antibalas y la camisa negra para fijarme en su rostro, camuflado con pintura militar. No

puedo ver sus rasgos con claridad, pero reconocería su pálido cabello en cualquier lugar.

—Sergei —susurro, y lágrimas recorren mi rostro—. Él vino por mí.

—Tu ruso está aún más apuesto con todo el equipo —murmura la Nana Guadalupe a mi lado.

—¿Qué? —pregunto, sin apartar la vista de Sergei mientras corre hacia un coche aparcado donde se esconden otros dos soldados.

—Anoche, cuando estaba llevando la cena a los soldados de Diego en los barracones, saltó de los arbustos. Casi me da un infarto.

—¿Sabías lo que estaba planeando? ¿Por qué no dijiste nada?

Sergei se detiene, dispara a uno de los soldados y luego sigue corriendo mientras salta sobre los cadáveres en el suelo.

—Dijo que era una sorpresa. —Se ríe—. Creo que es romántico.

—¿Romántico? —Observo los muros derruidos de la casa de mi infancia, luego escudriño el césped cubierto de sangre y cadáveres, y me detengo en los dos edificios exteriores situados a un lado. O... lo que quedaba de ellos.

Me llega un fuerte ladrido y vuelvo la cabeza hacia Sergei, que casi ha llegado al coche donde Mimi está atacando al soldado que queda. Hay otro hombre agazapado tras el montón de escombros, a unos diez metros de Sergei. Lleva un rifle en la mano y, mientras lo observo, levanta el arma. Tomo mi pistola del suelo, apunto y envío todas las balas que me quedan al soldado. Dos de ellas le dan en el pecho y cae. Nana también amartilla su arma y dispara tres balas más hacia allí.

—Por si acaso —comenta.

Cuando vuelvo a mirar a Sergei, está de pie junto al cuerpo del último soldado, sangre goteando de un largo cuchillo en su mano, hablando con su casco. Lanza una mirada al hombre al que Nana y yo acabamos de disparar, luego se vuelve hacia nosotros y levanta el pulgar. Sí, puede que esté un poco chiflado, pero lo amo de todos modos.

El estruendo de un motor se acerca, y un par de segundos después, un coche se detiene en la entrada, y la cabeza de Felix asoma por la ventana.

—¡Vamos! —grita.

Tomo la mano de Nana en la mía y corremos hacia el coche.

Sergei

Angelina empuja a su Nana al asiento del copiloto, pero todavía no puedo hacer ningún movimiento para unirme a ellas. Aún podría haber alguien cerca, y pienso eliminarlo antes que se le ocurra convertirse en una amenaza para mi chica. No estoy seguro de cuántos hombres de Diego he matado en los últimos veinte minutos. Entre treinta y cuarenta, según el recuento aproximado.

No pensaba con demasiada claridad, y ni siquiera recuerdo cómo acabé con la mitad de ellos. Tenía mucho miedo que alguien pudiera herir a Angelina si no era lo suficientemente rápido. Fue la adrenalina, el instinto y la memoria muscular, pero estoy bastante seguro que tengo todos los hostiles. Mimi se encargó de algunos. Y creo que la Nana de Angelina se deshizo de al menos tres. Es una mierda que no haya tenido la oportunidad de matar a Diego yo mismo, pero que le arrancaran la garganta debió ser una forma muy desagradable de morir. Ese hecho me hace muy feliz.

Angelina cierra la puerta tras Guadalupe, pero en lugar de entrar en el coche, se gira para mirarme y se queda mirando con su mano cubriendo su boca. Su elegante vestido está roto en algunas partes, y la sangre ha salpicado la mayor parte de él, pero no es nada comparado con el aspecto que probablemente tenga yo. Debería haber dejado que Guadalupe le contara mi plan y mantener a Angelina dentro. Es posible que ahora me tenga aún más miedo. Rápidamente, escondo la mano que aún sostiene el cuchillo que usé para matar al último hombre detrás de mi espalda. No me atrevo a acercarme a ella porque no creo que pueda soportar que se aleje de mí. Si hay algo que no puedo soportar es que Angelina me tenga miedo. Cuando baja la mano veo que está llorando, y algo dentro de mí se desmorona.

Doy un paso atrás.

Félix puede llevarlas a un lugar seguro y volver a por mí más tarde. No la haré soportar mi presencia ni la angustiaré más de lo necesario. Tal vez debería dar una vuelta para comprobar si alguno de los hijos de puta sigue vivo y corregir ese percance. Sí, eso haré. Aparto los ojos de Angelina y me dirijo al cuerpo más cercano cuando escucho que me llama por mi nombre. Me doy la vuelta, y mis ojos se abren de par en par cuando ella se lanza hacia mí con los pies descalzos, agarrando la falda de su arruinado vestido con las manos.

—¡Sergei! —vuelve a llamar, salta sobre un soldado muerto y se lanza a mis brazos—. Has venido por mí.

—Desde luego, vine por ti —digo y la beso como si mi vida dependiera de ello. Siempre iré a por ti, cariño

Angelina rodea mi cuello con sus brazos y sus piernas se estrechan alrededor de mi cintura—. Me debes una casa.

—Sí, lo siento. Me dejé llevar un poco.

—¿Un poco? —Resopla y entierra su cara en el hueco de mi cuello—. Pensé que no volvería a verte.

—¿Por qué no dijiste nada? Me habría ocupado de Diego por ti, cariño.

—Me dijo que te mataría si no volvía. —Apoya sus manos en mis mejillas, mirándome a los ojos—. Nunca podría arriesgar tu vida. Creo que nunca me perdonaría si te pasara algo por mi culpa.

—Bueno, estoy seguro que nadie me echaría de menos a mí y a mi mierda.

—¡No digas eso! —Ella estruja mi cara—. ¡No te atrevas a decir eso nunca más! Felix te echaría de menos. Mimi. Tu hermano.

—Oh, Roman probablemente haría una fiesta.

—Eso no es cierto, y lo sabes. —Se inclina hacia delante, presionando sus labios contra los míos, y luego se retira para mirarme a los ojos—. Te echaría de menos.

Mi cuerpo se paraliza.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorada de ti —susurra y vuelve a besarme.

Cuando se retira, busco en su rostro.

—Pensé que te daba miedo. Lo dijiste en la nota que dejaste.

—Nunca te he tenido miedo, Sergei. Lo que temía era que vinieras a por mí y acabaras muerto. Siento mucho haberte hecho daño, cariño.

—Entonces... ¿vas a volver? ¿Conmigo?

—Si no tienes nada en contra de ese plan, sí.

La miro a los ojos y la estrecho contra mí.

—Cásate conmigo —suelto.

Angelina parpadea, mira a nuestro alrededor, donde hay al menos veinte cadáveres esparcidos, y luego me mira fijamente.

—Sí que sabes elegir el momento y el lugar, grandullón.

—¿Quieres casarte conmigo?

Creo que mi corazón deja de latir mientras la observo con los ojos pegados a sus labios, esperando su respuesta.

—Por supuesto, que sí. —Sonríe y me besa.

De repente, un fuerte bocinazo viene del camino de entrada y Angelina se tensa en mis brazos. Rechinando los dientes, miro hacia el coche donde Felix sigue presionando el claxon.

—Voy a matarlo —muerde—. El viejo murciélago acaba de arruinar mi propuesta de matrimonio.

—¿Queréis venir ya, idiotas enamorados, para que podamos irnos? —grita Felix con la cabeza fuera de la ventanilla.

—¡Estás muerto, Albert! —digo mientras llevo a Angelina al coche.

—¡Estaremos todos muertos si no nos vamos ahora mismo! Estoy seguro que la mitad de la policía y bomberos de México están en camino. Junto con un equipo sísmico, ¡porque has decidido reordenar el puto continente con tus explosiones!

—Solo cierra la puta boca y conduce.

Abro la puerta trasera y silbo para que Mimi entre, luego me siento en la parte trasera, todavía con Angelina en brazos. En el momento en que Felix arranca, presiono mi rostro contra su cabellera y aspiro su aroma.

—Creí que iba a perder la cabeza cuando te fuiste —murmuro junto a su oído.

—Lo siento mucho. Te prometo que lo compensaré tan pronto lleguemos a casa.

—Sí, sobre eso... nos quedaremos en un hotel durante una o dos semanas —digo y le muerdo ligeramente el lado de su cuello.

—¿En un hotel?

—La casa está siendo redecorada.

—¿Oh? ¿Por qué?

—Sergei destrozó todo lo que no estaba pegado a una pared cuando te fuiste, por eso —lanza Felix por encima del hombro.

—¿Quieres callarte de una vez? —exclamo—. Puede cambiar de opinión y salir corriendo si sigues parloteando sobre lo desquiciado que estoy.

La mano de Angelina toma mi mejilla y gira mi cabeza hacia ella.

—¿Qué te he dicho? Dejarás de decir cosas así. ¿De acuerdo? —Se inclina y me besa—. No te pasa nada, cariño.

La aprieto contra mí y vuelvo a enterrar mi nariz en su cabello y, por primera vez en años, siento que podría estar bien.

EPÍLOGO

Angelina

—Oye, ¿qué tal si pedimos unas persianas para las ventanas de abajo? —pregunto al entrar en el dormitorio—. También podríamos...

Vestido solo con pantalones de chándal, Sergei está sentado en la cama y mira fijamente la pared frente a él, con el cuerpo inmóvil y los ojos vacíos. Mierda. No se ha desconectado ni una sola vez desde que volvimos de México. Dejo el montón de toallas limpias que llevo y me acerco lentamente a la cama.

—Hola, cariño. —Me coloco entre sus piernas y rodeo su cuello con mis brazos—. Estaba pensando que quizá podríamos pintar el salón de rosa. Ese tono femenino y pastel, ¿sabes?

No mueve ni un músculo. Me inclino hacia él, presiono mis labios contra los suyos y lo beso desde su boca, subiendo por la mejilla hasta la frente, y luego sigo bajando por la nariz hasta llegar a su boca de nuevo. Esta vez, sus labios se mueven ligeramente, respondiendo a mi beso.

—Felix y Nana Guadalupe sacaron a pasear a Mimi —digo mientras apoyo mis manos contra su pecho y empujo ligeramente hasta tumbarlo en la cama—. Creo que algo ocurre entre esos dos. Han pasado mucho tiempo juntos. ¿Crees que Felix está engañando a Marlene con mi Nana?

—Él y Marlene rompieron el fin de semana pasado —dice Sergei y pone su mano en mi cadera—. Todavía está lejos, pero está volviendo poco a poco.

—Deberíamos aprovechar este tiempo a solas. ¿Qué te parece? —Me pongo a horcajadas sobre su cintura y me inclino para depositar un beso en el centro de su pecho—. Puedo darte un masaje con mis aceites después, si quieres.

—No, gracias.

Miro hacia abajo y lo encuentro mirándome fijamente, pero sus ojos siguen desenfocados. Maldita sea, esta es una de las malas. Tirando de la cintura de su chándal, se lo quito junto con sus bóxers, me arrodillo ante él, luego tomo su polla endurecida en mi mano, me inclino y chupo la punta. Se endurece más en mi mano y no puedo evitar sonreír. Incluso en estado de inconsciencia, me responde. Paso la lengua por la parte inferior de su dura polla. La meto completamente en mi boca y chupo. Hago estos mismos movimientos unas cuantas veces más antes de volver a subir por su cuerpo y acercar mi nariz a la suya cuando veo que no ha vuelto del todo hacia mí.

—¿Me harás el amor, cariño? —Trazo la punta de mi dedo por su nariz—. Por favor.

Las manos de Sergei se acercan a la parte baja de mi espalda y luego se deslizan a lo largo de mi columna, levantando mi camisa con ellas. Coge el dobladillo entre sus dedos y, al instante, el sonido de tela rasgándose, llena la habitación. Sonriendo, me quito la camiseta estropeada, hago lo mismo con los pantalones y las bragas, y vuelvo a ponerme a horcajadas sobre él, colocándome encima de su polla.

—Te amo —susurro.

Sergei parpadea, luego me mira, con sus ojos claros llenos de deseo. Se aferra a mis caderas y me hace caer sobre su polla, y yo jadeo.

—Me quedé dormido. —Me atrae hacia su pecho y luego nos hace rodar hasta quedar encima de mí—. Soñé que Diego te arrastraba de vuelta a México.

Su mano se desliza hacia el cabello de mi nuca, sujetándolo, mientras su polla se desliza hacia fuera. Lo agarro por los hombros, tirando de él y arqueando la espalda, intentando que vuelva a entrar en mí, pero Sergei se limita a sonreír y lleva su mano libre a mi coño, acariciando mi clítoris.

—¿Qué estás haciendo? —gimoteo.

—Jugando. —Su mano desaparece y su polla se desliza dentro. Me la mete dos veces y luego la saca de nuevo. Su dedo sustituye a su polla.

Un gruñido lleno de frustración y necesidad sale de mis labios.

—¡Sergei!

—¿Sí, cariño?

—Te necesito —exclamo—. Dentro. Ahora.

—¿Cuánto? —El dedo en mi coño se enrosca y golpea un punto, haciendo que mi cuerpo se estremezca. Luego el dedo desaparece, haciéndome gritar. Estoy muy cerca. Si sigue torturándome, voy a perder la cabeza.

Me pellizca el clítoris y vuelve a deslizar su dedo dentro.

—He preguntado cuánto, Angelina.

—Voy a matarte —susurro en su oído, muevo mi boca hasta su hombro y lo muerdo. Con fuerza.

Un gruñido grave sale de los labios de Sergei mientras se introduce en mí, enterrando su polla hasta la empuñadura. Su mano baja por mi pierna hasta llegar a mi rodilla.

—Pequeña tramposa. —Mueve mi pierna hacia arriba y a un lado, abriéndome más.

Sonrío, luego gimo cuando empieza a penetrarme y me agarro a sus hombros, intentando evitar deslizarme por la cama. No funciona del todo, así que apoyo las manos en el cabecero y jadeo mientras sus caderas me martillean contra el colchón. Es tan grande que duele un poco, pero es un dolor de los buenos. Uno que me recuerda que está aquí, tanto mental como físicamente. Mientras los temblores orgásmicos sacuden mi cuerpo, mis ojos se cierran, pero un latido después, Sergei me sujeta por la nuca.

—Mírame —ladra mientras se pone completamente rígido, su polla se hincha imposiblemente más al encontrar su propia liberación.

Jadeo y abro los ojos. Colocando mi mano en su mejilla, miro en sus ligeras profundidades.

—Siempre —susurro.

Angelina

Cuatro años después

—Mami.

Levanto la vista del zumo que estoy exprimiendo y sonrío cuando mis ojos se posan en nuestro hijo de tres años, que abraza a Mimi por el cuello. Con mi cabello oscuro y los ojos claros de Sergei, es la mezcla perfecta de los dos.

—¿Qué pasa, Sasha?

—Papi está durmiendo despierto otra vez —dice.

Dejo la naranja en la encimera y cruzo la cocina para agacharme frente a él.

—¿Has probado a darle un beso para que se despierte?

—No.

—Vamos a hacerlo juntos, entonces. ¿Sí?

—Vale. —Me coge de la mano y me lleva al salón.

Sergei está de pie frente a la ventana, inmóvil, mirando algo en el exterior. Levanto a nuestro hijo en brazos y me pongo delante de mi marido.

—¿Listo? —pregunto, y Sasha asiente con entusiasmo—. Bien, agárrate fuerte, por si acaso.

Cuando inclino a nuestro hijo hacia su padre, este, rodea el cuello de Sergei con sus pequeños brazos y le da un beso en la mejilla. Las manos de Sergei salen disparadas al instante, agarrando al niño por la cintura y tirando de Sasha con fuerza hacia su pecho.

—Lo siento. —Sergei se inclina para depositar un beso en mis labios—. ¿Cuánto tiempo?

—No más de cinco minutos —digo en su boca—. Lo estás haciendo muy bien, cariño.

Los episodios de Sergei han disminuido considerablemente en los últimos dos años. Este fue el primero en los últimos tres o cuatro meses. Ya no duran horas y le resulta más fácil salir de ellos.

—¿Cuándo llegan Albert y Guadalupe?

—¿Por qué sigues llamándolo así? —Me río—. Hace tres años que no vive aquí.

Sergei sonríe.

—Porque lo cabrea. —Loco viejo murciélago—. ¿Oíste lo que le compró a Guadalupe por su aniversario?

—No.

—Una escopeta.

—Con clase. —Estoy segura que le encantará. ¿Cuándo...? —Mis ojos se fijan en la televisión detrás de Sergei que está mostrando noticias de última hora—. Vaya. ¿Has visto esto?

Agarro el mando a distancia y subo el volumen, mirando el vídeo en directo de la vista aérea de lo que parecen las consecuencias de un incendio

devastador. El teletipo de noticias en la parte inferior de la pantalla dice que está ocurriendo en la zona de Nueva York. No hay forma de saber cómo era la estructura antes del incendio, solo queda la forma general. La escena cambia a imágenes de un hombre y una mujer que han sido dados por muertos en el incendio. El hombre parece tener unos treinta años, es atractivo y lleva un traje. Parece un hombre de negocios. Desplazo mi mirada hacia la otra foto. El texto que aparece debajo dice que la mujer tiene veintitrés años, pero el traje pantalón negro que lleva, la expresión distante y el peinado severo la hacen parecer mayor. La presentadora de las noticias sigue hablando de fondo, pero no capto lo que dice porque Sergei se echa a reír a mi lado.

—Lo sabía. —Resopla y sacude la cabeza—. Alguien debe haber cabreado mucho al hijo de puta antisocial.

Lo miro fijamente, confusa.

—¿De qué estás hablando?

—Eso. —Señala la pantalla del televisor, que vuelve a mostrar la destrucción causada por el incendio—. ¿Ves cómo el edificio se ha quemado de forma uniforme y completa? Eso es extremadamente difícil de lograr. Solo conozco a una persona que puede lograrlo. —Se ríe de nuevo —. Albert va a perder la cabeza cuando le diga que Az está vivo.

—¿El tipo de tu unidad? ¿El que desapareció?

—Sí. —Deposita un beso en la mejilla de Sasha, luego coloca su mano en la parte baja de mi espalda, justo sobre mi tatuaje y me atrae hacia su lado.

Lo dije en serio cuando acepté que me tatuaran 'Prinadlezhit Sergeyu Belovu', y me sorprendió y divirtió que Sergei pidiera al tatuador que replicara las palabras también en él, sustituyendo su nombre por el mío. Ahora nos pertenecemos el uno al otro, me dijo mientras colocaba la gasa sobre la tinta fresca.

Se escuchan pasos que se acercan y miro por encima del hombro para ver a Felix y a Nana entrando en la sala. Felix mira el televisor y se detiene bruscamente.

—Voy jodidamente a matarlo —suelta, sacudiendo la cabeza mientras mira la pantalla—. Prometió que mantendría un perfil bajo. ¿Te parece que esto es pasar desapercibido?

—Viejo tramposo —ladra Segei, mirando fijamente a Felix—. ¿Sabías que Az estaba vivo?

—¿Saberlo? —Felix enarca una ceja—. ¿Cómo crees exactamente que se las arregló para desaparecer y permanecer bajo el radar del gobierno?

—¿Sabes su verdadero nombre?

—Por supuesto que lo sé.

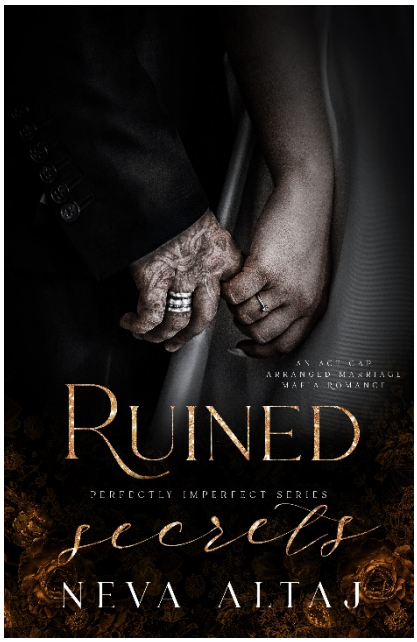
—¿Cuál es? —pregunta Sergei.

Felix solo sonríe.

—¿No te gustaría saberlo? —Vuelve a mirar el televisor—. Me pregunto que ha sacudido tanto su jaula para que resurja después de ocho años.



PRÓXIMO LIBRO



Isabella

Anhelo, lo he deseado la mayor parte de mi vida, desde el día en que me salvó de ahogarme cuando era niña.

Pero nunca se fijó en mí, nunca me dio un segundo pensamiento.

Para él, solo soy una chica y, ahora, le ordenan casarse conmigo.

No me quiere, ni en su corazón ni en su cama. No obstante, todo está permitido en el amor y la guerra,

Y estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario, incluso mentir a un hombre que no recuerda su pasado.

Luca

Tan hermosa, como astuta es ella.

Mi joven esposa me orienta con maestría, a través de las aguas de la Cosa Nostra, asegurándose que nadie sospeche, que no tengo memoria desde el accidente.

Ahora, me estoy enamorando de una mujer que no recuerdo,

La mujer que me ha estado mintiendo, desde el momento en que abrí los ojos, y tengo la intención de desentrañar sus secretos.





SOBRE LA AUTORA



Neva Altaj escribe romances contemporáneos de la mafia sobre antihéroes dañados y heroínas fuertes que se enamoran de ellos. Tiene debilidad por los alfas locos, celosos y posesivos que están dispuestos a quemar el mundo por su mujer. Sus historias están llenas de pasión y de giros inesperados, y siempre está garantizado el "felices para siempre".

